T. 210255
C. 7447972

Honorato
Puente
León 1 de Octubre
de
1903

ANÁLISIS LITERARIO

ANÁLISIS LITERARIO

COLECCIÓN DE TROZOS

Y

COMPOSICIONES EN PROSA Y VERSO

DE LOS

CLÁSICOS CASTELLANOS

POR

Don Felipe de la Garza y Martínez

CATEDRÁTICO DE PRECEPTIVA LITERARIA

en el Instituto de León

LEÓN:
Imp. de Nicolás López
Conde Luna, 13

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

R. 148359

PARTE SEGUNDA

PRECEPTIVA ESPECIAL

SECCIÓN PRIMERA

POESÍA

I

POESÍA LÍRICA

ODAS SAGRADAS

Fr. Luis de León

En la Ascensión del Señor

¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y Tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

¿Los antes bien hadados
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De Tí desposeidos,
Á dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
Aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado
Estando tú encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas

D. Félix José Reinoso

A Jesucristo Sacramentado

¿Y qué, Señor, bajo ese opaco velo
La majestad se esconde,
El poder y explendor que en luz ardiente

Enciende y llena el anchuroso Cielo?
¿Dó el trono soberano
¿Está? ¿El alcázar donde
La corte que entre nubes reverente
Asiste á la deidad, de cuya mano
Pende la tierra, á cuya vista airada
La mar huye espantada?
Tú bajas ¡oh! de tu explendor desnudo
A esta humilde morada
Para habitar en el mortal mezquino,
Para estrecharle en amoroso nudo.
¡Oh Señor! ¿qué es el hombre,
Prole infiel engendrada
En miseria y pecado? ¡Amor divino.
Inmenso como Dios! ¡Así tu nombre,
Tu omnipotencia y gloria y tu grandeza
Se humilla á su bajeza!
No ya como en Horeb de enmedio el fuego
Un acento imperioso
Aparta, le dirá, *del lugar santo*:
Ni otra vez el mortal entre humo ciego
Sobre el Siná encendido,
En trueno pavoroso,
Oirá la voz divina con espanto.
De sí pródigo Dios al hombre unido
Fué su víctima ya; y hora ¡oh portento!
Ser quíere su alimento.

¿Cuál? ¡oh! será la afortunada gente
Á quien el rostro amable
Su Dios así le muestre generoso?
Entonad ¡oh mortales! dulcemente
Canto no interrumpido:
La piedad adorable
Load, load del Dios que en delicioso
Manjar se os dá: ¡oh amor! ¡oh! convertido
Yo en Tí viviera el alma desmayada
En dulzura anegada!

D. Tomás José González Carvajal

SALMO XCIII DE DAVID

(TRADUCCIÓN)

Ya establece su imperio
El Señor, ya vestido de grandeza
Como rey y monarca soberano
De uno y otro hemisferio,
Se ciñe de poder y fortaleza:
Ya el orbe de la tierra por su mano
Estable se afianza
Con tan firme balanza
En su propio equilibrio sostenido,

Que jamás conmovido
Se verá de su asiento
El eterno inmutable fundamento.
Y desde el punto mismo
En que el orbe terrestre fué criado
Y de las aguas en voraz torrente
Desenvuelto el abismo;
Un nuevo trono entonces preparado
Para tí fué, Señor omnipotente,
Para tí, que en los dias
Eternos ya existías.
Entonces estrellándose los ríos
En rocas y bajíos
Sus ecos resonaron,
Y en la bóveda inmensa retumbaron.
En líquidos raudales
Con giros rapidísimos voltean
Las aguas entre sí precipitadas:
Y en moles desiguales
Encontrándose, chocan y pelean,
Hasta el cielo sus olas levantadas.
Hínchase el mar instable,
Alzando el admirable
Pronóstico que espanta á la natura;
Mas toda criatura
Con mayor maravilla,
Ve elevado al Señor en alta silla.

Si dudarse pudiera,
Señor, de tu verdad, la dudaría
El ciego, el impío, el insensato, el necio
Que tus obras no viera;
En que más claro que la luz del día
Aparece la fe y el alto aprecio
Debido á tu palabra.
Abra los ojos, abra
El hombre á tanta luz; y la pureza
Que á tu casa conviene
Guarde mientras aliento y vida tiene.

D. Juan Arolas

Himno á la Divinidad

Señor, Tú eres santo; yo adoro, yo creo;
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo,
Que escribe tu mano con signos de estrellas.
Plegadas de espanto las trémulas alas
Delante del trono tus ángeles ves:
¿Quién sabe tus glorias? ¿Quién cuenta tus galas,
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?
Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,
Al mar señalaste linderos prescritos:

Tu amago de enojo produjo el diluvio,
Tu enojo el infierno, do están los precitos.
En vano con sombras el caos se cierra:
Tú miras al caos, la luz nace entonces;
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,
Tú mides los siglos que muerden los bronces.
De largo reposo dictándoles leyes
Alzaste los montes, gigantes dormidos,
Poniendo en algunos, á guisa de reyes,
Diademas de fuego, volcanes temidos.
El mar á la tierra pregunta tu nombre,
La tierra á las aves que tienden su vuelo;
Las aves lo ignoran, preguntan al hombre,
Y el hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.
El mar con sus ecos ha siglos que ensaya
Formar ese nombre, y el mar no penetra
Misterios tan hondos, muriendo en la playa
Sin que oigan los siglos ó silaba ó letra.
Lo mismo con harpas de antiguo concierto
Del Líbano altivo los cedros ensayan
También los torrentes con voz del desierto;
Mas auras torrentes y cedros desmayan.
Señor, Tú eres santo: yo te amo, yo espero,
Tus dulces bondades cautivan el alma:
Mi pecho gastaron, con diente de acero,
Los gustos del mundo, vacíos de calma:
Sus gustos falaces, que pasan cual flores,

Efímeras dichas, verdura en las eras:
¡Ah! dame la vida de días mejores,
Sin hoy, sin mañana, sin horas ligeras.
Y en tanto que arrastro por duro destierro
La vida que hoy nace y al termino toca,
Que gime sujeta con lazos de hierro,
Concede, Dios mío, su pan á mi boca.
Concede á mis penas la luz de bonanza
La paz á mis noches, la paz á mis días
Tu amor á mi pecho, tu fe y tu esperanza,
Que es bálsamo puro que el ánima envías.

ODAS HERÓICAS

D. Manuel José Quintana

Á la invención de la imprenta

¿Será que siempre la ambición sangrienta
Ó del sólio el poder pronuncie solo
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del hombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldición la historia?

¡Oh! Despertad: el humillado acento
Con magestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea.
No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invención sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste también tú, que un día
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huía?
Sin ti se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
Un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Pudo ensanchar la limitada esfera

Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De dó escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invención magnífica se deben:
Contémplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastára,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.
Pero al fin, sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á Guttemberg. «Conque es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase, escribiéndole, á dar vida
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Océano,
Ni en sólo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano.
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invención la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse

Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.»
Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron,
¿Qué es el monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura, si; más su inmenso poderío
Desplomándose va; pero en su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rujiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,

Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinoso, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entretanto,
Es escarnio y baldón de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.
Tal fué el lauro primero que las sienes
Ornó de la razón mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubría,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que dá á torrente su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago imenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newtón tras ellos
Los sigue, los alcanza,

Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.
«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignación en sus clamores.
«¡Con que el mundo moral todo es horrores.
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía!
¡Oh! no sea tal.» Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaría apercibieron.
¡Oh insensatos! ¿qué haceis? Esas hogueras,
Que á devorarme horribles se presentan,
Y en arrancarme á la verdad porfían,
Fanales son que á su explendor me guian,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazón estático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.

No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pie atrás? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente
Si una vez hacia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano;
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Oceano
Llegó, pues, el gran día
En que un mortal divino, sacudiendo.
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre.»
Y esta sagrada aclamación saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una región; el eco grande
Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extensión del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón: Libre es el hombre.
Libre, si, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho

Se dilata, escuchándote, y palpita,
Y el número que me agita,
De tu sagrada inspiración henchido,
A la región olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.
¿Dónde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los signos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambición, la horrible guerra.
Ambas gimiendo para siempre huyeron
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona que destruyen
Si los vientos del polo aparecieron,
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valentes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos:
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende:
Y la serenidad y la alegría

Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía.
¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresión granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el hombre á Guttemberg tributa:
Breve homenaje á su favor inmenso
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
A la alma inteligencia!
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su flujo eternizó libre y fecundo:
Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

ODAS MORALES

Fray Luis de León

La vida del campo

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira fabricado
Del sabio moro en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
Ni cura si encarama

La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ánsias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte! ¡Oh fuente! Oh rio!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño,
Vanamente severo,
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo;
Gozar quiero del bien que debo al cielo;
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con su manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian;
No es mio ver el lloro
De los que desconfian,
Cuando el Cierzo y el Ábrego porfian.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche y claro dia

Se torna; al cielo suena
Confusa vocería
Y la mar enriquecen á porfía.
Á mi una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta; y la bajilla,
De fino oro labrada,
Sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable—
Mente se están los otros abrasando,
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.
Á la sombra tendido,
De yedra y lauro eterno coronado.
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

D. Francisco Rioja

Á la riqueza

¡Oh mal seguro bien! ¡Oh cuidadosa
Riqueza, y cómo á sombra de alegría
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance y se desvía

Del pobre estado y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano.
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
Cuando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el día.
No sin causa los dioses te escondieron
En las entrañas de la tierra dura:
¿Mas qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura
Con que en la antigua selva florecieron
El abeto y el pino
Y trájolos al puerto,
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar, y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al aire claro,
Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.
Saliste tú, y perdióse
La piedad que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza
Han venido contigo á los mortales
Que aun cuando nos pagamos á la muerte
No cesan nuestros males:
Pues el cadáver que acompaña el oro,
Con costoso vestido,

Solo por opulento es perseguido.
Y el último descanso y el reposo.
Que tuviera en pobreza, le es negado
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡A cuántos armó el oro de crueza!!
Y á cuántos ha dejado
En el último trance ó dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí y vése manchado
Con adulterio no esperado el lecho.
Al menos animoso,
Para que te posea,
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por tí, tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,
Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cánsome en vano: decir pueda
Que si sombras de bien en tí se vieran,
Los inmortales dioses te tuvieran.

ODAS ANACREÓNTICAS

Gutierre de Cetina

De tus rubios cabellos,
Dórida ingrata mia,
Hizo el amor la cuerda
Para el arco homicida.
«Ahora verás si burlas
De mi poder», decía,
Y tomando una flecha
Quiso á mí dirigirla.
Yo le dije: «Muchacho,
Arco y arpón retira;
Con esas nuevas armas,
¿Quién hay que te resista?»

D. José Cadalso

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,

En el rostro la risa,
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al son de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
El padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

ELEGÍAS

D. Fernando de Herrera

Á la muerte de D.ª Leonor de Milan, condesa de Gelves

Bien debes esconder, sereno cielo,
Tus luces, y tejer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo,
Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz y alegre canto;

Y Betis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su mísero lamento.
Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
Pudo airado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con esto los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.
El sol de hermosura esclarecido,
Rayo en la divina hermosura,
Yace en fría tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lúcidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte míseros despojos.
Vése el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.
El blando trato, el corazón demente,
La gracia generosa y cortesía,
La fe y modestia y la virtud presente.

Entrega un desdichado y, cruel dia
En duros brazos de la muerte fiera,
Cuando menos al miedo se debía.
Esta engañosa vida lisonjera,
Desierta, y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal ¿qué bien espera?
Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
Ningun caso tan áspero, ó tan fuerte
Estrago, y ningún ímpetu soñado
Del cielo, que contrasta nuestra suerte,
Puede, aunque quebrantado proceloso,
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso,
Rendir los corazones levantados;
Que el valor glorioso los alienta
Entre peligros mil nunca turbados.
Mas esta, que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con impia mano
La verde flor, indina de esta afrenta;
Al mas excelso pecho y sobrehumano
Desnuda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.
Terrible mal, pero comun tristeza,
Que desbarata la ambición profana,
Freno de vanas pompas y grandezas.

Contra esta furia rígida tirana,
Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana;
Rompa el cielo en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedace en hórrido estampido:
Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y cuanto conspirare por su daño,
Rendido ante ella quedará gimiendo.
Bien puede al hombre ciego y della extraño
Enflaquecer y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño:
Mas nunca podrá haber victoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue, y alcanza al bien con gloria angusta.
Dichoso aquel espíritu divino
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el comun peligro indino;
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el facil vuelo en paz, purgando
De corteza mortal y error oscuro.
Si amor de la virtud jamás cansado;
Si piedad, si corazón honesto;
Si sufrimiento apenas enseñado;
Y si ánimo humillado y bien dispuesto,
Si trabajos de inmenso sentimiento;
Si á santas obras pecho firme y puesto,

Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte, oh sin par bella Eliodora,
En los giros de eterno movimiento;
Tú serás en el cielo nueva aurora,
Antes luciente sol, que muestre al dia
La riqueza y valor que en tí atesora.
Y cuando la desnuda noche fría
Oscurezca el fulgor, serás lucero
Que descubra en su horror serena via.
Y viendo el color tuyo verdadero,
Variado en la púrpura y la nieve,
Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
Dirá, quien te mirare, si osar debe
En tanto mal, ingrato á tu belleza,
¿El impio hado á tanto bien se atreve?
Tú jamás descansaste en la estrecheza
Que tu alma ofendía, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
Ya esperar más trabajos, y dejaste
Alegre al cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto.

Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tivio olvido,
Desespere ganar jamás victoria;
Y veo que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya y segura.
Y la ocasión de mi dolor olvido.
No podía tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura:
Y desdeñando, el duro ligamento
Deslazaste; y en leve vuelo suelta
Pisas el cerco etéreo, y firme asiento
Si puede renovarle alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegría y bien envuelta;
Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado,
Para sufrir la acerba y luenga pena,
De esta vida la lástima y cuidado.
Que ya de la esperanza se enagena,
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.
Que en tu honra inclinado el Occidente,
El frio Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este dia humildemente.
El Bétis que contigo fué dichoso,
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste y sin el ancho curso undoso;

En medio de su fértil campo verde
Hará que el coro todo se levante
De ninfas que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno
Con ímpetu extendido resonante:
Dará ocasión que el mar de peñas lleno,
Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ageno.
Hasta que el claro son multiplicando
Entre, volviendo el paso, en el Egeo,
En el último Euxino reparando.
Yo, si el Cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo fragil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu febeo;
Espero tu memoria esclarecida
Hacer insigne ejemplo de la fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.
Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro explendor, y la belleza,
Que, por cuanto el sol cerca, se derrama;
Culpará de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tu, que al alto cielo
Enriqueces, alegre y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;

Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afecto congojosa.
Esta triste ribera, de afán llena,
Que vió desparecer su blanca aurora,
Con mustio verso murmurando suena.
La sublime y bellísima Eliodera,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz que adora,
Es tutela del sacro Hesperio rio.

CANCIÓN

D. Fernando de Herrera

Suave sueño, tú que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo;
Ven á la última parte de occidente,
Y de licor sagrado,
Baña mis ojos tristes, que cansado
Y rendido al furor de mi tormento,
No admito (1) algún sosiego,
Y el dolor desconorta al sufrimiento.

(1) No alcanzo, no logro.

Ven á mi humilde ruego
Que Juno te ofreció, tu ninfa bella
Divino sueño, gloria de mortales,
Regalo dulce al mísero afligido,
Sueño amoroso, ven á quien espera
Cesar del ejercicio de sus males,
Y al descanso volver todo el sentido.
¿Cómo sufres que muera
Lejos de tu poder quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
En veladora pena,
Que sin gozar del bien, que al mundo has hecho,
De tu vigor se agena?
Ven, sueño alegre: sueño, ven, dichoso,
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
Sienta yo en tal estrecho (1) tu grandeza,
Baja, y esparce líquido el rocío;
Huya la alba, que en torno resplandece;
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
Y cuanta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece,
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenan ahora;
Y huya con sus alas presurosas

(1) En tal aprieto, en tan duro trance.

La desabrida aurora;
Y lo que en mi faltó la noche fria,
Termine la cercana luz del día.
Una corona, ó sueño, de tus flores
Ofrezco; tú produce el blando efeto
En los desiertos; cercos de mis ojos;
Que el aire entretejido con olores
Halaga, y ledo mueve en dulce afeto;
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos
Ven, pues, amado sueño, ven liviano,
Que del ricó oriente
Despunta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente,
Y acabará el dolor: así te vea
En brazos de tu cara Pasitea.

D. Francisco de la Torre

La tórtola

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos:
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos:

Si inclinas los oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo
(Breve consuelo de un dolor tan largo)
Con quien amarga soledad me aquejas,
Yo con tu compañía,
Y acaso á tí te aliviará la mia.
La rigorosa mano que me aparta
Como á ti de tu bien, á mi del mio,
Cargada va de triunfos y victorias:
Sábelo el monte y rio,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias,
Y si eran transitorias,
Acabáralas golpe de fortuna:
No viera yo cubierto
De turbias nubes cielo que vi abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna;
Que acabado con ellas
Acabarán mis llantos y querellas.
Parece que me escuchas, y parece
Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada:
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte airada,
La más apasionada

Mas agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa
Llorando su desdicha rigorosa
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasión afloja
La vida al cuerpo, al alma la congoja.
¿No regalaste con tus quejas tiernas
Por solitarios y desiertos prados,
Hombres y fieras, cielos y elementos?
¿Lloraste tus cuidados
Con lágrimas eternas,
Duras y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasión y tan dolientes,
Que enternecen los pechos
Á rigurosas sinrazones hechos,
Que los haceis crueles de clementes?
¿En qué ofendiste tanto,
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?
Quien te ve por los montes solitarios
Mustia, y enmudecida, y elevada
De los casados árboles huyendo
Sola y desamparada
A los fieros contrarios,
Que te tienen en vida padeciendo:
Señal de agüero horrendo
Mostrarían tus ojos anublados,

Con las cerradas nieblas
Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados;
Llora, cuitada, llora,
Al venir de la noche y de la aurora.
Llora, desventurada, llora cuando
Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del Oriente luminoso:
Cuando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su sol quejoso,
Y con llanto piadoso
Quéjate á las estrellas relucientes,
Regálate con ellas
Que ellas también amaron bien, y dellas
Padecieron mortales accidentes:
No temas que tu llanto
Esconda el cielo en el nocturno espanto.
¿Dónde vas, avecilla desdichada?
¿Dónde puedes estar más afligida?
¿Hágote compañía con mi llanto
¿Busco yo nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa
Busca tu compañía:

No menosprecies la doliente mia,
Por menos fatigada y dolorosa;
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.
¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando?
El cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad y tu dolor eterno.
Avecilla doliente,
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno:
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrase tus cansados ojos,
Llórete Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena;
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.
Canción en la corteza de este roble
Solo y desamparado
De verdes hojas verde vid y verde
Yedra quedad; que el hado,
Que mi ventura pierde,
Mas estéril y solo me ha quedado.

CANTATA

D. Ventura de la Vega

La Guerra de África

CORO

Grito santo asorda el viento:
«¡A las armas! ¡Guerra! ¡Guerra!
El infiel derriba en tierra,
Madre España tu blasón.»
¡Cruce el mar la invicta hueste
«A salvar de vil mancilla
Los leones de Castilla
Y las barras de Aragón!»
Al rumor del torpe ultraje,
Indignado el pueblo ibero,
Ya desnuda el fuerte acero
Y la vaina al viento da.
Ya entre vítores tremola
La Bandera roja y gualda,
Que del Atlas en la espalda
Tinta en sangre flotará

RECITADO

—

Alza en vano el Estrecho montes de olas;
En vano el viento brama;
Que allá van las legiones españolas
Donde el honor las llama.

Lanza en vano cien kávilas la sierra
Con ímpetu salvaje;
Que allí con sangre vil vañan la tierra
Que presenció el ultraje.

Mas ruge el huracan; sopla la peste;
La lluvia inunda el suelo.
¿Caerá deshecha la cristiana hueste
Por tí, Señor del Cielo?

En medio el campo, sobre monte herguido,
Un altar se levanta;
Y en sus humildes manos el ungido
Eleva la hostia santa.

Hace salva el cañón; rompe sonora
Militar armonía:
¡La hueste arrodillada á Dios implora
y su oblación le envía!

PLEGARIA

—

¡Señor! Hijos somos
De aquellos varones
Que á ignotas regiones
Llevaron tu crúz.
Tu cruz, que en Granada
Con gloria plantada
Lanzó por el orbe
Su vívida luz

¡Señor! esta impura
Fanática raza
Tu nombre rechaza,
Tu gloria no vé.
A España concede
Que rasgue su venda,
Y en África encienda
La luz de tú fé.

RECITADO.

—

Dios los oyó: se aleja la tormenta;
La mortífera peste va en su seno:
Radiante el sol con majestad se ostenta
De un cielo puro en el azúl sereno.
Siente en su pecho el adalid hispano

De inspiración la llama:
Él nunca se abatió; ya en cien combates
Su constancia y valor cantó la fama.
En bárbaras regiones,
Émulo de Cortés, ora acaudilla
Inexpertas legiones,
Que al contacto de la árabe cuchilla,
Al trueno del cañón, al rudo embate
Del terco moro en desigual combate,
Tórnan luego en invencible tropa,
Terror de Libia, admiración de Europa.
Nada resiste á sus heróicos brios.
Ya surcando el desierto
Por áspero camino, á hierro abierto;
Ya cruzando altos montes y hondos rios;
De victoria en victoria
A la vega feraz se precipita,
Campo de nueva gloria
Do luchando otra vez, y otra vencido,
Huye despavorido
El atezado Hamet.—La hueste grita:
¡*Tetuan por Isabel*!—y en la Alcazaba
El pendón español triunfante clava.

HIMNO FINAL

—

No más, desde sus playas,

Con bárbara osadía,
La tierra, suya un día,
Aceche el musulman.
No infeste el aire puro
La brisa de los mares,
Trayendo á nuestros lares
Los ecos del Corán.

Magnánima heredera
Del cetro de Pelayo,
Tu diestra el igneo rayo
Al África, lanzó;
Y el niño Alfonso un dia
Sabrá que por tu mano
El suelo castellano
Su límite ensanchó.

El muro donde España
Su enseña al aire ondea,
Jamás flotando vea
Las lunas del infiel.
Y de uno en otro siglo
Sin tregua se repita
La voz que al mundo grita:
¡*Tetuán* por *Isabel*!

LETRILLAS

D. Luis de Góngora

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Celosa estás, la niña,
Celosa estás de aquel
Dichoso, pues lo buscas
Ciego, pues no te ve;
Ingrato, pues te enoja;
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que celos entre amantes
Que se han querido bien,
Hoy son flores azules
Mañana serán miel.
Aurora de tí misma

Que cuando á amanecer
A tu placer empiezas,
Se eclipsa tu placer:
Serénense tus ojos,
Y más perlas no des
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes
Y querellas después,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

D. Francisco de Quevedo

Después que de puro viejo
Caduca ya mi vestido,
Como, como un descosido
Por estarlo hasta el pellejo:
No acierto á topar consejo
Que puede ponerme en salvo,
Contra un herreruelo calvo,
Y una sotana lampiña,
Que cuando mejor se aliña
Me descubre todo el lomo.

Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.
Si va á decir la verdad
De nadie se me da nada,
Que el ánima apicarada
Me ha dado esta libertad.
Solo llamo majestad
Al rey con que hago la suerte:
No temo en damas la muerte
Tanto como en un doctor,
Que las cosas del amor
Como me vienen las tomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.
Para mi no hay demasías,
Ni prerrogativas necias
De los que se hacen venecias;
Solo por ser señorias,
En mi mesa las harpias
Mueren de hambre contino;
Pídola para el camino,
Si me despide mí dama,
Mas si á mi ventana llama
Despues de comer me asomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.

D. José Iglesias de la Casa

Siglo friolera
Vi en atisbo ocioso
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
Érase un vejete
Más blanco que el cisne,
Que á fuerza de tizne,
A cuervo se mete;
Jordan se promete
Su tintaro ocioso;
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
Por matar ligero
El médico Naba,
Yendo caballero
Su mula mataba,
Y á cuantos pulsaba
Mató valeroso
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
Érase un letrado
Que el buen parecer
Que halló en su mujer

Le dió un puesto alzado,
De frente elevado,
De barba velloso;
Erase que se era
Y es cuento gracioso.
Robusta mozuela,
Que á un viejo podrido
Mandó con su abuela
Un reciennacido,
Que el viejo ha admitido,
Y es su padre el coso;
Erase que se era
Y es cuento gracioso.

SONETOS

Gareilaso de la Vega

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
Quien me dijera, cuando en las pasadas
Horas, en tanto bien por vos me via,
Que me habíais de ser en algún día
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes

Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.
Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

D. Juan de Arquijo

A la muerte de Cicerón

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Popilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.
¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
¡Oh, cuan poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua derribado
Deja el valor, y la elocuencia muda.

Lupercio Leonardo de Argensola

Tras importunas lluvias amanece,
Coronando los montes el sol claro;
Salta del hecho el labrador avaro,
Que las horas ociosas aborrece,
La torva frente al duro yugo ofrece
El animal que á Europa fué tan caro:
Sale, de su familia, firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche, á su mujer honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe;
Y el enjambre de hijuelos le rodea,
Fáciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe;
¡Oh corte, oh confusión! ¿quién te desea?

D. Bernardo L. Garcia

LA FÈ

«Yo soy amor y del amor camino;
Soy blanca nave del sagrado puerto;
Por mi postrado en el peñón desierto
Canta el asecta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino
Que cruza el mundo de pesares yerto;
Soy árbol santo del eterno huerto;
Rosa bendita del rosal divino.
Sin mi la pena se desgarra y llora;
Sin mi el dolor sus amarguras vierte;
Sin mi el sepulcro con furor devora;
Aspirando mi luz, el alma es fuerte;
La pena se hace amor; la noche aurora;
La tumba claridad; faro la muerte.

D. Gaspar Núñez de Arce

Ante una pirámide de Egipto

Quiso imponer al mundo su memoria
Un rey, en su soberbia desmentida,
Y por miles de esclavos construida
Erigió esta pirámide mortuoria.
¡Sueño estéril y vano! Ya la historia
No recuerda su nombre ni su vida,
Que el tiempo ciego en su veloz corrida
Dejó la tumba y se llevó la gloria
El polvo que en el hueco de su mano
Contempla absorto el caminante ¿ha sido
Parte del siervo ó parte del tirano?

¡Ah! todo va revuelto y confundido;
Que guarda Dios para el orgullo humano
Sólo una eternidad: la del olvido.

D. Manuel del Palacio

A un pobre rico

Me ofendes sospechándolo.... ¡camueso!
Yo pudiera admirarte y aun quererte,
Maldecirte tal vez, ó aborrecerte....
¿Envidiarte?... ¡jamás, no estoy por eso,
Aunque superes en fortuna á Creso,
Aunque á Sanson iguales en lo fuerte,
Aunque la misma Vénus goce al verte,
Su labio profanando con tu beso,
¡Benditas mi ansiedad y mi zozobra,
Que prefiero á la dicha que te exalta
Y es de un acaso estúpido la obra.
Sigue, pues, sigue y hasta el cielo asalta;
Lo que los hombres dan, tienes de sobra,
¡Pídele á Dios aquello que te falta.

D. Adelardo López de Ayala

A los pies de.....

Me parecen tus pies cuando diviso
Que la falda traspasan y bordean,
Dos niños que traviesos juguetean
En el mismo dintel del Paraiso.
Quiso el amor y mi fortuna quiso,
Que ellos el fiel de mi esperanza sean;
De pronto cuando salen me recrean,
Cuando se van me afligen de improviso.
¡Oh pies idolatrados, yo os imploro!
Y pues sabeis mover todo el palacio
Por quien el alma enamorada gime,
Traed á mi regazo mi tesoro
Y yo os aliviaré por largo espacio
Del riquísimo peso que os oprime.

MADRIGALES

Gutierre de Cetina

Cubrir los bellos ojos
Con la mano que ya me tiene muerto,

Cautela fué por cierto;
Que ansi doblar pensastes mis enojos.
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño;
Que el resplandor extraño
Del sol se puede ver mientras se cela.
Así que, aunque pensastes
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,
Yo os perdono la ofensa,
Pues cubiertos mejor verlos dejaste.

Pedro de Quirós

Tórtola amante que en el robre moras,
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas, si es que lloras,
Y pocos son tus males, si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desdén te desvía,
No dudará el desdén, pues tu porfía
Está un pecho de pluma conquistando.
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?
¡Ay de la pena mia,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!

D.ª Feliciana Enriquez de Guzmàn

Dijo el Amor, sentado á las orillas
De un arroyuelo puro, manso y lento:
«Silencio, florecillas
No retoceis en el lascivo viento
Que duerme Galatea, y si despierta,
Tened por cosa cierta
Que no habeis de ser flores
En viendo sus colores,
Ni yo de hoy más Amor, si ella me mira»
¡Tan dulces flechas de sus ojos tira!

D. Antonio Arnao

Cuando miro la cándida paloma
Que tierna te acaricia
Y el limpio grano de tus labios toma,
Siento en el alma júbilo y delicia;
Pues al ver que con ella así te igualas,
Y al oir á la par su arrullo amante
Mezclado con tus íntimas querellas,
Dudo si en ese instante
Es niña la paloma, aunque con alas,
Ó paloma la niña, aunque sin ellas.

EPIGRAMAS

El que las coplas hicistes,
Todos los que las miramos
Sabed que en deuda os quedamos
De la risa que nos distes;
Pero vos de vos y dellas
Quejaros también podreis
Porque el tiempo nos debeis
Que gastamos en leellas.

(Cristóbal de Castillejo.)

Tan gran pié teneis, Torcuato,
Que poco hareis si reñís
Con alguno y le decís
—«Yo os meteré en el zapato.....»—
Salisteís calzado ayer
Con zapato tan terrible,
Que lo que juzgué imposible
Juzgo ya que puede ser.

(Salvador Jacinto Polo de Medina.)

Jura España por su vida
Que nunca cenó en su casa
Y es que sin cenar se pasa
Cuando nadie le convida.

(Conde de Villamediana.)

Necio y hablador Pascual,
Cuando en su lengua importuna
Descubre en ruin caudal,
No hablando mal de ninguno,
Tan solo de sí habla mal.

(F. de la Torre.)

Al andaluz más valiente
De todos los andaluces,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruces,
Cierta noche á la una dada,
En el Conejal hallé;
Me miró, yo le miré,
Y..... fuése sin decir nada.

(José Iglesias de la Casa.)

Pedamio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates;
Tu te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

(Leandro Fernández de Moratín.)

Su vida escribió Benito
A los siglos por venir,
Bien hizo el autor maldito;

Que si él no la hubiera escrito
¿Quién la había de escribir?

(Manuel Bretón de los Herreros.)

Mostrando un duro un impío
Avaro, que Dios confunda,
Dije:—¿Es de Isabel segunda?
Y respondió:—No, que es mío.

(Juan Martínez Villergas.)

De tus versos, caro Antón,
Me ofreciste la edición;
Hace una semana escasa
Que la trajeron á casa,
Y ya no queda un ratón.

(Manuel del Palacio.)

ROMANCES

I.

ROMANCES HISTÓRICOS

En Santa Gadea de Burgos,
Do juran los fijosdalgo,
Allí le toma la jura
El Cid, al rey castellano.
Las juras eran tan fuertes,
Que á todos ponen espanto;
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo:
—Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que non fidalgos,
De los de Asturias de Oviedo
Que non sean castellanos.
Mátente con aquijadas,

No con lanzas ni con dardos;
Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Que non zapatos con lazos;
Capas traigan aguaderas,
Non de contray, ni frisado;
Con camisones de estopa,
Non de holanda, ni labrados;
Vayan cabalgando en burras,
Non en mulas ni caballos;
Frenos traigan de cordel,
Non de cueros fogueados;
Mátente por las aradas,
Non por villas ni poblados,
Y sáquente el corazón
Por el siniestro costado,
Si non dijeres verdad
De lo que te es preguntado,
Si fuiste, ni consentiste
En la muerte de tu hermano—
Jurado tiene el buen Rey,
Que en tal caso no es hallado;
Pero con voz alterada
Dijo muy mal enojado:
Cid, hoy me tomas la jura
Despues besarme has la mano—

Respondiérale Rodrigo;
D' esta manera ha fablado:
—Por besar mano de rey
No me tengo por honrado;
Porque la besó mi padre
Me tengo por afrentado.
—Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado,
Y no me estés más en ellas
Desde este dia en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo de grado,
Por ser la primera cosa
Que mandas en tu reinado:
Tú me destierras por uno,
Yo me destierro por cuatro.—
Ya se despide el buen Cid
Sin al rey besar la mano,
Con trescientos caballeros,
Esforzados fijosdalgo;
Todos son hombres mancebos,
Ninguno hay viejo ni cano;
Todos llevan lanza en puño
Con el hierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado.

(Romancero del Cid.)

D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas

Sostenido por sus pajes
Desciende de la litera
El Conde de Benavente
Del Alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas;
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia.
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otros guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birrete de belludo
Con su cintillo de perlas,

Y el gaban de paño verde
Con alamares de seda.
Tan solo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.
Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verle las alabardas
Un golpe dan en la tierra.
Golpe de honor y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el Conde,
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando,
Hasta la cámara régia.
Pensativo está el monarca
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbón le debe

Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilaciön no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se lo recuerdan.
En el sillón asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.
Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Más, como grande del reino,
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador, benigno,
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática dificil
Con sagacidad empieza
Y entre sereno y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta—
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
«Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mi disponed y de ella,
Pero no toqueis mi honra
Y respetad mi conciencia.
«Mi casa Borbón ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
«Que á mi me sobra en Toledo,
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta
«Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el Conde, la real mano
Besó. cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A dó estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que le condujeran
Abandonando la suya

Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza
Estimando la de España
Mas que la imperial diadema,

(Obras.)

II

CABALLERESCOS

El infante vengador

Helo, helo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la gineta
En caballo corredor,
Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaría un arador.
Siete veces fué templado
En la sangre de un dragón,

Y otras tantas fué afilado
Porque cortase mejor:
El hierro fué hecho en Francia,
Y el asta en Aragón:
Perfilándoselo iba
En las alas de su halcón.
Iba á buscar á Don Cuadros,
A Don Cuadros el traidor,
Y allá le fuera á hallar
Junto del Emperador.
La vara tiene en la mano,
Que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba,
Si le tiraría ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho Don Cuadros
Dado ha al Emperador:
Pasado le ha manto y sayo
Que era de un tornasol,
Por el suelo ladrillado
Más de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
Bien oireis lo que habló:
—¿Porqué me tiraste, Infante?
¿Porqué me tiras, traidor?
—Perdóneme tu Alteza,

Que no tiraba á tí, no:
Tiraba al traidor de Cuadros;
Ese falso engañador,
Que de siete hermanos que tenía,
No ha dejado, si á mi no:
Por eso delante ti,
Buen Rey, lo desafio yo.—
Todos fian á Don Cuadros,
Y al Infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del Emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros momentos
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el Infante,
La cabeza le cortó
Y tomárala en su lanza
Y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
Con su hija le casó

(Romancero.)

III

MORISCOS

ZAIDE Y CELINDA

Por las puertas de Celinda
Galan se pasea Zaide,
Aguardando que saliera
Celinda para hablalle.
Salió Celinda al balcón
Mas hermosa que no sale
La luna en escura noche
Y el sol entre tempestades.
—Buenos dias tengais, mora.
A tí, moro, Alá te guarde.
—Escucha, Celinda, atenta,
Si es que quieres escucharme.
¿Es verdad lo que le han dicho
Tus criados á mi paje,
Que con otro hablar pretendes
Y que á mi quieres dejarme
Por un turco mal nacido

De las tierras de tu padre?
No quieras tener oculto
Lo que tan claro se sabe.
¿Te acuerdas cómo dijiste
En el jardín la otra tarde:
«Tuya soy, tuya seré,
Tuya es mi vida, Zaide?»—
De verse reconvenida
La mora en enojos arde,
Y cerrando su balcón,
Al turco dejó en la calle.
El galan soberbecido
Pisotea su turbante,
Y con rabiosas fatigas
Ha cantado estos cantares:
«¿Quieres que vaya á Jeréz,
Por ser tierra de valientes,
Y te traiga la cabeza
Del moro llamado Hamete?
¿Quieres que me vaya al mar
Y las olas atropelle?
¿Quieres que me suba al cielo
Y las estrellas te cuente,
Y te ponga á tí en la mano
Aquella más reluciente?
La estrella sale de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,

Y la enemiga del día
Su mantito negro esconde.

(Romancero.)

IV.

VARIOS

Fray Félix Lope de Vega

A mis soledades voy
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mi mismo
No puedo venir más lejos.
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo

Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan
Fácilmente me defiendo,
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy.
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo
Su locura en su arrogancia
Mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
Más que supo en este tiempo,
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo más es ménos.
No me precio de entendido;
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo

Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.
Señales son de su juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de más,
Otros por cartas de ménos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos;
La de plata, los extraños
Y la de cobre, los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Todos andan bien vestidos
Y quejánse de los precios:
De medio arriba romanos,
De medio abajo romeros.
Dijo Dios que comería
Su pan el hombre primero
En el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento.

Y algunos inobedientes
A la vergüenza y el miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento;
La mejor vida, el favor,
La mejor sangre, el dinero.
Oigo tañer las campanas
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces,
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡Oh, bien haya quien las hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben

Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos
Cuando quieren escribir
Piden prestado el tintero,
Sin ser pobres ni ser ricos
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados
Ni pretensiones ni pleitos.
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño,
Nunca como yo firmaron
Parabien, ni Pascuas dieron
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy
De mis soledades vengo.

(Obras.)

D. Leandro Fernández Moratín

El coche en venta

Quiero contarte
Que Don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,

Me está moliendo
Más ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amén)
Sus dos candongas
Y su cupé.
Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber:
Ibame aprisa
Hacia la Red,
Y en una esquina
Me lo encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somatén,
Y las mentiras
De tres en tres
—Y no hay remedio,
Ello ha de ser:
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde.
Parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra más cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel,
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber,
A un chalán cojo,
Aragonés,

Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas!
No hay que temer!
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa;
Yo os dejaré
Las señas..... Pero.....
¿Teneis papel?
—No tengo nada;
Ni es menester:
Dejadme vivo,
Sayón cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo:
Si no ha de ser:
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pie
Hasta la turca
Jerusalén.
—¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.

(Obras dramáticas y líricas.)

D. Antonio de Trueba

LAS CRUCES

I.

Santas cruces, santas cruces,
Que alzaron nuestros abuelos
Desde el pueblo á la colina
Que se alza orilla del pueblo.
Conmemorando el sublime
Sacrificio del Cordero,
Poco á poco, santas cruces,
¡Vais cayendo! ¡Vais cayendo!
Y conforme caeis..... caen
La paz del hogar doméstico
Y la paz de la repùblica
Que á vuestro pie florecieron.

II.

Los que la triste estadística
Del crimen vais inquiriendo
Por aldeas y ciudades
Para impedir su progreso,

En vez de ir al consistorio
Con tan generoso intento,
Id á la santa colina
Que se alza orilla del pueblo
Y os dirán, mejor que estados
Y judiciales procesos,
Las cruces que hallais caidas
Cuántas virtudes cayeron.

III.

Noble tierra de Cantábria
En cuyos verdes oteros
La religión y el trabajo
Tienen altares perpétuos,
Aun en tus oteros se alzan
Reverenciados y enhiestos
Los piadosos simulacros
Que alzaron nuestros abuelos.
Noble tierra de Cantábria,
Cuida de ellos, cuida de ellos,
Que cuando las cruces caen....
¡Ay de los pueblos!

(Libro de las Montañas.)

BALADAS

D. Ventura Ruiz Aguilera

EL EXPÓSITO

El niño expósito dice:
—La avecilla tiene un nido,
Que entre flores
De colores
Se columpia suspendido,
O en las grietas de un peñón.
Yo nací mísero fruto,
Sin fortuna,
En negra noche sin luna,
Y en solitario rincón.—
La Caridad le responde:
—Yo tengo para tí cuna;
Ven y verás cual reposas;
Yo tengo para tí cuna
Cuna de rosas.—
El niño expósito dice:
—La avecilla tiene plumas,
Que del frio

Y el estío
La defienden y de brumas,
A muy poco de nacer.
Yo rotos harapos tengo;
Tiritando
En la calle estoy llorando
Y nieve cubre mis pies.—
La Caridad le responde:
—Y yo estoy siempre esperando
Con limpio traje, aunque rudo;
Ven que te estoy esperando,
Niño desnudo.—
El niño expósito dice:
—La avecilla hiende el viento,
Y en el prado
Y apartado
Verde bosque halla sustento,
Y agua clara en fuentes mil.
A mi el hambre me consume
Sin reposo,
Y mi acento doloroso
No conmueve al ser feliz.—
La Caridad le responde:
—Y yo tengo pan sabroso
Para partirlo contigo;
Ven comerás pan sabroso
De blanco trigo.—

El niño expósito dice:
—La avecilla libremente
Canta y gira
Y audaz mira
El volcán del sol ardiente,
Y á otras aves es igual.
Yo no puedo alzar mis ojos,
Porque escrito
De mi origen *el delito*
El mundo en ellos verá.—
La Caridad le responde:
—Y yo en mi seno te admito
Por ley de amor que en mi impera
Ven que en mi seno te admito
Mi amor te espera.—
El niño expósito dice:
—La avecilla madre tiene
Que le enseña
De pequeña,
Y caricias le previene
Y la oculta del halcón.
Yo á la mia no conozco,
Ni mi boca
Su adorado nombre invoca
Pues jamás lo supe yo.—
La Caridad le responde:
—No hay ninguno más sublime;

Caridad la llama el suelo,
Y á ser madre del que gime
Bajó del cielo.

(Ecos nacionales.)

D. Manuel Ossorio y Bernad

LA SERENATA

—Madre, una música dulce
A mi pesar me despierta,
Es ya más de media noche
Asómate á ver quien sea.
—No escucho nada, hija mia:
Duerme que mi amor te vela
¿Quien ha de dar serenatas
A una pobre niña enferma?
—No: la música que escucho,
De gozo, madre, me llena:
No la producen los hombres
Ni suena junto á las rejas.
Es como un coro de ángeles
Que hacia su cielo me lleva....
Buenas noches, madre mia,
Dejo con ellos la tierra.

Calendario religioso.-1866.

D. Ventura de la Vega

A la Excma. Sra. Condesa del Motijo

I.

Ausente y presente á un tiempo,
Te aflige y te halaga amor;
Que el *Adúr* y el Manzanares
Dividen tu corazón.
¡Y en duce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos
Tu mente allá!

II

Allá un suspiro del alma
Pide á tu amor maternal,
La que en premio á sus virtudes
Ciñe corona imperial.
¡Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos
Tu mente allá!

III

Aquí otra prenda querida

Que también tiene á sus pies,
Cual reina de la hermosura,
Vasallos cuantos la ven.
¡Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos
Tu mente allá!

(Poesías)

CANTARES

D. Ramòn de Campoamor

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

—

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
«¡Consuelo mio!»
¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel consuelo!

—

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia
Pecar, hacer penitencia,
Y luego vuelta á empezar.

(Doloras y cantares.)

D. Ventura Ruiz Aguilera

La guitarra que yo toco
Siente como una persona:
Unas veces, canta y rie,
Otras veces, gime y llora.

—

El mundo me dió un libro;
Yo soy tan lerdo,
Que cuanto más lo estudio
Menos lo entiendo.

—

La casa de mi vecino
Dos puertas tiene á dos calles;
Cuando el hambre entra por una
Por otra la virtud sale.

(Armonías y cantares.)

D. Antonio de Trueba

Camino del camposanto
Nos solemos encontrar,
Los que penamos aún
Y los que no penan ya.

—

Una heredad en un monte,
Y una casa en la heredad,
Y en la casa pan y amor,
¡Jesús qué felicidad!

D. Melchor de Palau

No seas en el mundo
Cual mariposa,
Que busca de las flores
La más hermosa;
Copia á la abeja
Que de flor sin perfume
Presto se aleja.

—

Tu corazón y el mio
El árbol copian:

El tuyo en cada año
Muda sus hojas;
Y el mio ¡ay triste!
En que cada año echa
Nuevas raices.

(Cantares.)

DOLORAS

D. Ramón de Campoamor

Todo está en el corazón

La reina que enloquecía
Por D. Felipe el Hermoso,
La tumba al ver de su esposo,
—¡Todo está allí!—se decía.
Sus restos exhumó un dia,
Mas nada allí vió; y así,
En vez del—todo está allí,—
Desde tan triste ocasión,
Señalando al corazón,
Decía:—¡Todo está aquí!—

Bodas celestes

Te vi una sola vez, solo un momento;
Mas lo que hace la brisa con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento,
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas
Dos palmeras casadas por el viento.

(Doloras y cantares.)

RIMAS

D. Gustavo A. Becker

Del salón en el ángulo oscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!
¡Ay, pensé, cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

—

Es un sueño la vida,
Pero un sueño febril que dura un punto,

Cuando de él se despierta
Se vé que todo es vanidad y humo...
¡Ojalá fuera un sueño
Muy largo y muy profundo;
Un sueño que durára hasta la muerte!...
Yo soñaría con mi amor y el tuyo.

—

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda.
Que es una estatua inanimada.....pero
¡Es tan hermosa!

II.

POESÍA ÉPICA

I.

POEMA ÉPICO-RELIGIOSO

Fray Diego de Hojeda

LIBRO V.

La blanca aurora con su rojo paso
En nubes escondida caminaba
Y los celajes del Oriente raso
De oro confuso y turbia luz bordaba;
Y adivina, quizá, del triste caso
Oscurecer quisiera, y alumbraba
No voluntaria, no, mas obediente
Al que gustó de estar en cruz pendiente.

El rubio sol, temiendo la carrera,
Escasa daba su hermosa lumbre,
Y discurría por la cuarta esfera,
Ya no por intención, más por costumbre:
Y si juntarse con verdad pudiera
En el bajo hemisferio y alta cumbre
Oscuridad y luz, y noche y día,
Todo por hacer mónstruos lo haría.

El aire sus alegres arreboles,
De apacible escarlata sonrojados,
Que parecen vistosos tornasoles
De diversos matices retocados,
Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
Que embestirle quisieran abrasados,
Melancólico y turbio se hurtára
Porque la claridad no le bañara.

Las dulces avecillas voladoras,
Que al rayar de la luz cantan risueñas,
Olvidando las músicas sonoras,
Por su Dios se mostraban zahereñas:
Mudas las lenguas, antes chirriadoras,
Daban de su dolor bastantes señas;
Que, como naturalmente obedecen
A Dios, por Dios, callando, se entristecen.

Los peces, que en el agua trasparente
A la mañana alborozados juegan,
Y la plaza del aire refulgente

De aljofar cubren y de escarcha riegan,
Y remedando al escuadrón valiente
En varias tropas á encontrarse llegan,
Dividían los líquidos cristales,
Mustios, por ver á Dios en penas tales.
Las fieras en los bosques detenidas,
Contra lo que sus almas les dictaban,
Las hondas cuevas, de terror vestidas,
Huyendo de la nueva luz, buscaban:
Y allí presas, con rabia enfurecidas,
A su Criador bramando se quejaban,
Y si tuvieran para más licencia,
Vengáran su Pasión y su paciencia.

(La Cristiada.)

II.

POEMA ÈPICO HERÓICO

D. Alonso de Ercilla

Discurso del paje de Valdivia á los Araucanos

Un hijo de un cacique conocido
que á Valdivia de paje le servía,
acariciado dél y favorido
en su servicio á la sazón venía:
del amor de su patria conmovido,
viendo que á más andar se retraia,
comienza á grandes voces á animarla,
y con tales razones á incitarla:

¡Oh ciega gente, del temor guiada!
¿á dó volveis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos:
la fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos:
de señores, de libres, de temidos,
quedais siervos, sujetos y abatidos.

Manchais la clara estirpe y descendencia,
y engerís en el tronco generoso

una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpétuo. ignominioso:
mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento, y el fogoso
latir de los caballos, las hijadas
llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudeis del hábito y costumbre
que de nuestros abuelos mantenemos,
ni el araucano nombre, de la cumbre
á estado tan infame derribemos:
huid el grave yugo y servidumbre;
al duro hierro osado pecho demos;
¿por qué mostrais espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
que el ciego y torpe miedo os vá turbando;
dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando:
volved, no rehuseis tan gran victoria,
que os está el hado próspero llamando:
á lo menos firmad el pié ligero,
vereis como en defensa vuestra muero.

Enumeración del ejército de Caupolican

Caupolican con no menor doctrina
y gran cuidado en todo y providencia,

la gente de su ejército consina
á los hombres de suerte y suficiciencia
que en la arte militar y displina
era de mayor prueba y esperiencia.

Y todo puesto á punto, quiso un dia
ver la gente y las armas que tenía.

Era el primero que empezó la nuestra
el cacique Pillolco el cual armado
iba de fuertes armas, en la diestra
un gran bastón de acero barreado;
delante de su escuadra, gran maestra
de arrojar el certero dardo usado,
procediendo en buen órden y manera,
de trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
el fuerte Leucotrou, á quien siguiendo
iba una espesa banda de flecheros,
gran número de tiros esparciendo.

Venía Rengo tras él con sus maceros,
en paso igual y grave procediendo
arrogante, fantástico, lozano,
con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguía
el áspero y robusto Tulcomara,
que vestida en lugar de arnés traía
la piel de un fiero tigre que matara:
cuya espantosa boca le ceñía

por la frente y quijadas la ancha cara
con dos espesas órdenes de dientes
blancos, agudos, lisos y lucientes;
Al cual en gran tropel, acompañaban
su gente agreste y ásperos soldados,
que en apiñada muela le cercaban,
de pieles de animales rodeados:
luego los talcamávidas pasaban,
que son más aparentes que esforzados,
debajo del gobierno y del amparo
del jactancioso mozo Caniotaro.
Iba siguiendo la prostrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
con sus pintadas armas, el cual era
del famoso Picoldo descendiente,
rigiendo los que habitan la ribera
del gran Nibequeten, que su corriente
no deja á la pasada fuente y rio
que todos no los traiga al Biobio.
Pasó luego la nuestra Marcaude,
con una cimitarra y ancho escudo,
mozo de presunción y orgullo grande,
alto de cuerpo, en proporción membrudo,
iba con él su primo Lepomande,
desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo,
ambos de una divisa, rodeados
de gente armada y pláticos soldados.

Seguía el orden tras estos Lemolemo,
arrastrando una pica poderosa,
delante de su escuadra, por extremo
lucida entre las otras y vistosa
un poco atras del cual iba Gualemo,
cubierto de una piel dura y pelosa
de un caballo marino, que su padre
había muerto en defensa de la madre.

. . . . . .

Fué allí el postrero que pasó en la lista
primero en todo Tucapel gallardo,
cubierta una lucida sobrevista
de unos anchos escaques de oro y pardo:
gran le en el cuerpo, y áspero en la vista,
con un huello lozano y paso tardo,
detrás del cual iba un tropel de gente
arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolican, con la otra parte
y resto del ejército araucano,
más encendido que el airado Marte,
iba con un bastón corto en la mano:
bajo de cuya sombra y estandarte
venía el valiente Curgo y Mareguano,
y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho y Guampicolo.

Seguían luego detrás sus plimaiquenos,
tuncos, renoguelones y pencones,

los itatas, mauleses y canquenes,
de pintadas divisas y pendones,
ribequetenes, puelches y cantenos,
con una espesa escuadra de peones,
y multitud confusa de guerreros,
amigos, comarcanos y extranjeros.

Según el mar las olas tiende y crece,
así crece la fiera gente armada;
tiembla en torno la tierra y se extremece,
de tantos pies batida y golpeada:
lleno el aire de estruendo se escurece
con la gran polvareda levantada,
que en ancho remolino al cielo sube
cual ciega niebla espesa ó parda nube.

(La Araucana.)

III.

POEMA ÉPICO FILOSÓFICO-SOCIAL

D. José Espronceda

Rizados copos de nevada espuma
Forma el arroyo que jugando salta,
Ricos paises de vistosa pluma
En campos de aire el pajarillo esmalta;

Álzase lejos nebulosa bruma,
De sombra rica si de luces falta;
Y el verde prado y el lejano monte
Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
Su manto en el Oriente el alba tiende,
Y blanca, y pura y regalada lumbre
De su frente de nácares desprende;
Cándida silfa á su fugaz vislumbre
El aire en torno sonrosado enciende,
Y en su frente la ondina voluptuosa
Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
Del hondo mar sobre la rubia espalda,
Ráfagas dando de su luz divina,
Mécese el sol en lechos de esmeralda;
La niebla á trozos quiebra y la ilumina
Del terso azul por la tendida falda;
Y de naranjas y oro, y fuego pinta
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,
Y en la de flores mil fértil llanura,
Y en el seno del agua que serena
Se desliza entre franjas de verdura,
El ruido alegre y bullicioso suena
De seres mil que cantan su ventura,
Prestando su algazara y movimiento

Voz á las flores y palabra al viento.
Las rosas sobre el tallo se levantan,
Coronadas de gotas de rocío;
Las avecillas revolando cantan
Al blando son del murmurar del rio;
Chispas de luz los aires abrillantan
Salpicando de oro el bosque umbrío;
Y si el aura á la flor murmura amores.
La flor le brinda aromas y colores.
Y resonando..... etcétera: que creo
Basta para contar que ha amanecido;
Y tanta frase inútil y rodeo
A mi corto entender no es más que ruido;
Pero tambien á mí me entra deseo
De echarla de poeta, y el oido,
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.
Quiero decir, lector, que amanecía,
Y ni el prado, ni el bosque vienen bien,
Que este segundo Adan no verá el día
Nacer en los pénsiles del Eden,
Sinó en la cárcel lóbrega y sombría;
Que su pecado cometió también
Viniendo al mundo por extraño hechizo,
Y es justo que tal pague quien tal hizo.
Corrió entre tanto, por Madrid la fama
De aquella aparición del hombre nuevo:

De como viejo se acostó en su cama,
Y al despertar se levantó mancebo.
Nueva de que era causa se derrama
El gran tumulto que contado llevo,
Cuando atento el patrón, subiendo al ruido,
Halló en otro á su huesped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo:
Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos;
Otros que las desgracias de un rey godo
Leen en la historia y sufren parasismos;
Quién, por saber la cosa y de qué modo
Pasó, y contarla luego, á los abismos
Es capaz de bajar; quien nunca sabe
Si nó es de aquello en que interés le cabe.

Quién por saber lo que á ninguno importa,
Anda desempolvando manuscritos
Para luego dejar la gente absorta
Con citas y con textos eruditos;
Otro almacena provisión no corta
De hechos recientes, cuentos infinitos,
Y mentiras apaña, y cuanto pasa
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento
Aquí en la capital ha sucedido;
Y es tanta la jarana y movimiento
En que su vecindario anda metido,
Que muchos no tendrán conocimiento

De un caso no hace mucho acontecido;
Y á otros tal vez la verdadera historia
Se habrá borrado ya de la memoria.
Mas yo, como escritor muy concienzudo,
Incapaz de forjar una mentira,
Confesaré al lector que mucho dudo
De la verdad del caso que le admira;
Contaré el cuento con mi estilo rudo
Al ronco son de mi cansada lira,
Y el hecho á otros afirmar les dejo
De haberse el mozo convertido en viejo.

(El diablo mundo.)

IV.

POEMAS HEROI-CÓMICOS

Lic. Tomé Burgillos (Lope de Vega)

SILVA VI.

Enternecióse el ínclito senado,
Haciendo propia la desdicha ajena,
Luego que vió que proseguir no pudo,
Y respondió Panzudo,

Un gato venerable de persona,
Aunque pelado de cabeza estaba,
Cosa que á muchos buenos acontece,
Si bien esto no fué lo que parece,
Cuando á un amante viene la pelona;
Mas golpe que le dió cierta fregona,
Que de un menudo que lavar pensaba,
Cuando menos atenta le miraba,
Asido del principio de una tripa,
Que á la vista las manos anticipa
La fué desenvolviendo hasta el tejado,
Como cordel de un cabo y otro atado,
Del ovillo de sebo el laberinto,
Y cada cual de todos participa
Deste dolor, como si propio fuera;
Dijo con el semblante mesurado
En prudentes palabras desalado:
«Con justa causa Micifuf espera
Verse favorecido.
Y vengado también del atrevido,
Que le robó su esposa;
Fatal desdicha de mujer hermosa.»
Y respondió Tomillo,
Propia razón de gato mozalvillo:
«Por mi ya lo estuviera
Porque con estas uñas se la diera»
Pero Zurron que le miraba enfrente,

Le dijo: «con un gato el más valiente
Que han visto los tejados desta villa,
Mejores á la usanza de Castilla,
Escribirle un papel de desafío:
—No es el voto mío
(Garrullo replicó), ni que se intente
Venganza de victoria contingente;
Que siempre ha estado en varias opiniones
Si ha de haber desafío en las traiciones.
Soy de voto que tome el agraviado
Un arcabuz, y aguarde
Al gato más valiente ó más cobarde:
Castigo de que vive descuidado
Sin miedo del que agravia,
Y propio efecto de la noche oscura.
—Si se pudiera ejecutar segura,
Fuera venganza sábia
(Dijo Chapuz valiente,
Gato de buenas partes);
Mas son tantas las artes
Dese Marramaquiz, gato insolente,
Que no dará ocasión que se ejecute,
Por mucho que la noche el rostro enlute;
Y de mi parecer mejor sería,
Querellarse del robo y castigalle
Por términos jurídicos, y dalle
Muerte que corresponda á la osadía.

—Dirán que es cobardía
(Trebejos replicó), ni esa querella
Está bien al honor de una doncella,
Que es poner su defensa en opiniones;
Que se averigua mal con las razones
Aquello que la causa pone en duda;
Que no hay para mujeres lengua muda:
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas,
No pudiendo excusar el nacer dellas.
Pleitos aún no son buenos para gatos,
Porque es gastar la vida y la paciencia.
No hay que tratar de tratos ni contratos,
Ni andar en pruebas ni esperar sentencia.
Si aquesta injuria ha de quedar vengada,
Remítase á la pólvora ó la espada.
Bien dice (respondió Raposo, haciendo
Debido acatamiento al gran senado)
Trebejos, y no es justo,
Aunque se pruebe lo que estais diciendo
Y quede á vuestro gusto sentenciado,
Que deis al pueblo gusto,
Al teatro sacando neciamente
Un gato con capuz y caperuza;
Y no menor locura que se intente,
No siendo Micifuf el moro Muza,
Tratar de desafíos
Con quien sabeis que tiene tantos bríos.

Perdóneme Zurrón, Chapuz perdone,
Y auuque la edad le abone,
Me perdone Panzudo,
Si de su parecer mi intento mudo;
Que el mio es juntar gente
Para tan grave empresa conveniente,
Y formando escuadrones
De caballos y armada infantería
De toda la parienta gatería,
Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
Y asestándole tiros y cañones,
Batirle la muralla noche y día,
Hasta saber que gente le socorre;
Porque si el campo Micifuf le corre,
Y el sustento le quita,
O que deje la plaza necesita,
O en forma de batalla
Asalta la muralla,
Él se dará á partido,
O le castigareis siendo vencido.
Sacad banderas, pues, tóquense cajas,
Haciendo las baquetas
Los pergaminos rajas;
Terciad las picas, disparad cometas,
Que así cobró su esposa en Troya el griego
Publicando la guerra á sangre y fuego.»
Calló Raposo, y luego del senado

El voto conferido
En la guerra quedó determinado,
Por ser de todos el mejor partido,
Más justo y más honroso.
Y dando Micifuf, como era justo,
Los brazos y las gracias á Raposo,
Brotando humor adusto,
A hacer la leva de la gente parte.
Perdona, Amor; que aquí comienza Marte,
Y sale Tesifonte
A salpicar de fuego el horizonte;
Suspende entre las armas los concetos:
Pues das la causa, escucha los efetos.

(La Gatomaquía.)

V.

POEMAS MENORES

I.

LEYENDAS

D. José Zorrilla

Argumento

Diego Martínez, antes de partir para las guerras de Flandes, jura á D.ª Inés de Vargas, ante el Cristo de la Vega en Toledo, ser su esposo cuando, pasado un año, regrese de la campaña: tres pasaron y hasta terminaron las guerras sin que se realizasen las esperanzas de la joven, cuando una tarde vió entrar D.ª Inés lucido escuadrón de Toledo, mandado por Diego, ya capitán. Arrójase la niña á sus piés; aquel la rechaza y ella entonces pide justicia al gobernador D. Pedro Ruiz de Alarcón, ante el cual manifiesta que tiene por testigo de su juramento al Cristo de la Vega: tómasele declaración y la sagrada imágen lo atestigua poniendo la mano sobre los

autos. Diego é Inés renunciaron al mundo y sus vanidades. He aquí un fragmento de tan hermosa leyenda.

V.

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
D. Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene el brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
Del tribunal superior,
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan

Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropón,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos: «¡Justicia,
Jueces, justicia, señor!»
Y á los pies se arroja humilde
De D. Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan alrededor.
Alzóla cortés D. Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultoso murmullo
Que esta escena ocasionó,

Diciendo:

—Mujer ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor,
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Que prenda?
—Mi corazón,
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesa?
—¡Si, por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.
—¿Quién es el?
—Diego Martínez.
—¿Noble?
—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró—
Quedó en silencio la sala,
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado són.

Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo:—El capitán D. Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán D. Diego,
Díjole D. Pedro, vos?
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
—Yo soy.
—¿Conoceis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.
—¿Hicísteisla juramento
De ser su marido?
—No.
—¿Jurais no haberlo jurado?
—Si juro.—
—Pues id con Dios,
—¡Miente!—clamó Inés llorando
De despecho y de rubor,
—Mujer, ¡piensa lo que dices!....
—Digo que miente, juró!
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor.
Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
É Inés que le vió partirse
Resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo,
Llamadle, otra vez, señor.—
Volvió el capitán D. Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razón.—
—¿Quién?
—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó,
Mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algún balcón?
—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró.
—¿Luego es muerto?
—No, que vive.
—Estais loca ¡vive Dios!
¿Quién fué?
—El Cristo de la Vega,
A cuya faz perjuró.
Pusiéronse en pié los jueces

Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:
«La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay más tribunal que Dios.
Haremos.... lo que sepamos.
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la Vega
Tomareis declaración.»

II.

CUENTOS

D. Juan Arolas

La fuente encantada

Nora en su perfecto talle
Cima y cúmulo de gracias,
A la enredadera misma
Por ser tan flexible iguala;
Melancólico querube
La prestó trenzas doradas,
Ojos, tez, toda su gloria,
Reservándose las alas.
Feliz viviría Nora,
Fresca rosa de bengala;
Más amor vino al aldea,
Porque en todas partes se halla.
Vino con Ovál, soldado
De armadura muy pesada
Y de casco reluciente
Que sombrean plumas gualdas
La bella escuchó con gusto

BIBLIOTECA JOSÉ MARÍA TEJERO

Sus torneos y batallas,
Y sin advertirlo apenas,
Bebió amor en sus palabras.
Sus padres que en Nora miran
Al ídolo de sus ansias,
Contrarían su pasión,
Que ya se arraigó en el alma.

. . . . . .

Sola se marchó á la fuente
Mientras sombras apiñadas
Precursoras de la noche,
Valle y montes enlutaban.
Sola se marchó á la fuente
Destapó la pila blanca,
Y en ella vertió las perlas
De sus lágrimas amargas.
Mas Oval como aquel ángel
Que preside á la esperanza,
De pronto se apareció
Para verla y consolarla
Sus lágrimas enjugó,
Su corazón puso en calma,
Y apoyándola en sus brazos
La condujo á su morada.
La hermosa de allí se fué,
Dejando por su desgracia
La fuente de los encantos

Con la pila destapada.
¡Triste y dura fué su noche!
La embistieron mil fantasmas,
Y esqueletos que gemían.
Trasgos, y sangrientas larvas.
La luz era ya nacida
Cuando abandonó su cama,
Poseida de terrores
Porque recordó su falta.
Fué corriendo hácia la fuente.
Mas del sol iluminada
La pila por esta vez
A torrentes dió sus aguas.
Era un río que ha vencido
Malecones y murallas,
Era un abismo y un mar
Agitado de borrascas.
La voz de las turbias ondas
Era voz de la venganza:
Las pastoras se escondían
Y los rústicos clamaban:
Nora enmudeció de pena,
Vino á parecer estátua,
Que el cincel de los dolores
En un golpe fabricára:
Ovál la subió á la cima
De una próxima montaña,

Que en aquel valle infeliz
Débil muro se levanta.
¡Qué horror!.....Desparece el valle
Con árboles y con casas;
Todo es muerte, y todo es mar
Que para dar muerte avanza.
El sitio do los amantes
Ántes de morir se abrazan,
Es isla pequeña y débil
De aquella laguna vasta;
Isla que se disminuye,
Se humedece, se quebranta,
Se pierde como una sombra,
Que es un punto y luego es nada.
Dos ayes se llevó el viento,
Dos cuerpos se llevó el agua,
Y el ángel de los amores
Al Edén llevó dos almas.

. . . . . .

Era un valle deleitoso,
Y hoy es lago con sus barcas,
Y al amor se da la culpa
De tan singular mudanza.

(Poesías.)

D. Narciso Serra

La confesión de un muerto

D. Luis de Osorio, galan pendenciero y valiente, yendo una noche á rondar se encuentra en un muladar á un leproso que le pide auxilio: se le presta, llévale á cuestas al hospital y el leproso agradecido le desea el cielo y que no muera sin confesión, para lo cual pide á Dios, al morir, la gracia de bajar al Purgatorio empeñando su alma por la de D. Luis en el caso de que éste muera inconfeso. Poco después Osorio seduce á la mujer de D. Pedro Velarde y aquel es muerto en una callejuela por los servidores de D. Pedro. Dios concede á D. Luis que después de muerto se confiese y al llegar al Purgatorio el leproso le conduce en sus brazos al cielo. De esta manera termina el cuento:

VI.

Apuntaba el nuevo dia,
Y muerto D. Luis de Osorio,
Camino del Purgatorio
El alma se dirigía.

Cuando á su puerta llegó
Iba ya á entrar resignado
Mas se detuvo abrazado
Por otra alma que salió.
—No entres,—dijo,—tu lugar
No es ese lugar.—¿No es ese?
—No, pese al demonio y pese
A tu vida no ejemplar.
Yo mi alma empeñé por ti;
Muriendo sin confesión,
No lograbas tu perdón,
Te has confesado y salí.
Yo te he querido pagar
Haber muerto con reposo;
Soy el alma del leproso
Que hallaste en el muladar.
Dios mirando tu obra buena
Hizo un milagro notorio;
Yo en tanto del Purgatorio
Por ti pagaba la pena.
Te confesaste y así
Que pura tu alma quedó,
Merecía el cielo, y yo
Del Purgatorio salí.
Ven al trono celestial
Con rabia de Belcebú,
En mis brazos, *como tú*

Me llevaste al Hospital.
Y D. Luis con él subió
Hasta el celestial estrado,
Y colorín colorado,
Y mi cuento se acabó.

(Leyendas, cuentos y poesías.)

III.

POESÍA DRAMÁTICA

COMPOSICIONES DRAMÁTICAS FUNDAMENTALES

I.

TRAGEDIA

D. Francisco Martínez de la Rosa

EDIPO.

ESCENA III

EDIPO, HYPARCO.

E. No es la desgracia, no, la que me oprime;
Mil veces su rigor desafiara,
En cambio de la horrenda incertidumbre
En que hundido mi espíritu batalla.

H. ¿Qué incertidumbre? Explícate...
E. Yo propio.
Mal pudiera, aún queriéndolo.
Mas, habla,
Sepa al menos de tí....
E. ¿Quieres saberlo?
H. Si.
E. Pues escucha y tiembla.—Ya pisaba
Del panteón el último recinto;
Y el silencio, el horror, la luz escasa
De las antorchas fúnebres, el viento
Que en las inmensas bóvedas zumbaba,
De terror religioso me cubrían
Cual si del triste mundo me alejara.
¿Lo creerás?... Al pasar entre las calles
De apiñados sepulcros, las estátuas
De mármol animarse parecían;
Y que á mi vista súbito indignadas,
¡*Fuera*, *profano*, *fuera*! repitiendo,
Confuso el eco ¡*fuera*! retumbaba...
H. ¿Es posible que Edipo el esforzado,
Famoso por tan ínclitas hazañas,
Esclavo de su ardiente fantasía
Se deje intimidar por sombras vanas?...
Fué tu imaginación....
E. ¡No, Hyparco, amigo!
Yo también lo creí; doblé mi audacia;

Y con inciertos pasos, presuroso
Llegué hasta el fondo de la oscura estancia....
¡Nunca llegaré, nunca!... oculta mano
Del término anhelado me alejaba;
Mas yo luchando y reluchando ciego,
Del buen Layo toqué la tumba helada...
¡Infeliz! Con estrépito la losa
Saltó en pedazos mil; pálidas llamas
Salieron del sepulcro, y al reflejo,
Vi la sombra de Layo alzarse airada,
Extenderse, crecer, tocar las nubes,
Y en el profundo abismo hundir la planta...

H. Tranquilízate, Edipo... ¿Qué delirio,
Qué turbación es esa?...

E. Envuelto estaba
En la púrpura real; mas de su pecho
Mostraba abierta la profunda llaga;
Y, brotando la sangre, parecía
Que hasta mi misma frente salpicaba...
Atónito, turbado, confundido,
En tierra me postré, la voz me falta
Para invocar á la tremenda sombra;
Mas osó alzar la vista, y de Yocasta
Miro á mi lado la confusa imagen;
Dudo, torno á mirar, voy á abrazarla,
Y entre los dos lanzándose el espectro,
Con sus sangrientas manos nos aparta.

H. ¡Mísero Edipo!...
E. Un lúgubre gemido
Arrojó por tres veces, y otras tantas
Me miró con ternura; hasta que al cabo
Pronunció con dolor estas palabras:
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
Que mancha el crimen... dijo, y con la planta
Hiríó la hueca tumba, y en su seno
Quedó la inmensa sombra sepultada.

II.

COMEDIA

D. Manuel Bretón de los Herreros

Muérete y verás

ACTO III

ESCENA IV

D. Antonio, D. Lupercio, D. Mariano, El Barbero, D. Pablo.

P. Por aquí atajo camino.
Tiro después á la izquierda...

¡Oh Jacinta! Cuál va á ser
Tu alegría, tu sorpresa....
Quizá no haya recibido
Mis cartas; quizá me tenga
Por muerto. De todas suertes
Es imposible que sepa
Mi llegada. Entrar de incógnito
Ha sido feliz idea,
Y apearme en un mesón.
Antes que llegue á su puerta.
Quiero besar otra vez
Su adorada imagen bella. (*Saca el retrato y lo besa*)
¡Bien mio! ¿Serán iguales
Tu hermosura y tu firmeza?
¡Ah! No lo dudo. Volemos...
Suenan las campanas. La música no ha cesado.
Mas ¿qué campanas son esas?
Tocan á muerto! Con malos
Auspicios vuelvo á mi tierra.
No he temido en la campaña
A balas ni bayonetas
Y sin poder remediarlo,
Esas campanas me aterran.
¡Por cierto que es miserable
La humana naturaleza!
A muerto, si! En ese templo
Están celebrando exequias...

Si entraré... Mejor será
Preguntar en esta tienda
Deo gratias.

B. *(Saliendo)* Adelante.
La navaja está dispuesta.
Entre usted. Le afeitaré
Con primor y ligereza.

P. No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa Iglesia
Hay entierro. Sabe usted
Quién es... digo mal, quien era
El muerto?

B. D. Pablo Yagüe.

P. (¡Demonio!) ¿Habla usted de veras?

B. Lo que oye usted; si; D. Pablo,
Natural de Cariñena,
Vecino de Zaragoza,
Hacendado, hombre de letras,
De estado soltero, edad
Como de veintiocho á treinta,
Oficial movilizado,
Buen mozo, etc. etc.

P. (Peregrina es la aventura;
Y el hombre de tales señas.....
Lo más singular del caso
Es el ser yo á quien lo cuenta.)

B. Ya nadie ignora su muerte;

Ni aun los niños de la escuela.

P. (¡Bravo! Puede ser que yo
Me haya muerto y no lo sepa.)

B. Parece que V. se aflige
Al oir tan triste nueva.

P. Todas las malas noticias
Que oiga yo sean como esa!

B. ¡Qué dice usted! Con que un muerto.....

P. Dios le dé la gloria eterna,
Pero yo llorára más
La muerte de otro cualquiera.

B. ¡Hombre! ¿Por qué?

P. Yo me entiendo.
¿Ha muerto aquí?

B. No, En la guerra;
En la gloriosa jornada
De los campos de Gandesa.
Murió como un Alejandro
Después de hacer mil proezas.
Cargó el solo á un batallón
Y le quitó la bandera.

P. ¡Cáspita!

B. Treinta facciosos
Le atacan; y él ¿qué hace? Cierra
Con todos, y á veinticuatro
Deja tendidos.

P. ¡Aprieta!

B. Al fin sucumbió. ¡Qué lástima!
Un mozo de tantas prendas...
P. ¡Ah! ¿Le conocía usted?
B. No señor; y es que á la cuenta,
Se afeitaba solo. Pero
Todo el mundo lo celebra...
P. Después de muerto! ¿Verdad?
(Vuelve á oirse el son de las campanas sin cesar el de la música.)
B. Yo le diré á usted...
(Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de la barbería.
L. Aún suenan
Las campanas ¡Pobre Pablo!
Su muerte me causa pena.
B. Justamente esos señores
Hablan del muerto.
P. Quisiera
B. Escuchar.....
B. Pues entre usted
En el corro: con franqueza.
Son parroquianos y amigos.
P. No quiero yo que me vean.
B. ¿Por qué?
P. Tengo mis razones.
B. Si no mienten mis sospechas
Uste es pariente del muerto.

P. Algo hay de eso; si.
B. Por fuerza
(Cuando vi que se alegraba
De oir el *requiem eternam*,
Dije para mi al momento:
Este es de la parentela.)
P. Y allí hay música
B. Es un baile
(D. Pablo aplica el oido sin desembozarse)
P. ¡Este es el mundo!
M. Mi lengua
Siempre elogiará á Don Pablo.
A. ¡Qué talento aquel!
L. ¡Qué amena
Conversación!
M. ¡Qué donaire!
B. ¿Lo oye usted?
P. Si
A. ¡Qué nobleza
De sentimientos!
L. Su bolsa
Para todo el mundo abierta.....
P. Esos que ahora le alaban
Le quitaban la pelleja
Cuando vivo: yo lo sé.
Maestro, al que está en la huesa
Nadie le envidia! *(Cesa la música)*

B. En efecto;
Siempre oigo decir lindezas
De todos los que se mueren.
A. Dices bien. No lo creyera
De D. Matías. ¡Qué acción
Tan indigna! ¡Qué bajeza!
Solicitar á Jacinta.....
P. (¡Qué oigo!)
A. Habiendo sido prenda
De su amigo y camarada!
P. (¡Ah, traidor amigo..... ¡Y ella....
¡Oh! no; no es posile.... Oigamos.....
Ahora que más me interesa
Oirlos, bajan la voz!)
L. No vi ingratitud más negra.

III.

DRAMA

D. Pedro Calderón de la Barca

El Alcalde de Zalamea

JORNADA TERCERA

ESCENA XV.

D. Lope, Soldados.—Crespo

D. Lop. (*Dentro*) Para, para.
Cresp. ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
Se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?
(*Salen D. Lope y soldados.*)
D. Lop. ¡Oh Pedro Crespo! Yo soy,
Que volviendo á este lugar
De la mitad del camino
(Donde me trae, imagino,
Un grandísimo pesar),

No era bien ir á apearme
A otra parte, siendo vos
Tan amigo

CRESP. Guárdeos Dios;
Que siempre tratais de honrarme.

D. LOP. Vuestro hijo no ha aparecido
Por allá

CRESP. Presto sabreis
La ocasión: la que teneis,
Señor, de haberos venido,
Me haced merced de contar;
Que venis mortal, señor.

D. LOP. La desvergüenza es mayor
Que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
Que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
Y me dijo en el camino....
—Que estoy perdido, os confieso
De cólera

CRESP. Proseguid.

D. LOP. Que un alcaldillo de aquí
Al Capitán tiene preso.—
Y ¡vive Dios! no he sentido
En toda aquesta jornada
Esta pierna excomulgada,
Sino es hoy que me ha impedido

El haber antes llegado
Donde el castigo le dé.
¡Vive Jesncristo, que
Al grande desvergonzado
A palos le he de matar!

CRESP. Pues habeis venido en balde,
Porque pienso que el alcalde
No se los dejará dar.

D. LOP. Pues dárselos, sin que deje
Dárselos.

CRESP. Malo lo veo;
Ni que haya en el mundo creo
Quien tan mal os aconseje.
¿Sabeis por qué le prendió?

D. LOP. No; mas sea lo que fuere,
Justicia la parte espere
De mí, que también sé yo
Degollar, si es necesario.

CRESP. Vos no debeis de alcanzar
Señor, lo que en un lugar
Es un alcalde ordinario.

D. LOP. ¿Será más que un villanote?

CRESP. Un villanote será
Que si cabezudo da
En que ha de darle garrote,
Por Dios se salga con ello.

D. LOP. No se saldrá tal, por Dios;

Y si por ventura vos,
Si sale ó no, quereis vello
Decid donde vive ó no.

CRESP. Bien cerca vive de aquí.

D. LOP. Pues á decirme vení
Quien es el alcalde

CRESP. Yo.

D. LOP. ¡Vive Dios, que si sospecho!.....

CRESP. ¡Vive Dios, como os lo he dicho!

D. LOP. Pues, Crespo, lo dicho, dicho.

CRESP. Pues, señor, lo hecho, hecho.

D. LOP. Yo por el preso he venido,
Y á castigar este exceso.

CRESP. Pues yo, acá le tengo preso
Por lo que acá ha sucedido.

D. LOP. ¿Vos sabeis que á servir pasa
Al Rey, y soy su juez yo?

CRESP. ¿Vos sabreis que me robó
A mi hija de mi casa?

D. LOP. ¿Vos sabeis que mi valor
Dueño de esta causa ha sido?

CRESP. ¿Vos sabeis cómo atrevido
Robó en un monte mi honor?

D. LOP. ¿Vos sabeis cuánto os prefiere
El cargo que he gobernado?

CRESP. ¿Vos sabeis qne le he rogado
Con la paz y no la quiere?

D. Lop. Que os entrais, es bien se arguya,
En otra jurisdicción.
Cresp. El se me entró en mi opinión
Sin ser jurisdicción suya.
D. Lop. Yo sabré satisfacer,
Obligándome á la paga.
Cresp. Jamás pedí é nadie que haga,
Lo que yo me puedo hacer.
D. Lop. Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
Cresp. Yo por acá he sustanciado
El proceso
D. Lop. ¿Qué es proceso?
Cresp. Unos pliegos de papel
Que voy juntando, en razón
De hacer la veriguación
De la causa.
D. Lop. Iré por él
A la cárcel
Cresp. No embarazo,
Que vais, sólo se repara,
Que hay orden, que al que llegare
Le den un arcabuzazo.
D. Lop. Como esas balas estoy
Enseñado yo á esperar.
(Mas no se ha de aventurar
Nada en esta acción de hoy.)

Hola, soldado, id volando,
Y á todas las compañías
Que alojadas estos dias
Han estado y van marchando,
Decid que bien ordenadas
Lleguen aquí en escuadrones,
Con balas en los cañones
Y con las cuerdas caladas

UN SOLDADO. No fué menester llamar
La gente; que habiendo oido
Aquesto que ha sucedido,
Se han entrado en el lugar.

D. LOP. Pues vive Dios que he de ver
Si me dan el preso ó no.

CRESPO. Pues, vive Dios, que antes yo
Haré lo que se ha de hacer.

II.

Composiciones dramáticas menores

I.

SAINETES

D. Ramón de la Cruz

El Rastro por la mañana

La escena representa el Rastro de Madrid

LA TOCINERA, MANUEL, VERDULERA, PANADERA, MONDONGUERA, BUÑOLERA, AGUARDIENTERO, JUAN, CAMPANO, TORIBIO y PEPE.

JUAN. Adios, Turibio
TOR. Adios, Juan
JUAN. Hállaste, pardiez, tan vieju
Que necesitas pajuncio?
TOR. No, á fé mia, que aún me atrevu
A levantar á costilla

En vilu el palacio nuevu.

JUAN. ¿Es tu pariente el rapaz?

TOR. ¿A lo cerca ú á lo lejos?
El pariente, si es pariente;
Pero como ha tanto tiempu
Ya que faltu, no se en qué
Gradus está el parentescu.
Ayer me le ha remitido
En una carta Don Tellu
Gil, nuestro beneficiadu,
Y dice que el rapazuelu
Es cosa propia y le envía
Para que se vaya haciendu
Hombre y persona á mi ladu.

CAMP. Persona y hombre es lu mesmu.

JUAN. Nun tal; bien dice Turibiu,
Que á veces en muchos cientus
De hombres no hay una docena
De personas de provechu.

CAMP. ¡El diablo es este Juanín

TOR. ¡Oh, Juan siempre fué discretu!
Y él si se hubiera aplicadu,
Ya tuviera por lo menus
Algún beneficio simple.

JUAN. ¿Y yo para qué le quieru?
¿Puede haber un beneficiu
Mas simple que el que yo tengu

Con la compra, y sin mardita
Obligación? yo non rezu,
Non me rompu la mollera
En estudiar, non confiesu,
Digu misa, nin predicu,
Y cobru siempre que quieru
Por mi mano las primicias
Dejando aparte los diezmus.

TOR. ¡Dice bien!

CAMP. Decir, bien dice,
Por lo propio te encomiendu
El rapaz

JUAN. Levanta el morro,
Hombre, que no te le vemus.
¿Tienes madre?

PEPE. Si.

TOR. Señor.
Se dice con gran respetu
Cuando son mayores en
Edad, saber y gobiernu.

PEPE. Señor, si que tengu madre.

JUAN. ¿Y padre?

PEPE. También le tengu.
Según dicen en la tierra,
Mas yo no le he visto el pelu.

CAMP. Estará sirviendo fuera

JUAN. ¿Qué años tienes?

PEPE. No me acuerdu:
Quien bien lo sabe es el cura,
Y púsole en un procesu
Que traigo en el hatu

JUAN. ¡Bien!
¿A ver, hombre? da un paseu.

TOR. No va mal.

JUAN. La planta es buena
Y puede ser con el tiempu,
Si se aplica, un buen lacayu;
Pero es menester primeru
que sepa comprar baratu
Y caro: ¿estás?

TOR. Ya lo entiendu:
Baratu para él, y caru
Para el amo; por lo mesmu
Quiero que ande en pos de ti.

JUAN. Yo á enseñarle bien me atrevu
Y diste al diablo, Toribiu,
Si maldito interés quieru;
Pero ¿cuánto me has de dar
Cada mes?

TOR. Nos comprendemus.
Has tomadu el chocolate?

JUAN Ainda no.

CAMP. Aquí le hay bueno

TOR. Vaya en amor y compaña,

AGUARD. ¡Y qué rico que le tengo.
De Caracas!
TOR. ¿Juan, qué quieres?
JUAN. Champurradu.
AGUARD. ¿Cuánto hecho?
TOR. Yo pagu, señor Jusepe.
Refresquen todos sin miedu

(Se ponen á beber, y sale por un lado el Suizo con unos calzones en el brazo, un sombrero sobre el suyo, y caja de botones, polvos, cabos de sebo, etc., y por el otro, con un taleguillo de cocina, el Paje muy peinado y de capa.)

SUIZO. Alon de butones fortes,
Le cerote pur el pelos
Del tupé, le bon chapó
E le culot de pelleco.
PAJE. *(A la tocinera)*
Déme usted un cuarteroncito
De tocino, que sea bueno,
Mitad magro, mitad gordo,
Y sin cortezas ni huesos,
Y despácheme prestito.
TOCIN. ¿Manolo? Destroza un cerdo
Para dar dos pares de onzas
De pringue á este caballero.
MAN. Ahi va un cuarterón pesado.
PAJE. Este es raneio y esta puerco.

TOCIN. Por puerco se vende.
PAJE. Si
No le hay mejor, no le llevo.
TOCIN. Ni tampoco es menester,
Que con la mitad del sebo
Que trae en el tupé, tiene
Para cocer un puchero,
Con ocho libras de nabos
Y otras ocho de carnero.
PAJE. ¡Gentecilla!
BRRD. Venga usted acá, que yo tengo
Ricas coles.
PAJE. Yo no soy
Comprador.
TOCIN. ¿Qué estás diciendo
Mujer? No ves que es usía?
SUIZO. Vosté quisiera un sombrerro
A la gran moda?
PAJE. Qué vale?
SUIZO. Vale un peso durro y medio
PAJE. Es grande
SUIZO. E bien habrá un otro
Que le trovará pequeño.

II.

ENTREMESES.

D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Los dos habladores

SARMIENTO. Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

PROCURADOR Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

ROLDAN. ¡Ah caballero! Es V. procurador?

PROC. Si soy ¿qué manda V.?

ROLD. ¿Qué dinero es ese?

PROC. Dámelo este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

ROLD. ¿Y cuánto es el dinero?

PROC. Doscientos ducados.

ROLD. Vaya V. con Dios.

PROC. Dios guarde á V.

ROLD. ¡Ah, caballero!

SARM. ¡A mi, gentil hombre.

ROLD. A V. digo.

SARM. ¿Y qué es lo que manda?

ROLD. Cúbrase V., que si nó no hablaré palabra.

SARM. Ya estoy cubierto.

ROLD. Señor mio, yo soy un pobre hidalgo; aunque me he visto en honra, tengo necesidad, y he sabido que V. ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada, y por si V. tiene deleite en darlas, vengo á que V. me dé una á donde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

SARM. Si no estuviera tan mohino, me obligara á reir. ¿Usted dícelo de veras? Pues venga acá. ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

ROLD. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de

herege? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un herege?

SARM. Usted no debe ser muy leído: que el proverbio latino no dice sino que *necessitas caret lege*, que quiere decir que la necesidad carece de ley.

ROLD. Dice muy bien V.: porque la ley fué inventada para la quietud; y la razón es el alma de la ley; y quien tiene alma tiene potencias; tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: V. tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de V. es perversa por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Venus le mira en cuadrado, en la decanoría del siglo asceñdente por el horóscopo.

SARM. ¡Por el diablo que acá me trajo: esto es lo que había menester, después de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

ROLD. ¡Cuchillada, dijo V.! Está bien dicho: cuchillada fué la que Dió Cain á su hermano Abel, aunque entonces no

había cuchillos: cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio Cesar al conde D. Pedro Ansurez, sobre el jugar de las tablas con D. Gaiferos entre Cabañas y Olias; pero advierto á V. que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traicion se comete al rey; la alevosía contra los iguales; por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la conjuración de Catalina.

SARM. Váyase con el diablo que me lleva sin juicio: ¿no echa de ver que me dice Bernardinas?

ROLD. ¿Bernardinas, dijo V? Y dijo muy bien; porque es muy lindo nombre: y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no pudiera ser; que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C; las letras del A, B, C, son veintitres.

SARM. Téngase que me ha muerto; y pienso que algún demonio tiene revestido en esa lengua.

ROLD. Dice V. muy bien: porque quien tiene lengua á Roma va: yo he estado en Roma, y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalvan. Montalvan era un castillo de donde era el señor Reinaldos; Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comían con el emperador Carlomagno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada; en Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo; un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos...

SARM. Dios me la dé para sufrille, téngase que me lleva perdido.

ROLD. ¿Perdido dijo V.? Y dijo muy bien: porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder el juego, perder la hacienda, el trato,

perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo; perder.....

SARM. Acabe con el diablo.

III.

PASILLOS

Lope de Rueda

Las aceitunas

PERSONAS

TORUBIO, AGUEDA DE TORUGANO, MENCIGÜELA ALOJA

TOR. ¡Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá que no parescía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora que os terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate. Oislo? mochacha!

Mencigüela! Si todos duermen en Zamora! ¡Agueda de Toruegano! ¿oislo?

MENC. ¡Jesús, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.

TOR. Mira qué pico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre señora?

MENC. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.

TOR. Malas madejillas vengan por ella y por vos: andad y llamadla.

AG. Ya, ya, el de los misterios: ya viene de hacer una negra carguilla de leña; que no hay quien se averigüe con él.

TOR. Si; carguilla de leña le parece á la señora; pero al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podíamos.

AG. Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venis!

TOR. Vengo hecho una sopa de agua, mujer: pore vida vuestra que me deis algo que cenar.

AG. ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENC. ¡Jesús, padre, y que mojada que venía aquella leña!

TOR. Si, despues dirá tu madre que es el alba.

AG. Corre, mochacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama; y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas, que rogué que plantásedes.

TOR. ¿Pue en qué me he detenido sino en plantalle como me rogaste?

AG. Calla marido, ¿y dónde le plantaste?

TOR. Alli junto á la higuera breval.

MENC. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está aderezado todo.

AG. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantaste hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas allá y acullá, de aquí á veinticinco ó treinta años, teneis un olivar hecho y derecho.

TOR. Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lucido.

AG. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré el aceituna y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

TOR. ¿Cómo á dos reales castellanos? No veis que es cargo de conciencia, y nos llevará el almotacen cad' al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince duros por celemin.

AG. Callad, marido, qu' es el vidueño de la casta de los de Córdoba.

TOR. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AG. Hora no me quebreis la cabeza: mira, mochacha que te mando que no las des menos el celemín de dos reales castellanos.

TOR. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENC. A como quisiéredes, padre.

TOR. A catorce ó quince dineros.

MENC. Así lo haré, padre.

AG. ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENC. A como mandáredes, madre.

AG. A dos reales castellanos.

TOR. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y' os prometo que si no haceis lo que y' os mando, que os tengo de dar más de doscientos correazos. ¿A cómo has de pedir?

MENC. A como decis vos, padre.

TOR. A catorce ó quince dineros.

MENC. Así lo haré, padre.

AG. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hace lo que y' os mando.

TOR. Dejad la mochacha.

MENC. ¡Ay madre! ¡Ay padre! que me mata.

ALOJA. ¿Qué es eso, vecinos? ¿Por qué maltratais así la mochacha?

AG. ¡Ay señor! este mal hombre que quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa, unas aceitunas que son como nueces.

TOR. Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

AG. Si son.

TOR. No son.

ALOJA. Hora, señora vecina, háceme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AG. Averigüe ó póngase todo del quebranto.

AL. Señor vecino. ¿Qué son las aceitunas? Sacadlas acá fuera que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

TOR. Qué! no señor que no es de esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

AL. Pues traedlas aquí que yo os las compraré todas al precio que justo fuere.

MENC. A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemín.

AL Cara cosa es esa.

MENC. Y mi padre á quince dineros.

AL. Tenga yo una muestra dellas.

TOR. Valgame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y que ella la cogería y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese; y que á fuerza de derecho había de pedir á dos reales por cada celemin; yo que no, y ella que si y sobre esto ha sido la quistión.

AL. ¡Oh qué graciosa quistión! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENC. ¿Qué le paresce, señor?

TOR. No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora, andad, hija, y ponedme la mesa que y' os prometo

hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

AL. Hora andad, vecino. entraos allá dentro y tené paz con vuestra muger.

TOR. Adios, señor.

AL. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no estan plantadas y ya las habemos visto reñidas.

IV.

LOAS

D. Ventura de la Vega

La tumba salvada

IGNORANCIA. ¡Llega si!.... tu vano ardid
No me arranca este trofeo;
Que ya el templo hundirse veo....
Y no responde Madrid.

TIEMPO. ¡Tanto cede á tus engaños!....
¡Tanto tu poder se arraiga!

IGN. ¿Quieres que en un día caiga
Imperio de tantos años?
TIEM. Y tú, Ingenio, ¿no has de hallar
Un corazón?.....
IGN. No le halla..
¿Oyes?.... ¿Oyes?—Madrid calla;
¡Y el instante vá á llegar!
¡Ah! ¡Llegue presto! Salid
Veloces, granos de arena:
¡Pasad!.. ¡Caed!.. Mas ¿qué suena?..
TIEM. ¡Ah!.... ya responde Madrid!
(Música dulce y lejana.)
CORO, *distante.* Venid Madrileños,
Venid á mi voz
Salvemos la tumba
del gran CALDERÓN.
IGN. ¡Huid, madrileños!
Despreciad la voz
Que intenta halagaros
Con vana ilusión,
¿Qué os importa, amigos,
Que perezca ó no,
La tumba de un hombre
Que á lances de amor,
A usadas intrigas
De pobre invención,
A fútiles versos

Su ingenio aplicó?—
¡Oh! ¡Cuán perezoso
Camina el reloj!

TIEM. El concurso acude
Cada vez mayor,
Y al templo dirige
Su paso veloz.

CORO, *de más voces y más cerca.*
Salvemos la tumba
Del gran CALDERÓN:
Salvemos al padre
Del drama español.

IGN. ¡Oh, rabia! ¡Tenéos;
Que insultais á Dios,
Consagrando á un hombre
La ardiente ovación
Que solo es debida
Al sumo Hacedor!
¡Cercano el instante
Señala el reloj!

TIEM. ¡Ya Madrid entero
Al templo llegó!

CORO, *mayor y aun más cerca.*
Entremos, salvemos
De vil deshonor
La tumba gloriosa
Del gran CALDERÓN.

IGN. ¡Oh! ¡Pese al infierno!
¡Desoyen mi voz!
¡Mas ay! ¡Aún es tiempo
De que triunfe yo!....
¡Los últimos granos,
Los últimos son!
¡Ya llegó la hora... (*Campanada*)
¡El templo se hundió!
(*Gran ruido de desplomarse un edificio*)

TIEM. ¡Salvóse la tumba
Del gran CALDERÓN.

Descúbrese en el foro un magnífico templo, en cuyo centro se eleva el sepulcro de Calderón, con su retrato ó busto iluminado todo de un vivo resplandor, Al pie del sepulcro esta la Religión; á sus pies el Ingenio adorándola. Al mismo tiempo que esto aparece, la corona y el cetro de la Ignorancia caen al suelo, y ella tambien á los pies del Tiempo, que le ha echado encima las cadenas y amagándola con la segur, le señala el sepulcro.

CORO. Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra
Al genio sublime del gran CALDERÓN.

RELIGIÓN. La cristiana Religión
Te acoge en su templo santo,
Y te cubre con su manto,
Tumba del sabio varón.
En esta augusta mansión
Donde postrado el mortal
Adora al ser eternal,
Descansa en tranquila calma,
Como descansa su alma
En la mansión celestial.
(*Dirigiéndose á la Ignorancia*)
Y tu, aborto del abismo,
Que hiciste al mundo temblar
Mostrándole en mi lugar
El mónstruo del fanatismo:
Ya del largo parasismo
En que sepultado fué,
Despierta el hombre, y me ve
En mi forma verdadera,
Sin más puñales ni hoguera
Que la esperanza y la fé.
En estos dones me fundo:
Que con la fé y la esperanza,
Gloria en los cielos se alcanza
Y también gloria en el mundo.
Que sin el celo profundo
Que da la fé al corazón,

Sin el punzante aguijón
De la esperanza de nombre,
No hallará en su pecho el hombre
El fuego de inspiración.
De esa inspiración divina,
Rayo de lumbre fulgente,
Que purifica la mente
Y á los cielos la avecina:
No de la que el alma inclina,
Satánica inspiración,
Á romper de la razón
Y de la virtud el freno,
A revolcarse en el cieno
De su indómita pasión
Ingenios de España, huid
Esa inspiración bastarda,
Y del que esa tumba guarda
El alto ejemplo seguid.
No siempre en amarga lid
Rendido el hombre sucumba,
Si el vicio en torno retumba,
No le pinteis despeñado
Y de Dios abandonado
Buscando amparo en la tumba.
No será: que al contemplar
Ese pueblo que á porfia
En este solemne dia

Sabe las letras honrar,
Puedes ¡Oh España! exclamar:
»Alzo mi frente serena
Y espero de gozo llena,
Que tendrán con nuevo brillo,
La pintura otro MURILLO,
Y otro CALDERÓN la escena.

Coro

Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra,
Al genio sublime del gran CALDERÓN.

V.

AUTOS

D. Pedro Calderón de la Barca

La vida es sueño

El Hombre y la Gracia

Gracia. Hombre, imagen de tu autor,
De esa enorme carcel dura
Rompe la prisión obscura
A la voz de tu Criador
Hombre. ¿Qué acento? ¿Qué resplandor
Vi? si es esto ver, oí?
Si es oir esto que hasta aquí
Del no ser pasando al ser,
No sé más, que no saber.
Qué soy, que seré ó qué fuí?
Gracia. Sigue esta luz; y sabrás
De ella lo que fuiste y eres;
Mas de ella saber no esperes
Lo que adelante serás;

Que eso tú solo podrás
Hacer que sea malo ó bueno.

HOMBRE. De mil confusiones lleno
Te sigo; ¡oh, qué torpe el paso
Primero doy!

GRACIA. No es acaso
Que de libertad ageno
Nazca el hombre

HOMBRE Pues ¿por qué?
Si ese hermoso luminar,
Que á un tiempo ver y cegar
Hace otra criatura, fué
Apenas nacer, se ve
Cuando con la magestad
De su hermosa claridad
Azules campos corrió
Teniendo más alma yo,
Tengo menos libertad?
¿Por qué si es que es ave aquella,
Que ramillete de pluma,
Va con ligereza suma
Por esa campaña bella;
Nace apenas, cuando en ella
Con libre velocidad
Discurre la variedad
Del espacio en que nació,
Teniendo más vida yo,

Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es bruto el que á bellas
Manchas salpica la piel
(Gracias al docto pincel
Que aun puso primor en ellas),
Apenas nace, y las huellas
Estampa, cuando á piedad
De bruta capacidad,
Uno y otro laberinto
Corre, y yo con más instinto
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frio
Seno nace, y vive en él,
Siendo argentado bajel,
Siendo escamado navío,
Con alas que le dan brío
Surca la vaga humedad
De tan grande inmensidad
Como todo un elemento,
Teniendo yo más aliento
Tengo menos libertad?
¿Qué mucho, pues, si se vá
Torpe el hombre en su creación,
Que tropiece la razón
Donde ha tropezado el pie?
Y pues hasta ahora no sé
Quién soy, quién seré, quién fuí,

Ni más de que ví y oí,
Vuelva á sepultarme dentro
Ese risco en cuyo centro
Se duela mi autor de mí.

III.

COMPOSICIONES DRAMATICAS MIXTAS

I.

ÓPERAS

D. Antonio Arnao

Guzmán el Bueno (1)

ESCENA V.

D. Alonso.—D.ª María.—Soldados.—Damas

Soldados. Aquí estamos, señor
D. Alonso. Por dura suerte,
Cautivo mi hijo llora
Del audaz sitiador que esto propone
O rendir á Tarifa ó darle muerte.
Soldados. ¡Infame!

(1) Música del maestro D. Tomás Bretón.

D. Alonso. Y yo que ahora
Quiero, cual siempre que lealtad me (abona
Tal respuesta le envío:
(*Desnudando su daga, se encamina á la torre del centro por cuya rampa sube precipitado.*)
«Para que el vil intento satisfaga...
Va á arrojarla cuando se detiene agitado al oir fuera la voz del niño que dice:
Voz. ¡Oh padre, padre mio!
D.ª María. ¡Hijo del corazón! ¡Qué horror te amaga!
D. Alonso. (*Arrojándola al campo*).
«Por si no tiene acero, ahí va mi daga.»
Vuelve á bajar turbado y descompuesto.—Todos quedan aterrados)

Á CUATRO

D.ª María. (*A D. Alonso.*)
¡Oh Dios! ¿Qué hiciste?
¡Funesto honor!
¡Ay prenda triste
De mi dolor!
¿Siempre perdida
Te lloraré?
¡Infeliz será mi vida
Si hoy sin ti morir no se!
D. Alonso. (*A D.ª María.*)

¡Ay tu pudiste
Ver mi rigor,
Pero no viste,
No, mi dolor!
Nunca en la vida
Dicha tendré:
Como fiero parricida
Por do quier caminaré.

FORTUN. (*A D, Alonso.*)
Esclavo fuiste
Del fiero honor:
¡Oh, suerte triste!
¡Dia de horror!
Sombra mentida
Tu dicha fué:
Los abrojos de la vida
Herirán de hoy más tu pie.

HASSAN. (*A D. Alonso.*)
Pues ciego fuiste
Por el honor,
Sufrir quisiste
Tanto dolor.
Guardar su vida
Yo te brindé:
La traición está vencida,
Mas verdugo Alá te ve.

DAMAS Y SOLDADOS. *(A D. Alonso.)*

¡Oh dura y triste
Ley del honor!
Por fin pudiste
Mas que el amor.
Gloria cumplida
La tuya fué,
Mas con sangre está teñida
Esa palma de tu fé.

(Pausa.—Fortun se acerca á D. Alonso y le habla con misterio, tratando de darle esperanza.)

FORTUN. Sabes ya qué alegres nuevas
Un mensajero ha traido?

D. AL. *(Con tristeza)* ¡Alegres!

FORT. El rey D. Sancho
Vendrá mañana en tu auxilio.

D. AL. ¿Mañana?

FORT. Si

D. AL. *(Con acerbo despecho)* Será tarde
Para impedir dos martirios,
Dí que á recibirle lleven
El cadáver de mi hijo.

(Óyese la marcha árabe, á cuyo son desfilan Hassan y los moros. Mezclada con ella se oye la plegaria, en tanto que Doña María se arroja llorando en los brazos de una de las damas, que la saca de la escena, y D. Alonso queda en primer término profundamente abatido.)

II.

ZARZUELAS

D. Narciso Serra

LUZ Y SOMBRA (1)

ACTO SEGUNDO

ESCENA VII.

JUAN. AURORA

A. ¿Por qué me dejas, padre?
J. Aurora mia!
No descansabas?
A. Si, confusamente
Mis idsas hirviendo en mi cerebro
Llegaron á rendirme, á adormecerme;
El calor de tus besos disipaba
Las nubes de pesar que hay en mi frente,
Dulces besos de amor, que te volvía
El corazón con sus latidos débiles.

(1) Música del maestro Fernández Caballero.

Me faltó tu calor y he despertado,
Y he venido á buscarte: no me dejes.

J. Aurora.....

A. Junto á tí siento la vida,
Vida que por instantes languidece,
Y que el calor de mi pasión consume
Y entre un vapor de lágrimas se pierde.
No abandones la flor de tus amores
Cuando va á marchitarse para siempre.
Ven aquí, ponte aquí, más á mi lado
Yo quisiera tener para quererte
Otra alma como el alma que tenía
Para amar mis amores inocentes.

J. Serénate, mi bien. Fantasmas vagos
Quiméricos abortos de la fiebre
Trastornan tu razón, pobre angel mio,
Y hacen que acaso sin querer blasfémes.
¿No quieres ya á tu padre? al pobre viejo
Que vive para tí tan solamente,
Que apartó los abrojos de tu senda
Para que libre y sin pesar corrieses,
Que te enseñó á rezar..... Aurora mia,
¡Té acuerdas cuántas veces, cuántas veces
Sobre el pecho crucé tus manecitas,
Hermosos copos de templada nieve,
Y murmurando frases de la Salve
Te arrebataba entre sus alas ténues

El casto sueño de la infancia pura,
Y por no despertarte y que durmieses,
Si el sol poniente te dejó en mis brazos
En mis brazos te hallaba el sol naciente!
Destello de la luz de mis pasiones
Herencia de un amor que ni la muerte
Pudo borrar del alma enamorada,
Que vive fiel á su recuerdo siempre.
Tú sostienes mi fé con tu cariño,
Tú mis caducos años reverdeces;
Bendita seas por el bien que haces,
¡Luz de mi corazón! !Qué hermosa eres!

A. Padre del alma!

J. Sí, tu padre, Aurora
Que un tesoro de amor para tí tiene.
Y que, á excepción de Dios, al mundo entero
Te disputara con valor potente.
No me hables de abandono, es imposible
Que te pueda dejar y que me dejes.
Eres el lazo que me liga al mundo,
El mágico hilo de oro que sostiene
La carrera del tiempo, y á mis años
Los muertos brios juveniles vuelve.
Morir tan niña, tan hermosa y pura!
Dios no puede quererlo, no lo quiere.
¿Lo ves? estoy llorando como un niño.
Esa fatal idea me enloquece.

A. Padre.

J. Tú vivirás, de Dios lo espero
Recursos el saber humano tiene
Que ayudarán tu juventud, rompiendo
El negro manto en que tu sér se envuelve,
Y entonces tú, reciennacida al mundo,
Cuando tus ojos á la luz despierten,
Verás que Dios es luz, y de adorarle
Sentirá tu alma el celestial deleite,
¡Cómo amarás la vida! Verás juntas
Las frescas flores, las olmedas verdes,
Verás tu cara en el cristal del rio,
Que el fresco envía á las doradas mieses,
Y en la pálida aurora, Aurora mia,
Una aurora tan limpia cual tu frente.

A. ¡Ay, padre, que te engañas y me engañas,
Si yo en el corazón llevo la muerte!
Si aunque llegase á ver la luz del día
La luz del alma se apagó por siempre.
¡Que importa que mis ojos mirar puedan
Las frescas flores, las olmedas verdes,
Si al ver mi cara en el cristal del rio
Ha de aumentar mi llanto su corriente!
No puede el mismo sol dar luz al alma
Que solitaria y sin su amor se muere.
A quien ha de vivir ciega de amores
Qué le importa, señor, cegar dos veces?

Música

A. Era mi amor, oh padre,
El bien del alma mia,
La luz entre mis sueños,
Entre mis sombras guia;
Dejad que vaya el alma
Al cielo por su amor.

J. Me duele el alma
De su dolor,
No encuentra en ella
Eco mi voz,
Y al cielo sube su alma enamorada
En busca de su amor.
Tal vez la carta
De aquel galan,
Sus tiernas fibras
Haga vibrar
«Aurora mia, luz de mi amor!
Luna en mis noches, sol de mi día»

A. Esas palabras..... él las decía.

J. «Vaso de esencia, luz y armonía.
Tu eres el ángel que yo sentía.»

A. Seguid

J. «Te adora mi corazón»

A. Gran Dios,
Esas palabras enamoradas

Llenan de vida mi corazón.
De dónde sabes
Lo que él decía?

J. Es una carta
que te escribía,
Y jura en ella, que á perderte un día,
Moriría por tí

A. Ay, si ese día llegó.

J. No, no, niña de mi vida, no,

A. Dejad que vuele el alma
En busca de su amor;
Dejad que corra ¡oh padre!
Mi llanto abrasador.

J. No, niña, no, no debes tu morir,
No dejes á tu padre, Aurora, solo aquí.

A. Qué espero ya en el mundo,
Que puedo conseguir?
Perdieron ya las flores
Su aroma para mi.

Hablando

Dios que mi alma partió en dos,
Manda que mi alma que llora
Vaya de la muerte en pos,

IV.

POESÍA MIXTA

I

POESÍA DIDÁCTICA

I

POEMA DIDASCÁLICO

Pablo de Céspedes

De la imitación de la naturaleza

Y pues ya sale y resplandece y dora
Con belleza de luz del nuevo día
El cielo obscuro, la florida aurora,
Y alza la faz rosada el aura fria,
A vos llamo y á vos convoco ahora,

Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte
Habeis de los principios de aquella arte.
Mas ¿qué me canso de pintar si al vivo
Desfallece el matiz y apenas llega,
Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir que á solo estudio no se entrega;
Del natural recoje los despojos
De lo que pueden alcanzar sus ojos.
Busca en el natural, y si supieres
Buscarlo, hallarás cuanto buscares;
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares;
En la honrosa ocasión y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares.
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel é ingenio imita.
No me atrevo á decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de contino en un sujeto,
Todas veces sin falta recojidas;
Aunque las cria sin ningún defeto,
A todas en belleza preferidas,
Naturaleza, tu entrasaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

De las imágenes en la fantasía

En el silencio obscuro su belleza,
Desnuda de afectadas fantasías,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vias,
Para que el arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor cuando en las cumbres frias
La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas escondidas
De arboredos silvestres y sombrios,
Los sacros bosques, selvas extendidas
Entre corrientes de cerúleos rios;
Vivos largos y perlas esparcidas
Entre esmeraldas y jacintos frios
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas queda enriquecida.

D. Francisco Martínez de la Rosa

CANTO 4.º

De la índole propia de varias composiciones

. . . . . .

Con voz más elevada

Y noble desaliento afectuoso,
Suelto el cabello, humedecida en llanto,
Andrómaca lamenta al tierno esposo;
Ni la mísera expresa su quebranto
Con tono osado y fuego impetuoso,
Ni recuerda con fausto las memorias
De las troyanas glorias;
Envidia en su aflicción la cruda muerte
De otra infeliz princesa, y la antepone
Al lento afán de su enemiga suerte.
Tal la triste *Elegía*
Con blanda voz y pecho enternecido
Los casos llora de la suerte impía:
En su lánguido tono, en su descuido,
Descubre su dolor y su ternura,
Sin humillarse nunca torpemente
Ni presumir de ingenio ni hermosura
Mísera y sola, en sus amargas quejas
Alivio busca el ánimo doliente;
Sus cantos son gemidos,
Y sus ecos sentidos
Nacen del corazón, no de la mente.

. . . . . .

Con mayor pompa, fuego y osadía
Que la tierna Elegía,
Dioses, hazañas, ínclitos varones
La *Oda sublime* entusiasmada canta:

Ya al claro son de la armoniosa lira
Píndaro arrebatado
La olímpica palestra abrirse mira;
Los carros ve volar, oye el estruendo,
De cien pueblos escucha los clamores,
Y en cánticos de gloria
Del triunfador ensalza la victoria.
Tal es del entusiasmo
El divino poder: dicta fecundo
Libres giros, grandísonos acentos;
Y á cuanto encierra inanimado el mundo
Con fuego celestial vida reparte;
Y los grillos al genio desatando,
Con arrojo feliz supera al arte.

. . . . . .

¡Con qué diverso tono
De Anacreon la lira
Placeres solo canta,
Tan solo amor respira!
Ya el néctar de Lieo
Celebra en son festivo,
Y sigue nuestra planta
Su canto alegre y vivo;
Ya expresa con dulzura
De amor los falsos bienes,
Su gozo y su ventura,
Sus ansias y desdenes.

Más rápida y sencilla
La *amorosa Letrilla*
Parece el leve juego
Del niño alado y ciego:
Imita su donaire,
Su planta fugitiva;
Deslízase ligera,
Graciosa nos cautiva.

(Poética.)

II.

EPÍSTOLAS

D. Francisco Rioja

A FABIO

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, do el ambicioso muere,
Y donde al más astuto nacen canas.
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere,
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:

Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Más triunfos, más coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna;
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasión terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Astrea fué, cuanto regía
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inícuo procede, y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud ó qué confía?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Ronrúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.
A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima:

Donde no dejarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro,
Ó cuando su pavón nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente fáro:
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido,
Que la opinión vulgar es devaneo.»
Más precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado, y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve dia
Do apena sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿Ó qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh, si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
¡Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la común materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano;

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, ¡y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!
Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
A mayores acciones es llamada,
Y en más nobles objetos se termina.
Así aquella que al hombre solo es dada,
Sacra razón y pura me despierta,
De explendor y de rayos coronada;
Y en la fria región dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto á los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es más barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuanto son los climas y los mares.
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto
Y algún manjar común, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto,
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aún esto fué dificil á Epiteto.
Basta, al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto
Después le será el cielo más propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En si propia le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea el alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duración de todo á su talento:
Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso múrico preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente luminoso.
¿Sin la templanza viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte, ven callada
Como sueles venir en la saeta!
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la virtud, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espaldas,
Y la ambición se rie de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones; si las miro
De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro,
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

III.

SÁTIRAS

Jorge Pitillas

No más, no más callar, ya no es posible;
Allá voy, no me tengan; fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, oh Lelio amigo,
Pues sabes cuanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras que mil dias ha que apaño,
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el común y propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.
He de seguir la senda de los raros:
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.
Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quisiera ser satírico Quijote
Contra todo escritor follón y aleve.
Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.
No me amedrentres, Lelio, con tus gestos
Que ya he advertido que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
¿Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota presumido,
Que vende plomo por preciosa plata?
¿Siempre he de oir no más? ¿No permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?

También yo soy el uso literato,
Y sé decir *romboides*, *turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones
Y en famoso teatro argui recio,
Fiando mi razón de mis pulmones.
Sabes con cuánto afán busco y aprecio
Un libro de edición *elzeviriana*
Y le compro (aunque ayune) á todo precio.
También el árbol quise hacer de Diana,
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenía vaso, nitro y gana.
Voy á la biblioteca, allí procuro
Pedir libros que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro
Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Según refiere *Wandenlarchk* el romo.
Y allego de noticias un almario,
Que pudieran muy bien, según su casta,
Aumentar el *Mercurio Literario*.
Hablo francés aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta.
Y aun por eso me *choca* la leyenda
En que no *arriba* hallarse un *apanaje*
Bien entendido que al discreto ofenda.

Batir en ruina, es célebre *pasaje*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal potaje.
¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me crees dices? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razón; de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo,
La práctica de tanto error y vicio
Es empero según te la he pintado,
De un moderno escritor sabido oficio.
Hácele la ignorancia más osado,
Y basta que no sepa alguna cosa
Para escribir sobre ella un gran tratado.
. . . . . .
Fíjanse en las esquinas cartelones,
Que al poste más macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
Un título pomposo y halagüeño
Impreso en un papel azafranado
Da del libro magnífico diseño.
Atiza la *Gaceta* por su lado,
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.
Caen en la tentación los animales,
Ó aún los que no lo son, porque desean

Ver á sus compatriotas racionales.
Pero ¡oh dolor! mis ojos no lo vean,
Al leer del frontis el renglón postrero
La esperanza y el gusto ya flaquean.

. . . . . .

Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pie y media, que al Mecénas
Le dan en vez de inciensos, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Atenas.
No menos arrogante é inmodesto,
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurzidos
Formas un libro engerto en porra ó sable.
Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
¿Porqué nos das tormentos tan atroces?

Habla bribón con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.
Habla, como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesión de boquilobo,
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

. . . . . .

Ya ves cuan impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre y no á la fama.
Y así, no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre más sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.
Dias ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso.
Si tu, en tus cobardías siempre fijo,
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
De aquí adelante pienso desquitarme;
Tengo de hablar, y caiga el que cayere:
En vano es detenerme y predicarme.
Y si acaso tú ú otro me dijere
Que soy semipagano y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere.

Sabe, Lelio, que en esta cata y cala,
La furia que me impele y que me ciega,
Es la que el desempeño más señala;
Que aunque es mi musa principianta y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignación me hará hacer versos.

IV.

FÁBULAS

D. Tomàs de Iriarte.

La rana y la gallina

Desde su charco una parlera rana
Oyó cacarear á una gallina,
Vaya! la dixo: no creyerá, hermana,
Que fueras tan incómoda vecina,
Y con toda esa bulla ¿qué hai de nuevo?—
Nada, sino anunciar que pongo un huevo.—
¿Un huevo solo? Y alborotas tanto!—
Un huevo solo; si, señora mia.
¿Te espantas de eso, quando no me espanto
De oirte como graznas noche y día?

Yo, porque sirvo de algo, lo publico;
Tú, que de nada sirves, calla el pico.

(Fábulas literarias.)

D. Félix María Samaniego

Congreso de los ratones

Desde el gran *Zapirón, el blanco y rubio,*
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido *Miauragato*
Quien mas sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
De su persecución la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno,
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
—«Yo soy corto de vista.—Yo muy viejo.—
Yo gotoso—decían. El concejo
Se acabó como muchos en el mundo
Proponen un proyecto sin segundo,

Lo aprueban, hacen otro: ¡Qué portento!
Pero ¿la ejecución? Ahí está el cuento:

(Fábulas.)

D. Juan Eugenio Hartzenbusch

El jumento murmurador

Señor, es fuerza que la sangre corra
(Dijo al León solícita la Zorra),
Sin cesar el estùpido jumento
De tí murmura con furor violento.
—¡Bah! (respondió la generosa fiera),
Déjale que rebuzne cuanto quiera;
Pecho se necesita bien mezquino
Para sentir injurias de pollino.

(Fábulas.)

D. Ramón de Campoamor

La col y la rosa

Una col en un cercado
Probaba á una rosa bella

Que era tan buena como ella
Y aún de una tierra mejor
—Mas aunque de cuna iguales
Dijo un pepino, ¡mastuerza!
¿Dejarás tú de ser *berza*,
Mientras que ella es una *flor*?

(Fábulas.)

P. Cayetano Fernàndez.

Las pompitas

Con espuma de jabón,
Por un canuto de caña,
Soplaba un niño con maña
Pompitas desde un balcón.
En la calle un zagalón,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Mas, al tocarlas su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.
«¡Zagalón, qué necio eres!»
Dice un Quidam, pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?

Es tipo de los placeres
Porque los hombres deliran;
Que, cuando lejos se miran,
Cautivan el corazón,
Mas se ve que nada son
Cuando al tocarlos espiran.

(Fábulas escéticas.)

D. Raimundo de Miguel

La raposa

Miróse en un arroyo la Raposa
Por los perros un tiempo magullada,
Y al verse tan deforme y horrorosa
Exclamó convencida y resignada:
«Fea estoy, no lo niego, y mis primores
Honran muy poco á la vulpina casta;
Pero soy, pese á galgos y pastores,
Más lista que Briján y esto me basta.
Nunca vencidos cederán la palma
A las prendas del cuerpo las del alma.

(Fábulas.)

II.

POESIA BUCÓLICA.

I

IDILIO.

D. Pascual Melchor de Jovellanos.

Al Sol

Padre del universo,
Autor del claro dia,
Brillante sol, á cuyo
Influjo la infinita
Turba de los vivientes
El ser debe y la vida:

Tú, que rompiendo el seno
Del alba cristalina,
Te asomas en Oriente
A derramar el dia
Por los profundos valles
Y por las altas cimas.
De cuyo reluciente
Carro las diamantinas
Y voladoras ruedas
Con rapidez no vista
Hienden el aire vago
De la región vacía:
¡En hora buena vengas
De luces matutinas,
De rayos coronado
Y llamas nunca extintas,
A henchir las almas nuestras
De paz y de alegría!
La tenebrosa noche,
De fraudes, de perfidias
Y dolos medianera,
Se ahuyenta con tu vista,
Y busca en los profundos
Abismos su guarida.
El sueño perezoso,
Las sombras, las mentidas
Fantasmas y los sustos,

Su horrenda comitiva,
Se alejan de nosotros.
Y en pos del claro dia
El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos visitan.
Las horas trasparentes,
De clara luz vestidas,
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
Por las eolias cimas,
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas:
O ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde
Mas luz y fuego vibras:
O, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Occíduas aguas caigas
Con luz más blanca y tibia:
Tu rostro refulgente,
Tu ardor, tu luz divina
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

II.

ÉGLOGAS

Francisco de Figueroa

Tirsi, pastor del más famoso rio
Que da tributo al Tajo; en la ribera
Del glorioso sebeto á Dafne amaba
Con ardor tal, que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del dia,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el aire en semejantes voces:
—Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco ¡oh dolor fiero! Afloja,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajadas hacen turbias
Mi debil vista alguna parte enjuga.
Porque con este hierro, que algún dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas:

Do por ventura la engañosa Dafne,
Tornando de la caza calurosa
Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea.
Ó si esto no, serán piadoso ejemplo
Amorosos pastores.... Dafne ingrata,
Que mientras vas con el sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas
Que crecen con mis lágrimas mirando,
Ó en jardin deleitoso el manso viento,
De cuidados de amor libre paseas;
Tu Tirsi ¡ay Dios! tu Tirsi un tiempo yace,
Solo con su dolor en esta selva:
Que ya ni el verde prado ofrezca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente
Le es dulce ó cara sino al llanto solo.
¡Cuántos pastores, cuántas pastorcitas
Amorosas oyendo mis gemidos
Conmigo consolándome han llorado!
¡Qué me dijo una vez la blanca Alcea,
Movida á compasión! ¡Qué dijo Clori,
La rubia Clori, amor de mil pastores!
Que cuando yo cantando, ella vencida
Del amor que me tiene entre estas ramas
Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
Dijo: ¡ay amargas voces, cuán impresas

Os tiene el corazón! Hermoso Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria,
¿Cuál estrella cruel, cuál fiera saña
Te mueve contra tí? Tú mismo buscas
Tu presto fin en tus mas tiernos años....
¿No te vi, Tirsi, yo, ¡ah que bien debo
Acordarme del dia! en las solemnes
Bodas de Alcipe estar cual prado en Mayo
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor ufano y lecho?
¿Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
A mi misma robarme? A dónde es ida
Tu gracia? ¿A dónde la color del rostro?
¿A dónde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó airados? ¿Quién te tiene
Parado tal, que si tu imagen viva,
Desde aquel para mi cuitado dia,
Esculpido en mi pecho no estuviera,
Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
Mira, cruel, que el justo amor debido
A tu Clori tu mal en Dafne emplea.
Mas asi va, son estos los misterios
De la diosa cruel, reina de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo,
Alcipe ama á Damon: Damon á Clori:
Arde Clori por Tirsi: Tirsi ingrato

Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
En Glauco no hay amor...—Apenas pude
Escuchar hasta aquí, que airado embisto,
Y muy más dentro el corazón la dije:
—«Huye, huye de mi, malvada Clori;
No me fatigues más con farsas nuevas.»—
Ella se fué, mas levantó primero
Los ojos lagrimosos hasta el cielo,
Y no se si pidió de mi venganza,
Pero bien se la doy, desde aquel hora
Imaginando estoy el cómo sea
Que por amor á Glauco, á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña hierba,
No nace planta en este prado ó valle
De secreta virtud pequeña hierba,
No nace planta en este prado ó valle
De quien no tenga yo cierta noticia
Y la sepa apropiar á sus efetos.
¿Cuándo nació jamás por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido juez por ambas partes?
¿Cuándo en fiesta quedé sin algún premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y ese collar que cuelga de tus pechos
Pues si versos se precian, ya te dieron
Otro tiempo loor mis dulces versos.
Mis ovejas que van presas del lobo,

¿No te dieron un tiempo de sus pastos?
¿No te dieron mis huertos fruta y flores?
¿Por qué me ha de vencer pastor ageno;
Y si no vil, que yo menos famoso?
¿En qué me excede Glauco? ¡Ah, Dafne ingrata!
¡Ah, Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Por qué quiero esperar que venga á pasos
Perezosos la muerte? Aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla.—En esto prueba
A levantarse; pero no sostienen
Los pies débiles carga tan pesada.
Torna á caer y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte,
Perdiendo los espíritus vitales,
Mas presto torna á su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

IV.

NOVELA

D. Miguel de Cervantes Saavedra

DEL CAPÍULO 2.º

Que trata de la primera salida que hizo el ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha

Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada Aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballe-

ro D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel; (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: ¡dichosa edad, y siglo dichoso aquel á donde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡Oh princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegaos, señora, desmembraros de este vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje: y con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel día

caminó sin que le aconteciera cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer esperiencia del valor de su fuerte brazo.

(D. Quijote de la Mancha)

D. Diego Hurtado de Mendoza

TRATADO VII.

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaesció con él.

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil; más muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso; mayormente, que una noche nos corrieron á mi y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos, y á mi amo, que esperó, trataron mal: mas á mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez; quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa, y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que pro-

curé, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen. En el cual el día de hoy yo vivo y resido al servicio de Dios y de vuestra merced; y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar á los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Háme sucedido tan bien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de hechar vino á vender ó algo, si Lázaro de Torme no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona al señor arciprestre de S. Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mi que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y asi me casé con ella y hasta ahora no estoy arrepentido.

(Lazarillo de Tormes)

Cómo y por qué fué recogida

No se le olvidaban á Andrés, con las glorias las memorias. Había prometido á Silda ver al padre Apolinar al volver de San Martín; y para cumplir su promesa, dejó el camino derecho que llevaba, un poco después del mediodía, por detrás del Muelle y se dirigió á la calle de la Mar, atravesando una galería de los Mercados de la Plaza Nueva.

Sentada en el primer peldaño de la escalera del padre Apolinar, halló á Silda muy entretenida en atarse, al extremo de su trenza de pelo rubio, un galón de seda de color de rosa. Tan corta era la trenza todavía, que después de pasada por encima del hombro izquierdo, apenas le sobraba lo necesario para que los ojos alcanzaran á presidir las operaciones de las manos; así es que éstas y la trenza y el galón y la barbilla, contraida para no estorbar la visual de los ojos entornados, formaban un revoltijo tan confuso, que Andrés no supo, de pronto, de qué se trataba allí.

—Qué haces?—preguntó á Silda en cuanto reparó en ella.

—Ponerme esta cinta en el pelo,—respondió la niña, mostrándosela extendida.

—Quién te la dió?

—La compremos con el cuarto que le echastes á Muergo. El quería pitos, y Sula caramelos; pero yo quise esta cinta que había en una tienduca de pasiegas, y la compré. Después me vine á esperarte aquí para saber *eso*.

—¿Está en casa pae Polinar?

—No me he cansado en preguntarlo,—respondió Silda con la mayor frescura.

—¿Vaya, contra—dijo Andrés, puesto en jarras delante de la niña, dando una patadita en el suelo y meneando el cuerpo á uno y otro lado.—Pues á ¿quién le importa más que á ti?

—¿No quedemos en que subiríás tú, y yo te esperaría en el portal? Pues ya te estoy esperando; pues sube cuanto antes.

Andrés comenzó á subir de dos en dos los escalones. Cuando ya iba cerca del primer descanso, le llamó Silda y le dijo:

—Si pae Polinar quiere que vuelva á casa de la Sargüeta, dile que primero me tiro á la mar.

—¡Recontra!—gritó desde arriba Andrés.—¿Por qué no se lo dijiste á él cuando estuvimos en su casa antes?

—Porque no me acordé,—respondió Silda de

mala gana, entretenida de nuevo en la tarea de poner el lazo de color de rosa en su trenza de pelo rubio.

No habría trascurrido medio cuarto de hora, cuando ya estaba Andrés de vuelta en el portal.

—Estuvo en casa de tio Mocejón—dijo á Silda, medio jadeando todavía,—y de por poco no le matan las mujeres:—¿Lo ves?—exclamó Silda mirándole con firmeza.—¡Si son muy malas!..... ¡pero muy malas!

—Te van á llevar á una buena casa, continuó Andrés en tono muy ponderativo.

—¿A cuál?—preguntó Silda.

—A la de unos tios de Muergo.

—¿Cómo se llaman?

—Tio Mechelín y tia Sidora.

—¿Los de la Bodega?

—Creo que si.

—Y ¿esos son tios de Muergo?

—Por lo visto.

—Buenas personas son.... Pero están tan cerca de *los otros!*

—Dice pae Polinar que no hay cuidado por eso.

—Y ¿cuándo voy?

—Ahora mismo bajará él para llevarte. Yo me marcho á casa á esperar á mi padre que desem-

barcará luego, si no ha desembarcado ya... ¡Con tra, qué bien entraba la *Montañesa!*.... ¡Lo que te perdistes!... ¡Más de mil personas había mirándola desde S. Martín!.. Adios, Silda: ya te veré.

—Adios,—respondió secamente la niña, mientras Andrés salía del portal y tomaba la calle á todo correr.

Bajó pronto Fray Apolinar, pero antes de que Silda le viera, ya le había oido murmurar, entre golpe y golpe de sus anchos pies sobre los escalones.

—¡Cuerno del hinojo con la chiquilla!—decía al bajar el último tramo de la escalera.—¡Muy tumbada á la bartola, como si no la importara un pito lo que á mi me está haciendo sudar sangre!.... Corra usté medio pueblo en busca de ella para que se averigüe que no ha ido á San Martín, sino que la han visto en la Puntida con dos raqueros.... vuélvase usté á casa, y fáltele el apetito para comer la triste puchera de cada dia, y díganle á lo mejor que lo que busca y no halla, y por no hallarlo se apura, lo tiene en el portal rato hace, sin penas ni cuidados.... ¡Cuerno con el moco este!.... ¿Por qué no has subido, chafandina?

—Porque esperaba á Andrés que era quien había de subir.

—¡Había de subir!... Y ¿quién es la que está á la intemperie de Dios, y necesitada de un mendrugo de pan y de una familia honrada que se le dé con un poco de amor? ¿No eres tú?... Y siéndolo, ¿á quién le importa más que á ti subir á mi casa y preguntarme: pae Polinar, qué hay de eso?.... ¡Moco, más que moco!.... Vamos, deja ese moño de cuerno y vente conmigo.

Mientras caminaban los dos hacia la calle Alta, pae Polinar iba poniendo en los casos á la chiquilla. Entre otras cosas la dijo:

—Y ahora que has encontrado lo que no mereces, poca bibria y mucha humildad... Se acabó la Maruca y se acabó el muelle-Anaos... porque si das motivo para que te echen de esa casa, pae Polinar no ha de cansarse en buscarte otra. ¿Lo entiendes? Tu padre bueno era; tu madre no era peor; conmigo se confesaban, Pues tan buenas ó mejores que ellos son las personas que te van á recoger... De modo que si sales mala, será porque quieres serlo. ó lo tengas en el cuajo... Pero conmigo no cuentes para enderezar lo que se tuerza por tus maldades... ¡Cuerno! que harto crucificado me veo por ser tan á menudo redentor... Porque ¡mira que lo de esta mañana!... Y escucha á propósito de eso: iremos por Rua-Menor á la cuesta del Hospital. En cuanto lleguemos al alto

de ella, te asomas á la esquina con mucho cuidado, y miras, sin que te vean, á la casa de la Sargüeta Si hay alguno asomado al balcón, te echas á tras y me lo dices; si no hay nadie, pasas de una carreruca á la otra acera; yo te sigo; y pegados los dos á las casas, y á buen andar, nos metemos en la de Mechelín que nos estará esperando... ¿Entiendes bien?...Pues pica ahora.

No sospechaba Silda que se quisieran tomar tantas precauciones por lo que al mismo fray Apolinar interesaban, pues no tenia otra noticia que la muy lacónica que le habia dado Andrés de lo que le había ocurrido en casa de Mocejón; pero como á ella le importaba mucho pasar sin ser vista, cuando llegó el momento oportuno cumplió el encargo del fraile con una escrupulosidad solo comparable al terror que la infundian las mujeres del quinto piso; y no hallándose estas en el balcón ni en todo lo que alcanzaba á verse de la calle, atravesáronla como dos exhalaciones el exclaustrado y la niña y se colaron en la bodega del tio Mechelin, cuya mujer *barciaba* la olla en aquel instante para comer, creyendo, pues era ya muy corrida la una de la tarde, que Silda no parecería tan pronto como había creido el P. Apolinar.

No podía llegar la huéspeda más á tiempo. Recorrió serenamente con la vista cuanto en la

casa había al alcance de ella, y se sentó impávida en el escabel que le ofreció con cariño tia Sidora, delante del otro sobre el cual humeaba el potaje dentro de una fuente honda, muy arranciada de color, y algo cuarteada y deslucida de barniz, por obra de los años y del uso no interrumpido un solo dia. Tio Mechelín, por su parte, y mientras le bailaban los ojos de alegría, ofreció un buen zoquete de pan y una cuchara de estaño, porque en aquella casa cada cual comía con su cuchara; la oferta fué aceptada como la cosa más natural y corriente, y se dió comienzo á la comida, sin que se notara en la muchachuela la menor señal de extrañeza ni de cortedad; aprovechaba rigorosamente el turno que le correspondía para meter en la fuente su cuchara, y oía, sin responder más que con una fria mirada, las palabras cariñosas de aliento que tia Sidora ó su marido la dirigían.

Fray Apolinar creyó muy oportuna la ocasión para repetir á Silda lo que le había dicho por el camino, y aun para añadir algunos consejos más y comenzó á ponerlo por obra; pero tia Sidora le cortó el discurso, diciéndole:

Todo eso y otro tanto hará ella, sin que se lo manden, por la cuenta que la tiene. ¿No verdá, hija mia? Ahora come con sosiego; llena esa ba-

rriguca, que bien vacía debes de tenerla; duerme en buena cama, y dispues ya habrá tiempo para todo: tiempo pa trabajar, tiempo pa divertirte, como Dios manda.

—¡Uva—exclamó tio Mechelin.—Al cuerpo no hay que perdirle más rema que la que puede dar por si..... Y usté, pae Polinar, que tiene buen pico y mano en todas partes, bueno sería que diera cuenta, á quien debe tomarla, de los mases y los menos que ha habido en este particular.

—¡Vaya si estoy yo en eso por la responsabilidad que me alcanza!—respondió el fraile.—Si me mamaré yo el dedo!

—!Uva!..... Hoy es sábado.... ¡Mañana habrá Cabildo motivao á socorros y otros particulares.

—Mejor entonces—dijo el padre Apolinar,—yo pensaba ver solamente al Sobanó cuando volviera de la mar esta tarde; pero ya que tu me haces ese recuerdo, me acercaré mañana por acá y haré que el caso sea tratado en Cabildo.

—¡Uva!.... Pero na de sustipendio ni de socorro pa el caso; aquí no se quiere más que autoridá y mano contra todo mal enemigo de lo que se hace con buen corazón!....

—Entendido Miguel, entendido... ¡Recuerno! ¡pues no me va á mí poca parte en ello! Cuando á tí te desuellen por lo que haces buena me pon-

drían á mí la pelleja..... ¿Tantas horas hace lo has visto?... ¿eh?... ¿Lo olvidastes ya? Pues á mí todavía me tiemblan las carnes y me zumban los oidos ¡Lenguas, lenguas de sierpe y almas de perdición!

—Vaya—dijo medio en broma tia Sidora,—que tiene usté menos correa de lo que yo creía, pae Polinar. ¿Quién se acuerda ya de eso si no es ya para hacerlo la cruz y pensar en otra cosa?

—Cierto, Sidora, cierto—respondió apresuradamente el fraile,—que ni por lo que son ellas ni por lo que yo soy, debiera haber vuelto á tomarlas en boca. Pero somos barro frágil, carne mísera; y se cae, se cae cien veces por hora. Mi ejemplo debiera ser de fortaleza, y lo es de... de chanfaina, Sidora, de chanfaina porque no valemos un cuerno... ¡*Domine, ne recorderis pecata mea*! Y con esto si no me mandais otra cosa me vuelvo á mis quehaceres... Silda, lo dicho dicho: has caido de pie; te ha tocado la loteria. Si lo arrojas por la ventana, no tienes perdón de Dios, ni cuentes conmigo, por mal que te vaya... Con que Miguel, con que Sidora, á la paz de Dios... Creo que se podrá salir... digo yo, sin avería gruesa, ¿eh?... ¿Os parece á vosotros?

Tia Sidora se levantó, sonriéndose maliciosamente; salió, llegó á la misma puerta de la calle,

miró y escuchó desde allí, y volvió á la salita diciendo al padre Apolinar:

No se ve un alma, ni se oye un mosquito.

—No tomes tan á pecho mis preguntas, mujer —dijo el fraile algo pesaroso de haberla hecho,— porque ya sabes que cuando llega el caso, fray Apolinar tiene piel de hierro para las injurias; pero, de todos modos, se te agradece la precaución, y Dios te lo pague.

Tornó á despedirse y se marchó.

(Sotileza)

II

CUENTOS EN PROSA

Juan de Timoneda

CUENTO III

Habiéndole cabido en suerte á un honrado marido de casarse con una viuda mal domada, y él le diese del pan y del palo, ella fuese á quejar á sus parientes. Los parientes reprendiendo al marido, que no había de tratar así á su mujer,

sino castigarla con buenas palabras, ofreciéndoles que así lo haría, la destrabada viuda regíase muy peor. El buen mancebo, por no quebrar su promesa, tomó un palo y escribió á la una parte estas palabras: *Pater noster*, y á la otra, *Ave María*; y como ella se desmandase, dióle con él. Volviéndose á quejar, y venidos los parientes, dijéronle que muy mal había cumplido su palabra. Respondió el mancebo: «antes, señores, he cumplido lo que me mandasteis, que no la he castigado sino con buenas palabras; pero leed lo que en este palo está escrito.» Viendo su agudeza, no tuvieron que responder sino volverse á sus casas.

(El sobremesa y alivio de caminantes.)

Juan de Aragonès

CUENTO VIII

Como Velasquillo era muy gracioso en decir, lo mismo era en obrar. Acaesció pues que tres caballeros, yéndose paseando, toparon á un hombre que traía una grande trucha, los cuales se la compraron, y concertaron de convidar á Velasquillo á ella, con condición que cada uno dijese

un dicho de la Sagrada Escritura al propósito, y tomase una parte de la trucha. Mandáronla hacer tres partes: la una de la cabeza, la otra del medio, la otra de la cola y que la cociese con muchos ajos; y estando aparejada llamaron á Velasquillo con el dicho concierto; y asentándose á la mesa todos cuatro, sacaron la trucha en un gran plato con el caldo de ajos en que la habían cocido. El uno de los caballeros, alargando la mano, tomó la parte de la cabeza, diciendo: *In capite libri scriptum est de me.* El otro tomó la parte del medio, diciendo: *In medio consistit virtus.* Luego acudió el otro y tomó la cola, diciendo: *In cola ego sum in terra.* Velasquillo, que se vió sin nada, tomó el plato de los ajos con entrambas manos, diciendo: *Asperges me domine hysopo*, y echóselo por cima á todos.

(Doce cuentos.)

Miguel de Cervantes Saavedra

Había en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algún perro en

la calle, ó en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como una pelota, y en teniéndole desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará Vmd. ahora que es poco trabajo hacer un libro.

(D. Quijote.)

SECCIÓN SEGUNDA

ORATORIA

I.

ORATORIA SAGRADA

V. P. Fray Luis de Granada

Sermón en la fiesta de la Resurrección del Señor. Consideraciones sobre el Evangelio

1.° Este es el dia que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. Todos los dias hizo el Señor que hizo el tiempo; mas este se dice particularmente ser obra del Señor, porque en él acabó la obra más excelente de todas sus obras, que fué la obra de nuestra redención. Pues así

como esta se llama por excelencia obra de Dios por la ventaja que hace á todas las obras, así también se llama dia de Dios, porque en él se acabó esta más excelente obra de Dios.

También se dice que este dia hizo el Señor, porque todo lo que se celebra en este dia es obra suya. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se mezclan cosas que nosotros hicimos; siempre hay en ellas alguna cosa de pena, y la pena es hija de la culpa, obra nuestra. Mas en este misterio no hay cosa de pena, sino destierro de toda pena y cumplimiento de toda gloria: todo puramente de Dios.

En tal dia como este, ¿quién no se alegrará? En éste se alegró toda la humanidad de Cristo, alegráronse los discípulos de Cristo, alegróse el Cielo, alegróse la tierra; hasta al mismo infierno cupo parte de esta general alegría.

2.° Mas claro se mostró el sol en este dia que en todos los otros, razón fué que sirviese al Señor con su luz en el dia de su alegría, como le sirvió escondiendo sus rayos en el dia de su pasión. Los cielos que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor por esconder su desnudez, en este dia con doblada caridad resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Alégrese, pues, el cielo; y tú, tierra, toma parte de esta alegría,

porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo que todos los domingos, cuando se levantaba á los maitines, era tanta el alegría que recibía con la memoria del gozo de este dia, que le parecía que oía una música general de todas las criaturas del cielo y de la tierra, que decían: En tu resurrección, Cristo, *Alleluya*: los cielos y la tierra se alegran: *Alleluya*.

Pues para sentir alguna cosa del Misterio de este dia, considera primeramente cómo el Salvador acababa ya la jornada de su pasión, con aquella caridad que subió por nosotros en la cruz, con esa misma descendió de la cruz á los infiernos, para dar cabo á la obra de nuestra redención; porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así el descender á los infiernos para sacar de allí á los suyos.

3.° Descendió, pues, el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada escribe un santo doctor por estas palabras: ¡Oh luz hermosa, que resplandeciendo de lo alto vestiste de súbita claridad á los que estaban en las tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel

tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los príncipes de Edom, y temblaron los poderes de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaam.

Y todos, en medio de sus tinieblas, comenzaron entre si á murmurar y decir: ¿Quién es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? ¡Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno! ¡Nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo, nuestro tributario! Acreedor es este, no deudor: quebrantador nuestro, no pecador: juez parece, no culpado: á pelear viene, y no á penar. Decid: ¿A dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será este que tanto puede? Si este fuera culpado no sería tan osado. Si tuviera alguna oscuridad de pecado, no resplandecieran nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? Si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo despoja nuestro limbo? ¡Oh cruz cómo tienes burladas nuestras esperanzas y causada nuestra perdición! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas, y ahora en el de la cruz las perdimos.

4.º Tales cosas decían y murmuraban entre si aquellas compañías infernales, cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos: allí estaban recogidas todas las almas de los justos, que desde el principio del mundo hasta aquel dia habían salido de esta vida. Allí estaba un profeta aserrado, otro apedreado, otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres, pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fe y la esperanza. Allí estaba aquel santo viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó los que después volvieron á poblar el mundo, acabadas las aguas del diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el testamento de Dios, y en su carne la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre sus hombros la leña en que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el santo Padre de las doce tribus, que ganando con ropas agenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio

de la Humanidad y Encarnación del Verbo Divino. Allí estaba tambien como huesped y nuevo morador de aquella tierra, el Santo Bautista y el Bienaventurado Simeón, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio de él, y recibirlo en sus brazos, y cantar antes que muriese suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenía también su lugar el pobrecillo lastimado Lázaro del Evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan dulce compañía y esperanza.

5.° Todo este coro de almas santas estaba allí gimiendo y suspirando por este dia; y en medio de todos ellos (como maestro de aquella capilla) aquel santo rey y profeta David repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo: «Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche, mientras dicen á mi alma: ¿á dónde está tu Dios?» Oh santo rey, si esa es la causa de tu lamentación, cese ya ese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda ya ese cantar, y canta el que mucho antes en espiritu cantaste, cuando escribiste: «Bendijiste, Señor, tu tierra; sacaste de cautiverio á Jacob; perdonaste la maldad de tu pueblo; disimulaste la muchedumbre de sus cul-

pas.» Y tu santo Jeremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destrución de tu ciudad y templo; porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra más hermosa Jerusalen por todo el mundo renovada.

Pues como aquellas dichosas almas vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintieron? Cuán de veras, viéndose ya fuera del cautiverio de Egipto, y anegados sus enemigos en el mar Bermejo, cantarían todos diciendo: «Cantemos al Señor que gloriosamente triunfó, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar.» Con qué corazón aquél primer padre del género humano, derribado ante los pies de su hijo y Señor, diría «Viniste ya muy amado y deseado Señor, tan esperado, á remediar mi culpa: viniste á cumplir vuestra palabra, y no olvidaste á los que en vos esperaban: vuestra grande piedad venció la dificultad del camino, la grandeza del amor la de los trabajos y dolores de la cruz.

6.º No se puede con palabras declarar el alegría de estos santos padres; mas sin comparación era mayor la del Salvador, viendo tan grande número de almas remediadas por su pasión ¡Oh cuán por bien empleados dió entonces todos los

trabajos de su vida y los dolores de su muerte? ¡Cuando vió el fruto que comenzaba á dar aquel sagrado arbol de su cruz! ¡Con dos hijos que nacieron al santo patriarca Joséph en Egipto olvidó todos sus trabajos; y para significar esto llamó al primero Manesés, diciendo: «Hízome el Señor olvidar todos mis trabajos y la casa de mi padre.» ¿Pues qué sentiría el Salvador cuando se viese cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz? ¿cuándo aquella preciosa oliva se viese rodeada de tantos y tan hermosos pimpollos?

7.° Mas, ¡oh Salvador mío! ¿qué haceis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo santísimo que está aguardándoos en el sepulcro? Acordaos, Señor, que la ley del repartimiento de los despojos dice que quepa igual parte al que quedó guardando el bagaje, como al que entró en la batalla Vuestro santísimo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra alma santísima entró á despojar el infierno: repartid, Señor, con él de vuestra gloria, pues habeis vencido la batalla.

Estaba el santo cuerpo en el sepulcro, con aquella lastimosa figura con lo que había dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fría, amortajado su rostro con un sudario, descoyuntados todos sus mienbros. Era ya más de la media

nóche, y quiso el sol de justicia anticipar al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo santísimo; y qué tal (si piensas) le devolvió? No puede esto explicarse; mas algo se puede entender por un ejemplo. Acontece estar una nube oscura en la parte del Poniente al tiempo que el sol se va á poner; el cual, tomándola delante y hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada que compite con él en hermosura. Pues así, después que aquella ánima gloriosa, se envistió en aquel santo cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz y toda su fealdad en hermosura; y del más afeado de todos los cuerpos hizo el más claro y hermoso. De esta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y dechado de nuestra resurreción.

8.° Esta salida figuró el patriarca Joséph cuando salió de la carcel, y le trasquilaron sus cabellos, y vistieron de ropas reales, y le pregonaron gobernador de toda la tierra de Egipto. Aquí sale el Señor trasquilados los cabellos de su inmortalidad, vestido de ropas de gloria, Señor de todo lo criado. Este es el santo Moises, sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que despues vino á destruir todo el poder de Faraón.

Este es el santo Mardoqueo, despojado ya de su saco y cilicio, vestido de ropas reales; el cual vencido su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel santo Daniel, salido de entre los leones sin haber recibido daño de las bestias hambrientas, y fué vengado de sus enemigos. Este es aquel valeroso Sansón, quo estando encerrado en la ciudad, se levantó á media noche y se llevó consigo las puertas, dejando burlados todos sus adversarios. Este es aquel santo Jonás, entregado á la muerte por librar de ella á sus compañeros; el cual, entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero día salió en la playa de Nínive, con cuya predicación escaparon de las divinas amenazas. ¿Quién es este que entre las quijadas de la bestia carnicera no pudo ser mordido de ella, y engolfado en los abismos de las aguas gozó de los aires de vida? ¿El que sumido en el profundo la misma suerte le sirvió? Este es nuestro glorioso Salvador, á quien arrebató aquella cruel bestia insaciable, que es la muerte; la cual, después que le tuvo en la boca, conociendo la presa, no la pudo tener. Porque aunque la tierra después de muerto le tuvo, hallándolo ageno de culpa, no pudo tenerlo, porque no la pena, sino la culpa, hace al hombre infame.

9.° Ya, Señor, habeis glorificado esa carne santísima que con vos padeció en la cruz: acordaos que también vuestra santísima Madre es vuestra carne, y que también padeció ella viéndoos padecer en la cruz. Sentencia es de vuestro apostol que los que fueron compañeros de vuestras penas, también lo serán de vuestra gloria. Serenad, Señor, aquel cielo oscurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellas espesas nieblas de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, mandad que vuelva el verano florido después del tempestuoso invierno.

10.° Estaría la santísima Virgen en aquella hora orando y esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón, y como piadosa leona daba voces al hijo muerto, diciendo: «Levantaos, gloria mia: levantaos, salterio y vihuela: volved triunfador al mundo: recoged, buen pastor, vuestro ganado: oid los clamores de vuestra afligida madre; y pues estos fueron parte para os hacer bajar del cielo á la tierra, estos os hagan ahora subir del infierno al mundo.»

En el medio de estas lágrimas y clamores resplandeció súbitamente el aposento con la luz gloriosa, y pónese el Hijo delante de su Madre vivo y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la

mañana, ni resplandece tan claro el sol del mediodía como resplandeció en los ojos de la Madre aquel rostro lleno de gracias y aquel claro espejo de la gloria divina.

Vió aquel sacratísimo cuerpo resucitado y glorioso, despedidas todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos divinos ojos, restituida y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas que á la Madre habían sido espadas de dolor, ya le son fuentes de amor. Al que había visto penar entre los ladrones, ya ve gloriosa entre las almas santas y ángeles. Al que lo encomendó de la cruz al discípulo, ve cómo ahora extiende sus brazos y la regala con dulce paz en su rostro. Al que de la cruz recibió muerto en sus brazos, ve ahora resucitado ante sus ojos. Tiénelo y no lo deja; abrázalo y pídele que no se le vaya. La que al pie de la cruz, enmudecida de dolor, no sabía qué decirte, ahora, enmudecida de alegría, no le puede hablar

11.° Qué lengua podrá decir, ó que entendimiento comprender á dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras más bajas, haciendo como escalera de lo bajo á lo alto, y congeturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa de esta alegría, considera la que recibió

el santo patriarca Jacob cuando, después de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á Joseph, su amado hijo, le dijeron que era vivo y gobernador de toda la tierra de Egipto. Dice la divina Escritura que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su espanto y alegría, que como quien despierta de un profundo sueño, así no acababa de entrar en si, ni creer que estaba despierto y que no soñaba y que era verdad lo que sus hijos le afirmaban. Y cuando ya lo creyó, dice la Escritura que su espíritu volvió á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Si Joseph mi hijo es vivo, solo este bien me basta; iré y verle he antes que me muera.

Decidme, pues, ahora: si el que tenía consigo otros once hijos tanta alegría recibió de saber que uno solo que él tenía por muerto, y de cuya muerte ya estaba consolado, era vivo ¿cuál fué la alegría de la Sacratísima Virgen, que no tenía más de uno, y este tal y tan querido, cuando después de verle muerto tan cruelmente, y ella tan lastimada, y su dolor tan reciente, le viese súbitamente delante de si resucitado y tan glorioso y señor de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que pueda entender esto? Verdaderamente fué tan grande este gozo, que no lo pudiera

su corazón sufrir, si con particular milagro no fuera confortado por Dios.

¡Oh Virgen bienaventurada! Básteos, Señora, solo este bien; básteos que vuestro hijo sea vivo, y que le tengais delante y le veais antes que salgais de esta vida, para que no os quede más que desear. ¡Oh, Señor, y cómo sabeis consolar á los desconsolados por vuestra causa! Ya no le parecía grande aquella primera pena en comparación de esta alegría. Si así consolais á los que por vos padecen, bienaventuradas y dichosas todas sus pasiones, pues así por vos han de ser remuneradas.

(Obras.)

II.

ORATORIA POLÍTICA

D. Antonio Rios Rosas

Discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes, en la sesión del 26 de Noviembre de 1855, en apoyo de la creación del Consejo de Estado.

Señores: ciertamente no esperaba la Comisión ser combatida en este artículo en el terreno en que lo ha sido; la Comisión no esperaba que á esta cnestión se le diese un carácter político, y esperaba mucho menos que se negase la necesidad de la institución, de la rueda cuya importancia se debate ahora. Concebía la Comisión que hubiese aquí muchos Sres. Diputados que opinasen que la institución de que se trata se organizase de la

manera que nos aconsejaba días pasados el señor Corradi; pero no esperaba que hubiese quien dudase de la necesidad de la institución; no creía que de la existencia de esta institución se hiciese cuestión política. Por eso, vuelvo á decirlo, ha extrañado mucho la Comisión esas impugnaciones que se le han hecho, y el terreno en que ha sido impugnada.

¿De qué se trata, señores? ¿De qué se trata en rigor, en primer término? De una institución administrativa, puramente administrativa, que podrá, en concepto de algunos señores, no en el mio, pero esta es cuestión aparte, que podrá tener algún género de atribuciones, que participe del carácter político, pero que en si misma, en su carácter general, en sus atribuciones ordinarias, ha de ser una institución administrativa. Pues en el régimen monárquico absoluto, en el régimen monárquico constitucional, en el régimen republicano, ¿cuál es la esencia de la administración, sea el régimen centralista ó excentralista? Que la ejecución es de una persona sola, y la deliberación, el consejo, es de muchos: ¿Por qué al lado de cada Alcalde se pone un Ayuntamiento? ¿Por qué se pone una Diputación provincial al lado de cada gobernador de provincia? Pues por la misma razón que al lado de cada

Alcalde se pone un Ayuntamiento, y una Diputación al lado de cada gobernador civil, por esa misma razón al lado del Rey, supremo administrador, en su carácter, y en su cualidad de administrador exclusivo, se le pone un Consejo, un Cuerpo deliberante administrativo y solo administrativo.

Digo que se extraña que haya un Cuerpo deliberante administrativo, y yo me extraño mucho más de esta extrañeza. ¿Por ventura la administración de un Estado, de una Provincia, de un Municipio, cualquiera administración, no ofrece necesariamente dos clases de negocios? Negocios en que la ejecución es fácil, llana; en que la manera de aplicar la prescripción legal se manifiesta de suyo; en que no se necesita deliberar, por lo menos no se necesita deliberación de varias personas, deliberación política, discusión. Hay también negocios complicados, de difícil solución, de mucha gravedad, en los cuales es necesario para resolver bien, deliberar, pensarlo, madurar la resolución.

Pues si esto sucede donde quiera que hay que aplicar leyes, es absolutamente indispensable que todo el que aplique leyes tenga á su lado un Consejo, si ha de aplicarlas bien; de aquí, señores, como indiqué antes, la existencia de los Con-

sejos en todas las formas de gobierno, la existencia de los antiguos consejos de la Monarquía española, y los consejos también en Francia y en Inglaterra. Porque debo rectificar á este propósito un error en que, á mi juicio, ha incurrido el Sr. Gil Sanz, negando que en Inglaterra haya nada parecido á la institución de que nos ocupamos ahora. Hay muchos que se parecen; la máquina del gobierno supremo de Inglaterra es una de las más complicadas de Europa. El Gabinete, lo que se llama propiamente el Gabinete, el Consejo de Ministros, no es más que la fracción de un Consejo mucho mayor, numerosísimo, compuesto de altos funcionarios; y luego hay el Consejo privado, que es otra especie de Consejo de administración y de Estado, y otra porción de instituciones y Consejos que sería muy prolijo enumerar, y cuya sola enumeración asustaría al Sr. Gil Sanz.

Se ve, pues, señores, en la práctica por la naturaleza de las cosas, que al lado del Rey, supremo administrador, es necesario que haya un Consejo que le ayude á administrar. Pero se dice: pues qué, los Ministros responsables ¿no tienen la capacidad suficiente para administrar cada uno su departamento por sí? Pues qué, es menester que cada ministro, siendo un hombre

competente, superior en su ramo, tenga á su lado un Consejo que le ayude á administrar? Es menester, es necesario, es absolutamente necesario, y en el régimen constitucional más que en el régimen absoluto; en primer lugar, porque un ministro, dure mucho tiempo ó dure poco, tenga ó no tenga una alta capacidad, un Ministro, un hombre por sí solo no puede ser depositario de la suma de tradiciones que se necesita para que exista una jurisprudencia en su aplicación, para que exista una legislación; porque donde no hay jurisprudencia hay arbitrariedad, hay error, error frecuente, error por decirlo así, sistemático; donde quiera que hay una legislación, donde quiera que se trata la cuestión de lo tuyo y lo mio, donde quiera que se tratan cuestiones de interés general, es menester que haya una jurisprudencia, y esta no puede haberla sin que haya un cuerpo depositario de ella. En segundo lugar, porque los Ministros, cualquiera que sea el régimen de gobierno, no pueden apreciar por si bastantemente las cuestiones muy graves, muy complicadas. Ningún Ministro tiene tiempo, en ningún régimen, ni en el régimen absoluto ni en el régimen constitucional. y mucho menos en el constitucional, ninguno tiene tiempo de examinar por si con el detenimiento que se requiere

ciertas cuestiones de mucha gravedad, cuestiones en que se mezclan con el interés general, con el interés público, el derecho privado, el derecho internacional. Ningún Ministro puede resolverlas por si solo con su solo examen, acertadamente y con garantía de acierto.

Se ve, pues, que aun sin entrar en la enumeración que ya otros señores han hecho de los varios asuntos que por su naturaleza se requiere que se traten en un Cuerpo deliberante, en un Cuerpo consultivo, sin entrar en esa enumeración, en todo género de asuntos puede haber cuestiones determinadas de tal naturaleza que requieran la deliberación de un Cuerpo consultivo. Se ve, pues, que se necesita un Cuerpo consultivo al lado del Rey para administrar, para administrar bien. Se necesita más en el régimen constitucional, ya porque los Ministros en ese régimen están mucho más ocupados en el movimiento de la política y en los debates de los Cuerpos colegisladores, ya porque los Ministros en estos cuerpos tienen una responsabilidad más directa, más efectiva, más definida por la ley que en otro régimen cualquiera, y no puede exigirse responsabilidad á los Ministros en cuestiones graves que no hayan examinado, aunque las hayan fallado. Si en este régimen no hay un

Cuerpo consultivo que desenmarañe una cuestión, ya con su discusión privada hecha á puerta cerrada, ya con una discusión pública (y siento entrar en estos detalles, porque pertenecen á la esencia de la cuestión, por cuanto la hora es avanzada y conozco la legítima impaciencia del Congreso, pero siempre me toca hablar á estas horas, y tengo que recomendarme á su indulgencia); si no hay un Cuerpo que ciertas cuestiones que es preciso resolver y resolver pronto, las desenmarañe, las ponga bajo todos sus aspectos y relaciones á la resolución del Ministro, el Ministro habrá de resolver esas cuestiones á ciegas, pero no tendrá una verdadera responsabilidad en su resolución.

Un ministro reconvenido por una resolución mal dada en una cuestión de ese orden, que tenga que resolver en un plazo ó periodo dado, ese Ministro dirá y dirá con razón: yo no he podido pensarlo; he errado necesariamente; rechazo la responsabilidad; no se incurre en responsabilidad si no se obra á sabiendas ó por negligencia culpable. Esto sucedería frecuentemente en las cuestiones de presas; esto sucedería en las cuestiones de *regium exequatur* sobre Bulas; esto sucedería en todas las cuestiones en que la Administración pública, ya por el departamento de

Gobernación, ya por el de Obras públicas, ya por cualquiera de los otros departamentos de la gobernación, en que la Administración pública tropieza, por decirlo así, con un derecho privado. ¿Qué se hace en estos casos? Y esto me conduce, después de haber demostrado la necesidad de las funciones puramente consultivas del Cuerpo de qne se trata, á hablar ligeramente de sus funciones contenciosas.

La Administración pública dentro de su órbita, en el legítimo ejercicio de sus atribuciones, tropieza con un derecho privado, y en este caso, ó tiene que superarlo violentamente, ó tiene que discutir con el interesado que se le opone. Si lo supera violentamente, he aquí el despotismo, he aquí la violación de la propiedad, he aquí la denegación de la justicia, la denegación de todo derecho. Si tiene que discutir, ¿será garantía para la discusión la opinión particular del administrador, cuyo interés, cuyo amor propio está ya comprometido en la cuestión? ¿Será garantía, aunque fuese imparcial su mero juicio? No; se necesita más, se necesitan formas. Donde quiera que hay herido un interés privado. un interés legítimo de un particular ó un derecho, para la discusión se necesitan formas; si no hay formas contenciosas en la discusión, no hay garantía

ninguna del acierto ni del respeto á los derechos de los particulares. Y esta es la teoría de lo contencioso, sobre la cual no me detendré más, porque es vastísima, porque consideren los señores Diputados en cuántos negocios, de cuántas clases, cuán enorme es la suma de los intereses que se ventilan cuando una dirección de rentas, por ejemplo, tropieza en una subasta con un interés privado, cuando ese interés privado herido se dirije al Rey en queja de la Dirección, cuando hay que resolver por millones sobre determinadas materias.

Pero no se limitan aquí las funciones de un cuerpo de esta naturaleza. Hay otro género de funciones; funciones tutelares, funciones que determinadas leyes atribuyen á estos Cuerpos como garantía de que la Administración no abusará en el desempeño de sus atribuciones particulares.

En cualquiera de las leyes administrativas que sa recorran de cualquier pais donde la administración esté medianamente organizada, ya sea la ley de Ayuntamientos, ya sea la de Diputaciones, se encontrará que las corporaciones en cada grado, así los Ayuntamientos como las Diputaciones, y en su caso y lugar el Consejo Real ó el Consejo de Estado, sirven de garantía á ciertos derechos. La audiencia de este Consejo, la forma con

que es escuchada, la manera con que ilustra las cuestiones, es una garantía del acierto de la Administración que ejerce la tutela respecto de ciertos intereses.

Yo no me detendré, supuesto que me he propuesto únicamente limitarme á la exposición de los principios que dominan en esta cuestión, no me detendré á impugnar por menor ni las observaciones del Sr. Gil Sanz ni las de otros señores que le han precedido en el uso de la palabra, como quiera que las de estos últimos lo han sido ya muy superabundantemente por el Sr. Escosura y por el Sr. Alonso; sólo diré que todos los argumentos que se han hecho desde el punto de vista político carecen de base y de fundamento.

Cuando la ley se traiga aquí, se examinará si un cuerpo de esa naturaleza debe tener alguna ó algunas atribuciones políticas, y si se entiende qne le deben dar algunas de esas atribuciones políticas, meramente consultivas, entonces será ocasión de impugnarlo los que estimen que dichas atribuciones políticas menoscaban la independencia de las Cortes.

Este no es un cuerpo propiamente conservador, á quien puede hacerse bajo el punto de vista de los hombres del progreso continuo, objeciones como tal cuerpo, no; este es un cuerpo

meramente consultivo, y no otra cosa; es conservador á su manera, como es conservador todo lo bueno, como es conservador todo lo que conduce á resolver con acierto cuestiones de administración; pero cuerpo conservador, bajo el punto de vista político, no lo es.

Pero se dice: ¿se va á poner un Consejo más donde hay tantos Consejos? ¿un Consejo más donde hay tantas corporaciones que ayudan á administrar al Gobierno? Pues, señores, para que no haya tantas corporaciones de esa clase, para que haya una que valga por todas, más que todas, que desempeñe mejor que todas y más pronto que todas, y más convenientemente que todas las funciones que todas esas otras Juntas desempeñan ahora muy mal, para eso debe haber un Consejo de Estado. Cuando haya Consejo de Estado, entonces no habrá en cada Ministro los asesores que hay hoy; esos asesores serán una superfetación, y cuando vengan á las Cortes deberán limpiamente, resueltamente echarse abajo: en todos los Ministerios que entiendan de justicia y de legislación no debe haber mesas de lo contencioso; cuando esas mesas vengan al Congreso, échense abajo; en la mayoría de los asuntos de Ultramar no debe haber Junta de Ultramar: pues

cuando se traiga aquí esa Junta, hágase esa economía.

Porque tengo que decir á propósito de este aspecto de las economías, que si este Consejo se constituye de la manera que debe constituirse, será una economía: ahorrará por de contado esos asesores; ahorrará respecto á las Juntas que son de desempeño gratuito por parte de los vocales, los dependientes y el material; ahorrará algunos de los dependientes de la administración activa que ocupan esas Juntas, ahorrará el Tribunal Contencioso-administrativo, y extraño mucho que los señores que han votado créditos para ese tribunal vengan ahora á extrañarse de lo que vamos á hacer aquí, únicamente para darle la regularidad, para darle forma á eso que se llama tribunal, que no lo es, señores, porque tribunal es el que tiene jurisdicción propia, tiene una jurisdicción retenida, porque es principio, el Rey es el que juzga.

Con que véase á qué queda reducida la cuestión de las economías: queda reducida á que costará mucho menos ese alto Cuerpo que lo que cuestan las innumerables Juntas que, por baratas que sean, son costosísimas, porque son inútiles, y son inútiles porque de la manera que están constituidas no pueden ser útiles; por poquísimo

dinero que se gaste en ellas, es tirado, es despreciado; donde no hay la cohesión de la disciplina, donde no hay la cohesión de la organización y del deber, no hay servicio: pueden reunirse treinta capacidades, treinta hombres los más celosos que pueda haber; formarán una Junta, tratarán de trabajar con los mejores deseos, se reunirán frecuentemente, tratarán, repito, de cumplir bien, y desempeñarán su cometido á las mil maravillas: pues sin embargo no habrá servicio, no habrá jurisprudencia, no habrá tradición, no habrá disciplina: la mitad ó las dos terceras partes son ancianos, no tienen el aguijón del deber imperioso, y sin ese aguijón las dos terceras partes del año, los unos porque lo exige el estado de su salud, los otros porque no tienen el deber imperioso que he dicho, lo cierto es que no asisten á las sesiones de la Junta.

¿Por ventura ignoramos lo que ha sucedido hasta aquí? Señores, extinguióse el Consejo Real con aplauso de esos que tienen la manía de las supresiones; ¿y qué sucedió al otro dia? Que vino un gobierno y dijo: «necesito perentoriamente un Consejo Real,» y lo hizo; y lo hizo á presencia de la Revolución y de todo el mundo, y no fué reconvenido por nadie, y aquí no se ha levantado una voz para condenarlo en esos bancos, sin

embargo de haberse nombrado una Comisión de los mismos, los cuales, lejos de censurarle, le han querido poner altas campanillas.

No comprendo, por consiguiente, esa malquerencia que entreveo, malquerencia que se aviene mal y que no puedo compaginar con la adhesión y el amor del otro dia.

Señores, y si se juzga por los resultados, que es por donde debe juzgarse inapelablemente sobre estos asuntos, ¿qué hallamos? Yo ruego al Congreso vuelva la vista al Consejo Real; ¿qué ha hecho el Consejo Real en los diez años que ha existido? El Consejo Real ha servido con celo, con sabiduría, con independencia, con pureza, al pais; el Consejo Real ha resuelto todas las cuestiones graves: podrá haberse equivocado alguna vez; el error es patrimonio de los hombres; muy raras veces podrá haberse equivocado; pero en general, señores, ha resuelto las cuestiones graves, ya políticas, ya económicas, de todo género, en fin, con acierto como he dicho, con pureza, con aplauso de la Nación, con aplauso de los hombres de todos los partidos y de todas las opiniones; y las ha resuelto en circunstancias graves, difíciles, dificilísimas para un cuerpo amovible, un cuerpo de ancianos, en quienes la prudencia es mucho más natural y necesaria

que la firmeza y el valor; un cuerpo donde entraban y salían por esa misma amovilidad ú otras causas frecuentemente individuos hasta el punto de no existir sino en proporciones muy tenues los que primitivamente le formaron, teniendo que luchar con todo género de obstáculos y de aversiones; y sin embargo, ese cuerpo, vuelvo á decir, siempre resuelve con independencia, con rectitud, con sabiduría; ese cuerpo da ejemplo á los hombres políticos; ese cuerpo despierta á la Nación; ese cuerpo la salva, y ese cuerpo muere á manos de la revolución. ¡Qué contraste! ¡qué injusticia! ¡qué atrocidad!

No quería entrar en detalles acerca de la conducta de este cuerpo: pero bueno es que se recuerde la que observó en dos cuestiones, tales como la de ferro-carriles, y la de reforma constitucional. Todo el mundo sabe cómo se resolvieron aquellas cuestiones, cómo resolvió el Consejo Real uno y muchos expedientes relativos á ferro-carriles, y que si se hubiera seguido la opinión respetable de aquel cuerpo, se hubieran ahorrado muchos males políticos.

¿Y qué sucedió en la reforma constitucional, en esa cuestión llevada allí incidentalmente y envuelta en otras cuestiones? El Consejo Real la

sacó de esa maraña y la votó contra el gobierno y en el sentido de la libertad constitucional por una inmensa mayoría de tres cuartas ó cuatro quintas partes. Esto es servir al Estado, ser cuerpos conservadores y progresivos; y esto modestamente, privadamente, sin la vanagloria, sin la popularidad que resulta de hacer las cosas á la luz del dia, en presencia de la Nación; y esto es guiado solo por el sentimiento de su deber. Un cuerpo que se conduce así, es menester conservarle; y si se le ha matado en un acceso de demencia, es menester resucitarle.

Voy á concluir, y á concluir con una consideración breve. En gobiernos absolutos es fácil una administración buena. La misma naturaleza de ese régimen, la misma falta de oposición y hostilidad orgánica, la misma falta de vehículo y de desarrollo para la opinión pública hace que una administración en esa clase de gobierno, por débil que sea, resulte más fuerte. En los gobiernos constitucionales, por el contrario, se necesitan y es una de las dificultades de este régimen, que por desgracia tiene muchas, dos cosas que parece que se excluyen y que solo se compaginan y combinan en determinadas, singulares y particularísimas circunstancias: se necesita que la administración sea fuerte y que sea

moderada, y para esto es preciso que cada administrador, desde el Rey, supremo administrador, hasta el alcalde, último administrador, tenga un compensador que no sea un obstáculo para que administre, pero qué le diga: «párate» cuando no es menester que obre, y que le dé las cuestiones digeridas y resueltas, cuando las cuestiones son de tal naturaleza que es necesario digerirlas para resolverlas.

Pues este compensador del Rey, supremo administrador, en una administración tan fuerte como la que habeis hecho en la Constitucióu y la que hareis en las leyes orgánicas, porque aunque predominan los principios de los señores de enfrente, mi argumento no dejará de tener fuerza, es doblemente necesario; y si no hay en una administración de esta naturaleza un compensador que detenga á tiempo al Gobierno, esa administración será el despotismo. Eso fué la administración imperial. ¿Por qué? Y á este propósito rectifico un error en que se ha incurrido generalmente.

La administración de Napoleón fué el despotismo, porque entre otras causas los cuerpos consultivos decayeron de influencia y atribuciones, se anularon en presencia de aquella administración; el prefecto lo era todo, los Consejos de

departamento y aun el Consejo de Estado vinieron á ser muy poco. Esta es una de las causas del despotismo imperial de Napoleón I.

Sobrevino la restauración, la restauración que aborrecía al Consejo de Estado por muchas causas políticas y no políticas, ¿y qué hizo la restauración? ¿Disolvió el Consejo de Estado? El señor Gil Sanz lo ha dicho: lo conservó; lo mejoró en funciones; le hizo funcionar mejor; lo restableció le dió más atribuciones que tenía en los últimos tiempos de Napoleón, que fué uno de los ardides de que se valió aquella Administración para con el Consejo de Estado, éste deliberaba poco y mal; y entonces se establecieron las Secciones, las Salas. Y entonces ¿qué sucedió? Que administrando, funcionando más expedita y activamente, el Consejo de Estado ayudó á gobernar á la restauración y desempeñó magníficamente sus funciones.

Vino la revolución de Julio. El Consejo de Estado tenía sus enemigos, como los tienen todas las instituciones: unos, enemigos personales, y otros, enemigos desde el punto de vista político, y sin embargo sobrevivió á aquella revolución en que cayó una dinastía, en que cayeron tres Reyes, en que desapareció la Cámara de los Pares, sobrevivió, digo, el Consejo de Estado y

continuó prestando á la dinastía de Julio, es decir, á la Francia, los mismos servicios que había prestado en tiempo de la restauración. Porque es menester tener presente una cosa, que es la última consideración que voy á exponer, y es, que si en la movilidad necesaria que hay en la política de los pueblos, de los pueblos meridionales, no se salva una cosa, si no queda en pie, una cosa á cada sacudida política, las Naciones se disuelven. A Francia la salvó el quedar en pie la administración de la restauración, de la revolución de Julio, el quedar en pie aquella administración en 1848, y el quedar en pie siempre. Procuremos nosotros salvarnos en lo sucesivo por medio de una buena y recta administración, porque no sabemos qué destino nos reserva el porvenir.

III

ORATORIA FORENSE

D. Juan Meléndez Valdés

Acusación fiscal contra D. Santiago de San Juan y Doña María Vicenta Mendieta, reos del parricidio alevoso de D. Francisco del Castillo

Exordio

Señor: V. A. ha escuchado estos dias la triste relación de uno de los atentados más atroces á que pueden atreverse una pasión furiosa y el desenfreno de costumbres, y el loable empeño con que lo intentara disminuir la elocuencia de sus defensores. Otro que yo, amaestrado por un

largo ejercicio en el arte difícil de bien hablar, y lleno de las luces y conocimientos que me faltan, llorando hoy compadecido sobre el delito y los infelices delincuentes, abrazaría gustoso esta ocasión de hacer triunfar victoriosamente la santidad de las leyes, y escarmentar en sus cabezas con un ejemplo saludable á la maldad y la relajación, que ya parece no reconocer en su descaro ni límites ni freno. Lejos, como lo está esta causa, de las marañas y criminales artificios con que los malvados se suelen ocultar á cada paso para huir la espada vengadora de la justicia, vería en ella á dos parricidas alevosos sin velo ni disfraz alguno; un delito por sus atroces circunstancias sin ejemplo, aunque envuelto al principio en el horror de las tinieblas, descubierto ya, puesto en claro como la misma luz, y confesado paladinamente, al público, y la virtud clamando sin cesar por el desagravio de la inocencia atropellada, y á las costumbres y al santo nudo conyugal solicitando ardientemente las penas más severas para respirar en adelante en seguridad y reposo.

Todo esto vería un fiscal acostumbrado á hablar en este sitio, y seguro ya de su reputación y su gloria. Pero yo, que empiezo por la primera vez las funciones de mi terrible ministerio, acu-

sando este atentado, horror y execración de todos, yo, pobre de ingenio, escaso de razones y falto de elocuencia: ¿qué podré decir que baste á satisfacer V. A., ni llene dignamente su celo y sus deseos? ¿Qué podré decir que corresponda al público clamor contra los delincuentes? ¿Qué, instruido en ese voluminoso proceso atropelladamente y en brevísimos dias? Mis palabras serán de necesidad desmayadas; mis reflexiones y argumentos menos poderosos que lo mucho que habrá meditado V. A. con su profunda sabiduría, y mis votos en nombre de la ley, acordándole, como abogado suyo sus sagrados decretos, inferiores en mucho á los votos de todos los buenos, y al celo santo que veo resplandecer en el semblante, y siento arder en el pecho nobilísimo y justo de V. A. Pero en medio de esto me aliento y me consuelo con que si el fin del orador, y mucho más de un magistrado, debe ser siempre increpar y perseguir el vicio, defender la virtud y celebrarla, persuadiendo y moviendo á aborrecer el uno y amar y practicar la otra, no es árduo ni difícil ser elocuente en este caso, ni habrá uno solo de cuantos me oyen ó han tenido noticia de tan negra maldad que no una en este punto sus fervientes voces con las mias, y le interpele en nombre del honor, de la inocencia, de

la humanidad, de su seguridad misma para que dé en este dia un ejemplar memorable de su justísima severidad, y con él asegure el lecho conyugal y las costumbres públicas, vacilante y conculcadas, vengando en su nombre con la sangre de sus implacables asesinos, la sangre derramada del malogrado D. Francisco Castillo.

Narración

Casado este desde el año de 1788 con Doña María Vicenta de Mendieta, debía esperar á su lado el dulce reposo, el contento, la felicidad á que le hacían acreedor su mérito y distinguidas prendas, y una abundancia de bienes de fortuna poco común. El deseo de otros más sólidos y más verdaderos le había sin duda llevado al matrimonio, mirando en él su espíritu ilustrado con una aplicación laudable y sus contínuos y útiles viajes, una perspectiva de bien y de purísimas delicias que ansiaba su noble corazón, nacido para la amistad y las más honestas afecciones, y que hubiera cierto gozado con otra compañera. La que le deparó en su cólera su suerte desgraciada era indigna de hallar el bien en el seno de la inocencia, ni de disfrutar de otros placeres que los que

ofrece la relajación á una alma criminal, y acompañan perpetuamente el delito, la vergüenza y los agudos remordimientos. Oido ha V. A. de la lengua veraz de los testigos las desazones y tristes riñas de este desastrado matrimonio, nacidas todas ellas, no como han querido probar los infelices delincuentes, y en vano se esforzó en persuadirnos la elocuencia de sus defensores, de la altivez, la ligereza, el genio duro y desavenido, ni mucho menos la criminal conducta del sinventura Castillo, sino de su fiel y torpe compañera. Y qué! ¿ella misma no lo asegura así en su declaración del dia 22 de Diciembre? Tan grande es y poderosa la fuerza irresistible de la verdad y tanto imperio alcanza aun sobre las almas más perdidas. ¿No dice en ella que su marido no la violentaba; que la trataba bien, que la permitía las llaves y todo el gobierno de su casa; recibir gentes y visitas en ella; concurrir á las diversiones y tertulias; en suma, cuanto pudiera desear para llamarse feliz una madre de familia honrada, virtuosa y digna de tan buen marido?

Por mas que este llevase en paciencia, como cuerdo, sus continuos desabrimientos y aquellas liviandades menores, sobre que el honor suele á veces cerrar dolorido los ojos y deslumbrarse en sus agravios por claros que los vea, no pudo sin

embargo dejar de repugnar y prohibirla su trato sospechoso con algunos, singularmente con el aleve matador D. Santiago. Aquí de nuevo se nos presentan los testigos domésticos, veraces y sin tacha, diciendo todos sus continuas salidas sola y de trapillo á visitarle; su porte y trato muy ageno de una mujer de su clase y circunstancias; haberle regalado en varias ocasiones con dinero, ropas, y aun cama para dormir; dándole un picaporte para entrar en su casa á escondidas y libremente; el baile escandaloso de que se extremece el pudor, y sobre el cual la justicia, las costumbres y el decoro público deben á la par correr un denso velo; la ocultación del adúltero en un rincón de la casa, inmundo y asqueroso cono el alma de los dos, y cien otras cosas que sin duda escucharía V. A. con inquietud y desagrado, y en cuya enfadosa repetición abusara yo de su paciencia y ofendiera de nuevo sus honestos oidos y este augusto lugar.

Hay una, sin embargo, entre ellas, que no puedo pasar en silencio, porque pinta bien al vivo, así el caracter sanguinario de esta fiera cruel, esta Megara, como el sufrimiento y la dulzura de su desgraciado consorte. Dice el testigo Antonio García que el día 3 de Diciembre, y seis antes del atroz atentado, en una desazón que tuvieron

se agarraron los dos, le hizo ella tres arañones en la cara, y procurando los presentes ponerlos en paz y sosegarlos, exclamó esta víbora: *que la dejasen, que ella era bastante para acabar con su marido.* Sacad señor, os ruego, de este solo hecho las consecuencias justas que os sugiera vuestra inalterable rectitud; sacadlas; y estará juzgada la causa. ¿No hallais en él, como yo veo, de parte de Castillo la moderación y la prudencia de un hombre de bien, y en la torpe mujer la desenfrenada osadía, el encono, las sangrientas iras que ya la atormentaban?

Desde entonces y mucho antes ella y el cobarde mancebo, encenegados en su pasión y perseguidos sin cesar de las furias infernales, revolvían en su ánimo el horrible atentado que después cometieron, caminando á su libertad y criminal reposo por medio de la sangre y del parricidio. Para mejor ejecutarlo, fecundo en ardides, cual es siempre el delito, finge el adúltero un viaje á Valencia, en que engañado el buen Castillo le favorece liberal con el dinero necesario: quédase en Madrid oculto y escondido; muda de posada, y se anda de una en otra disfrazado y mintiendo su patria y verdadero nombre, y se previene en fin de las pistolas y el cuchillo que después le sirvieron; esperando los dos todo este

tiempo con atroz serenidad un dia, una hora, una ocasión segura para deshacerse de un hombre á quien debieran entrambos adorar. En efecto, su porte con su aleve mujer era, según consta de todo este proceso, cual oyó V. A. de su misma boca: el de un marido ciego y deslumbrado, que la ama fino á pesar de sus tiviezas, y se lo acredita aun más que debiera con sus obras; que se olvida de su sangre y relaciones, de las amarguras y penas que sufría, del hielo, los deseos y culpable conducta de una adúltera, para confundirla con sus regalos y favores, para enriquecerla más y más y hacerla heredera de sus gruesos haberes en el fin de sus dias. ¿Y cuál, señor, cuál era respecto del infame asesino? El de un pariente tan honrado como fino y afectuoso; el de un buen amigo que le admite en su casa con llaneza y amor, que le acoge en ella con noble franqueza, le da generoso su mesa, le socorre con dinero en sus necesidades, y llega, no hay que dudarlo, desconfiado y receloso ya de su delincuente pasión, hasta el punto de transigir con él sobre su trato inmoderado, permitiéndole, si me es dado decirlo, una visita diaria á su mujer: cosa increible si asi no resultase de las declaraciones del proceso.

¡Pero acaso la maldad se sabe contener! ¡Per-

donó jamás á la virtud, ó puede hacer paz con la inocencia! Ciegos más y más los dos alevosos amantes, y como arrastrados de un infernal furor, se buscan y frecuentan á escondidas, y así los hallan los testigos, cual oyó V. A., en los dias inmediatos al 9 de Diciembre en las calles, en los portales, en el paseo, hablando, concertando y alentándose mútuamente por la atrocidad que habían tramado. Aquí fué donde el traidor propuso ejecutarla á su misma presencia, y atarla después para figurar un robo: aquí donde, exclamando ciego en su criminal pasión no poder vivir, sin quitar la vida á su infeliz rival, ella le respondió que caso de morir uno de los dos, era mejor muriese su marido: aquí, por último, donde acordaron el aciago dia del execrable parricidio.

Entretanto Castillo padece una indisposión, que, aunque ligera, le obliga á guardar su casa, y aun á quedarse en cama. Un destino fatal parece que allana, que facilita el camino á los malvados para consumar su iniquidad: esta indisposición, que si por un instante pudiesen dar oidos al grito terrible de su conciencia y su razón, habría de contenerlos y hacerlos temblar y entrar en sí, los acaba de despeñar Sale doña María Vicenta la mañana del desgraciado dia 9 en bus-

ca de su bárbaro amante· hállale, y fráguase entre los dos el sitio, el punto, el modo de ejecutar el parricidio. Él debe ir enmascarado, ella asegurarle la entrada; la seña es una persiana del balcón abierta, y la hora la de las siete á las siete y media de la noche. Hay al medio día una leve desazón del paciente, nacida de su amor, y porque la adúltera no le llevaba la comida: así lo oyó V. A. de boca del otro D. Antonio Castillo, tan fino con su malogrado amigo, como útil por su probidad y su celo al descubrimiento de los reos. La doña María al cabo se tranquiliza ó lo finge así disimulada; pero ciega, ilusa, embebida en su criminal idea, ¿hay paso alguno suyo en toda aquella tarde que no sea, si nos faltasen otras pruebas, un convencimiento claro de su horrible maldad? ¿No se la ve en ella oficiosa, solícita, ocupada en deshacerse de toda la familia para quedarse por dueña de la casa? ¿No se la ve entretener fuera de ella con frívolos encargos á un criado? ¿Empeñarse en hacer salir, ó más bien dijera, echar á empellones al fiel huésped Castillo, á pesar de su ansia y sus ruegos por acompañar al doliente y lo crudo y lluvioso de la tarde? ¿Negar la entrada al cajero que venía á firmar la correspondencia? ¿Y andar en fin echa un Argos, inquieta y azorada por cuantos llamaban

á la puerta. esta mujer indiferente siempre y descuidada en los negocios domésticos, sin solicitud ni vigilancia alguna por el gobierno de su familia? Pero las pisadas del fementido matador suenan en sus torpes oídos, y es forzoso tenerle el paso franco para que ejecute su maldad sobre seguro.

Llega por último el malvado, y ella le recibe gozosa, saliendo entonces de la alcoba del infeliz Castillo de servirle una medicina: hále dejado abiertas las puertas vidrieras para que en nada se pueda detener. Separánse los dos, á entretener ella á sus criadas y él á consumar la alevosía. Entonces fué cuando la fria rigidez del delito, efecto de una conciencia ulcerada y del sobresalto y el terror, ocupó á pesar suyo todos los miembros de la doña María Vicenta; cuando entre las luchas y congojas de su delicuente corazón la vieron sus criadas helando y temblando, fingiendo ella un precepto de su inocente marido, insultándolo hasta el fin, para venir á acompañarlas. ¿Y pudo su lengua articular su nombre? ¿Y ser tan descarada la iniquidad? ¡Oh imprudencia! ¡Oh Perfidia! ¡Oh barbaridad sin ejemplo!

Entretanto el cobarde alevoso se precipita á la alcoba, corre el pasador de una mampára para asegurarse más y más, y se lanza, un puñal en

la mano, sobre el indefenso, el desnudo, el enfermo Castillo. Este se incorpora despavorido, pero el golpe mortal está ya dado, y, á pesar de su espíritu y su serenidad, solo le quedan fuerzas en tan triste agonía para clamar por amparo á su alevosa mujer, *María Vicenta*! *María Vicenta*! repite por dos veces; y ella en tanto entretiene falaz á las criadas, finjiendo desmayarse, el adulterio, y el parricidio delante de los ojos, y la sangre, la venganza y las furias en su inhumano corazón.

Castillo, el infeliz Castillo, que la ha llamado en vano, hace un último esfuerzo y se arroja del lecho entre las angustias de la muerte, lidiando, por defenderse, con el bárbaro agresor: luchan y se agarran los dos, y logra en su agonía arrancarle la máscara, y descubrirle y conocerle, pero él, más y más colérico y despiadado, repite sus agudos golpes y le hiere hasta once veces en el pecho y en el vientre, siendo mortales por necesidad las cinco de sus puñaladas. Cae con ellas la víctima inocente sin aliento, volviendo sin duda sus desmayados y moribundos ojos hacia la misma adúltera que le mandara asesinar; y el matador en tanto, con una serenidad atroz y sin ejemplo, va tranquilo á buscar y cojer dos doblones de á ocho, precio de su horrible atentado, de

la naveta de un escritorio, y á presencia del sangriento y palpitante cadáver.

Permita V. A. que en este instante le trasporte yo con la idea á aquella alcoba, funesto teatro de desolación y maldades, para que llore y se estremezca sobre la escena de sangre y horror que allí se reputa. Un hombre de bien, en la flor de sus dias y lleno de las más nobles esperanzas, acometido y muerto dentro de su casa; desarmado, desnudo, revolcándose en su sangre y arrojado del lecho conyugal por el mismo que se lo manchaba; herido en este lecho, asilo del hombre el más seguro y sagrado; rodeado de su familia, y en las agonías de la muerte, sin que nadie le pueda socorrer; clamando á su mujer, y esta furia, este mónstruo, esta mujer impia haciendo espaldas al parricida, y mintiendo de un desmayo para dar tiempo de huir al alevoso: este infeliz, el puñal en la mano corriendo á recojer con los dedos ensangrentados el vil premio de su infame traición; la desesperación y las furias que lo cercan ya y se apoderan de su alma criminal, mientras escapa temblando y azorado entre la oscuridad y las tinieblas á ponerse en seguro; el clamor y la gritería de las criadas, su correr despavoridas y sin tino, su angustia, sus ayes, sus temores; el tumulto de las gentes, la guardia, la

confusión, el espanto, y el atropellamiento y horror por todas partes.

¡Retira V. A. los ojos! ¡Se aparta consternado! No, señor, no: permanezca firme V. A.; mire bien y contemple: ¡qué cuadro, qué objeto, qué lugar, qué hora aquella para su justísima severidad y sus entrañas paternales, para su tierna solicitud y su indecible amor hacia todos sus hijos! Allí quisiera yo que hubieran podido empezar las diligencias judiciales; allí que hubieran podido ser preguntados los reos en nombre de la ley; allí delante de aquel cadáver aun palpitante y descoyuntado, traspasado, ó más bien despedazado el pecho, caidos los brazos, los miembros desmayados, apagados los ojos, y todo inundado en su inocente sangre; allí, señor, allí, y entre el horror, las lágrimas y la desolación de aquella alcoba; aquí á lo menos poderlos trasladar ahora, ponerlos enfrente de esas sangrientas ropas, hacérselas mirar y contemplar, lanzárselas á sus indignos rostros y causarles con ellas su estremecimiento y agonías. Asi empezaría el brazo vengador de la eterna justicia á descargar sobre ellos una parte de las gravísimas penas á que es acreedora su maldad.

Confirmación.

Así quieren la razón y la ley de Partida que sea la conoscencia ó confesión *sin premia á sabiendas é contra si*, para sujetar al delincuente á la pena del delito: y así han sido, señor, las de don Santiago San Juan y doña María Vicenta Mendieta, reos ambos ante el cielo y los hombres de la injusta muerte de don Francisco del Castillo con una atrocidad sin ejemplo.

¿Pero qué género de muerte? ¿De cuál delito son reos? Decir pudiera que del más negro y horroroso, dejando el regularle á la alta sabiduría de V. A. porque él, mirado bien, es una alevosía cualificada con las circunstancias más crueles; un padre de familia desnudo, desarmado y enfermo es acometido y muerto en su misma cama sobre seguro. Es un asesinato, porque el cobarde matador recoje al instante el vil premio de su iniquidad en los dos doblones de á ocho del escritorio; y este premio, esta paga, este bajísimo interés se le ofreció su aleve compañera para después de la muerte en la mañana de aquel día, por más que se me diga no haber sido precio, sino dávida generosa. Es un parricidio, porque la mujer y su adúltero amigo *se ayudan, y á tuerto y con armas*

matan á su marido é insigne bienhechor, casos comprendidos en este horrible crimen. Es un delito que rompe, destruye, despedaza los vínculos sociales en su misma raiz: un delito contra la seguridad personal en medio de la córte, en el asilo más sagrado y entre las personas más íntimas: un delito que ofende la nación toda, privándola de un hijo de quien eran de esperar inmensos bienes por sus conocimientos mercantiles, su celo y probidad: un delito en fin que ultraja la humanidad y la degrada. El adulterio, el nudo conyugal, las costumbres, la amistad, la patria, el seguro de la córte, el asilo de la casa propia se confunden indignamente en él: todo se conculca, todo se vilipendia, todo se atropella y trastorna, y aumenta todo la atrocidad del atentado.

¿Mas acaso los infelices reos se arrostraron á cometerlo impelidos de circunstancias que lo hagan menos horroroso?

La doña María, se dice, oprimida de un marido cruel, insultada continuamente por su genio altanero, y atropellada y castigada, no hallando otro medio de ponerse en seguro, abrazó este, desgraciado por cierto, pero más digna ella de nuestra tierna compasión que de la severidad y el odio de las leyes.

¡Cuáles nos gobiernan, señor! cuáles nos velan

y defienden! ¡Qué pais vivimos! ¡En qué lugar estamos! Por tan acomodados, tan humanos principios, ¿qué seguridad tendremos ninguno de nosotros de nuestra pobre vida? ¿Quién no temerá hallarse, saliendo de este augusto Senado, con quien por una palabra sin razón, un desaire, un desprecio, un tono altanero y erguido no le prive de ella en un instante, parte y juez á un mismo tiempo en el tribunal de sus venganzas? ¿Será el puñal del ofendido el justo reparador de sus agravios? Un resentimiento, una ofensa, un genio duro, bárbaro si se quiere, ¿autorizan acaso el asesinato ni la negra traición? ¡Sociedad desgraciada si estas fuesen las leyes y velases así sobre tus hijos!

. . . . . .

Nunca, se insiste, pudo la doña María recelar este atentado del ánimo apocado de su adúltero amante. ¡Nunca lo pudo recelar y se embebece con él en el modo de ejecutarlo por más de dos meses! ¡Y va una vez á disuadírselo, agitada de anticipados remordimientos por el último suplicio de otro reo! Y aprobándolo ella, aparenta el traidor su fingido viaje para más bien cubrirlo y deslumbrar! ¡Y ella le llora para más electrizarle! ¡Y da la terrible sentencia de que *caso de morir uno de los dos muriese su marido*! ¡Y le busca y

persigue todos aquellos dias! ¡Y le ceba y le alienta con las dos onzas de oro! ¡Le dá la señal de la persiana! Le habla al entrar en la sala! ¡Y corre artificiosa á entretener las criadas y fingir un desmayo mientras se consuma la negra alevosía! ¿Y se osa decir que no creía que el atentado se ejecutase? ¿Cómo, os pregunto, lo pudiera creer? ¿Cómo concurrir y cooperar á él? ¿Se quiere para esto que ella misma lleve con su mano el puñal del amante y aseste impávida su punta al pecho del enfermo y desarmado marido? Así tampoco concurrirá al robo el ladrón que tiene la escala por donde sube el compañero, ó apunta con el trabuco al caminante mientras otro le registra y ata.

Quisiera. Señor, quisiera ser indulgente y poderme contener: acaso mis palabras herirán con mas calor que el conveniente al ministerio de templada severidad que ejerzo en nombre de la ley. Pero tan horrible maldad me despedaza el corazón: dad algún alivio á mi justo dolor y mi ternura: el malogrado cuya muerte persigo, era por desgracia mi amigo; conocílo por la rara opinión con que corría su nombre; y cuando se prometía y yo me prometía unirnos con mi nuevo destino en lazos de amistad más estrechos; le veo robado para siempre de entre nosotros y perdido

para los buenos y la patria por la crueldad de una ingrata mujer y de un amigo tan cobarde como fementido.

Por último, se dice que esta infeliz mujer estaba sin libertad ni capacidad alguna para tan gran maldad. Feble y apocada por naturaleza, añadía á la debilidad de su sexo la de su propia constitución, y una pasión furiosa la había convertido en una máquina que solo recibía su impulso y movimientos de las insinuaciones del adúltero. Así se la ve después ni sentir cual debiera la muerte del marido, siquiera por la decencia y su seguridad, ni mudar de semblante, impasible, cuando se la prende, ni entristecerse por su encierro y dura soledad, ni faltarle en fin el apetito entre los horrores de la cárcel hasta dormir en ella con el mayor sosiego.

Esto se ha dicho por su defensor. Esto se ha dicho. ¡Y podrá sufrirse con paciencia! ¡Era tímida la que sabe exclamar á su alucinado amante *que, caso de morir uno de los dos, muriese su marido*! ¡Era débil la que se arroja á él y le llena de *arañas*! ¡La que insiste, al intentarla separar, en que, *la dejen, que ella sola basta para acabarle*! ¡Tímida la que se ceba, se complace por tantos dias en un proyecto tan horrible! ¡La que ve con impávida serenidad el alevoso puñal en la mano!

Apocada la que, á pesar de las continuas reconvenciones del inocente asesinado, continúa ciega en sus criminales amistades! ¡La que anda á todas horas de calle en calle, de posada en posada en busca del don Santiago!—Pero la pasión de este infeliz la tiene electrizada, sin deliberación, frenética y sin sexo.—¡Extraña jurisprudencia! ¡Singular raciocinio! ¡Raro modo por cierto de defender un reo y disculpar sus delitos! Así el ladrón pudiera excepcionar que su pasión le ciega; que la idea seductora del dinero le quita enteramente la libertad de obrar, y que no está en su mano, si lo ha visto, dejar de arrebatarlo: el adúltero, que la hermosura y los encantos de la madre de familia honesta le inflama y le enloquece; y el torpe violador que en una constitución toda de fuego no le es dado calmar la imperiosa fuerza de su temperamento, ni domar en nada su brutal desenfreno. Ningún delito será imputable por estos horrorosos principios; ninguno lo sería si por desgracia fuesen verdaderos; porque, ¿cuál hay que no nazca de una pasión furiosa? ¿O qué delincuente, por endurecido en el mal, al cometer sus atentados estará sereno? No negaré tal vez que la memoria aguda de su maldad y mil tristes presentimientos tengan al presente como estúpida á la doña María: así tam-

bién suelen estarlo los mayores facinerosos cuando se ven en una carcel, abandonados al gusano roedor de sus conciencias, delante de sí la horrible imagen de sus atrocidades; y desnuda sobre su garganta la espada de la ley: que *el mayor corazón se pierde, el más despierto consejo se confunde á la vista de los delitos.* Pero no son por esto menos delincuentes; sus pasiones indóciles y su pervertida razón no pueden impedir el saludable efecto de las leyes en la dirección de las acciones, ni eran ellos estúpidos al cometer el mal. No lo era, no, la desgraciada doña María Vicenta, combinando exactamente las infernales operaciones del desastrado dia 9: no lo era, volviendo en él á su casa á la una y media de la tarde, enfermo y en cama su marido, de acordar el parricidio con su alevoso amante.

. . . . . .

Ninguno, pues, de los dos tiene ni sombra de disculpa con que disminuir lo atroz del atentado: este fué el mayor que pudo cometerse, y yo por cierto, como dije antes, no alcanzo á señalarle lugar entre los delitos. Él ataca la seguridad personal hasta en lo más íntimo y sagrado; ataca el santo nudo conyugal, y le rompe impiamente y despedaza; ataca las costumbres públicas y cuanto hay de más augusto y venerable sobre la

tierra. Con este ejemplo fatal ¿quién fiará de nadie, si debe recelar hasta de su mujer? ¿Quién abrirá su corazón á la dulce amistad, si el amigo asesina? ¿Quién á la generosidad y la beneficencia, si es su premio la muerte? ¿Quién en su lecho podrá dormir tranquilo, si en el suyo, cercado de gentes y criados, no se vió seguro el desgraciado don Francisco Castillo? No encuentro ciertamente, lo repito, Señor, no encuentro ni pensamientos ni palabras para su horrible deformidad.

Así todos los pueblos le han perseguido y castigado con las mayores penas, igual en este punto la antigüedad remota con la edad presente.

Legisladores ha habido que no se atrevieron ni aun á nombrarlo en sus códigos, creyendo imposible en la naturaleza un crímen tan enorme. Mas á cuantos lo han hecho la muerte les ha parecido poco, y ha sido preciso inventar y añadirle aparatos y circunstancias que la hagan á la imaginación más y más espantable. Los antiguos egipcios punzaban todo el cuerpo del parricida con cañas muy agudas; revolvíanlo después en un haz de espinas, y le pegaban fuego. Los griegos le apedreaban hasta morir. Entre los virtuosos romanos, después de azotado crudamente, se le encerraba en un saco con ciertos

animales fieros para hacerle su fin más doloroso. En otra parte se le enterraba vivo; en otras se despedazaban sus miembros con ardientes tenazas; en otras se abrasaban y rompían en una rueda. Una ley del antiguo *Fuero Juzgo* le señalaba la pena capital, repartida su hacienda entre todos los herederos del difunto. Nuestro gran legislador don Alfonso, siguiendo como suele en sus partidas los pasos de los sabios romanos, ordena en fin en la ley del título *de los Omecillos* que, «si el padre matare al fijo, ó el fijo al padre, ó el marido á su mujer, ó la mujer á su »marido, ó cualquiera que diese ayuda ó consejo »porque alguno de los dichos muriese á tuerto »con armas ó con yerbas, paladinamente ó encubierto, quier sea pariente del que así murie»se, quier extraño, que este tal que fizo esta ene»miga, que sea azotado públicamente ante todos, »é desí que lo metan en un saco de cuero, é que »encierren con él un can, é un gallo, é una cule»lebra, é un jimio, é después que fuere en el sa»co con estas cuatro bestias, cosan la boca del »saco, é láncelos en el mar, ó en el rio que fuere »más cerca de aquel lugar do acaesciere.» Así la ley, señores.

Peroración

Y vosotros, sabios ejecutores de ella, rectísimos ministros de la santa justicia, ¿podreis á su vista dudar un solo instante en imponer la clarísima pena que señala á los dos desgraciados parricidas doña María Vicenta de Mendieta y don Santiago San Juan? Otro os dijera, arrebatado de su celo, que el fatal cadalso se levantase enfrente de la casa, teatro del horrendo delito. Él es tan atroz en si mismo, y por sus funestas consecuencias en el orden social que merece que le deis el mayor aparato judicial para que imponga y amedrente á los malvados. Los grandes atentados exigen muy crudos escarmientos; este, señores, es el más grave que pudo cometerse. En esta perversión y abandono brutal de las costumbres públicas; en esta funesta disolución de los lazos sociales; en esta inmoralidad que por todas partes cunde y se propaga con la rapidez de la peste; en este fatal egoismo causa de tantos males; en este olvido de todos los deberes; cuando se hace escarnio del nudo conyugal; cuando el torpe adulterio y el corrompido celibato, van por todas partes descarados y como en triunfo apartando á los

hombres de su vocación universal y proclamando altamente el vicio y la estéril disolución; en estos tiempos desastrados; este lujo devastador que marcha rodeado de los desórdenes más feos; estos matrimonios que por todas partes se ven indiferentes ó de hielo por no decir más; un delito contra esta santa unión exige toda vuestra severidad; un delito tan horroroso la merece más particularmente; y esas ropas acuchilladas que recuerdan su infeliz dueño; esa sangre inocente en que las veis teñidas y empapadas clamándoos por su justa venganza: la virtud que os la presenta cubierta de luto y desolada; ese pueblo que teneis delante, conmovido y colgado de vuestra decisión; el rumor público que ha llevado este negro atentado hasta las naciones extrañas; la patria consternada, que llora á un hijo suyo malogrado, y hundidas con él mil altas esperanzas; el Dios de la justicia que os mira desde lo alto, y os pedirá algún día estrechísima cuenta del adúltero y del parricida; vuestra misma seguridad comprometida y vacilante sin un ejemplar castigo; todo, Señores, os grita, todo clama, todo exige de vosotros la sangre impía de estos alevosos. Fulminad sobre sus culpables cabezas en nombre de la ley la solemne pena por ella establecida; y paguen con sus vidas, paguen al instante, la vida

que arrancaran con tan inaudita atrocidad. Sean ejemplo memorable á los malvados, y alienten y reposen en adelante la inerme inocencia y la virtud, estando vosotros para velar sobre ellas, ó á lo menos vengarlas.

IV.

ORATORIA ACADÉMICA

Don Marcelino Menèndez Pelayo

Discurso de entrada en la Real Academia Española.

Fragmento

SEÑORES:

Si fué siempre favor altíisimo y honra codiciada la de sentarse al lado vuestro; si todos los que aquí vinieron tras larga vida de gloria para sí propios y para las letras, encontraron pequeños sus méritos en parangón con el lauro que los galardonaba, y agotaron en tal ocasión las frases de obsequio y agradecimiento, ¿qué he de decir yo,

que vengo á aprender donde ellos vinieron á enseñar, y que en los umbrales de la juventud, cubierto todavía con el polvo de las aulas, no traigo en mi abono, como trajeron ellos, ni ruidosos triunfos de la tribuna ó del teatro, ni largos trabajos filológicos, de los que apuran y acendran el tesoro de la lengua patria? Pero no temais, Señores, que ni un momento me olvide de quien sois vosotros y quien soy yo; y si de mis discípulos nunca me tuve por maestro, sino por compañero, ¿qué he de juzgarme en esta Academia sino malo y desaprovechado estudiante?

Y aumenta mi confusión el recuerdo del varón ilustre que la suerte, y vuestros votos, me han dado por predecesor. Poco le conocí y traté (y eso que era refugio y consuelo de todo principiante); pero, ¿cómo olvidarle, cuando una vez se le veía? Enamoraba aquella mansedumbre de su ánimo, aquella ingénita modestia, y aquella sencillez y candor como de niño, que servían de noble y discreto velo á las perfecciones de su ingenio. Nadie tan amigo de ocultar su gloria y de ocultarse. Difícil era que ojos atentos descubriesen en él al gran poeta.

Y eso era antes que todo y sobre todo, aunque el vulgo literario dió en tenerle por erudito, bibliotecario é investigador, más bien que por vate

inspirado. Otros gustos, otra manera de ver y de respetar los textos, una escuela crítica más perfecta y cuidadosa, han de mejorar (no hay duda en ello) sus ediciones, hoy tan estimables, de Lope, Tirso, Alarcón y Calderón: libre será cada cuál de admitir ó rechazar sus ingeniosas enmiendas al *Quijote*; pero sobre los aciertos ó los caprichos del editor se alzará siempre, radiante é indiscutida, la gloria del poeta. Gloria que no está ligada á una escuela ni á un período literario, porque Hartzenbusch solo en los accesorios es dramático de escuela, y en la esencia dramático de pasión y de sentimiento. Por eso queda en pie, entre las ruinas del Romanticismo, la enamorada pareja aragonesa, gloriosa hermana de la de Verona, y resuena en nuestros oídos, tan poderoso y vibrante como le sintieron en su alma los espectadores de 1836, aquel grito, entre sacrílego y sublime, del amador de Isabel de Segura:

—«En presencia de Dios formado ha sido.

— Con mí presencia queda destruído.»

Y al lado de *Los Amantes de Teruel* vivirán, aunque con menos lozana juventud y vida, *Doña Mencia*, *Alfonso el Casto*, *Un si y un no*, *Vida por honra y La ley de raza*. Podrá negarse á sus dramas históricos como á casi todos los que en España hemos visto, color local y penetración del es-

píritu de los tiempos, ni era esta la intención del autor; pero, ¿cómo negarles lo que da fuerza y eternidad á una obra dramática, lo que enamora á los doctos y enciende el alma de las muchedumbres congregadas: la expresión verdadera y profunda de los efectos humanos.

La vena dramática era en Hartzenbusch tan poderosa que llegaba á ser exclusiva. Su personalidad, tímida y modesta, se esfuma y desvanece entre las arrogantes figuras de sus personajes. Por eso no brilló en la poesía lírica sino cuando dió voz y forma castellana al pensamiento de Schiller en el maravilloso *Canto de la Campana*, el más religioso, el más humano y el más lírico de todos los cantos alemanes.

Reservado queda á los futuros biógrafos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch hacer minucioso recuento de todas las joyas de su tesoro literario, sin olvidar ni sus delicadísimas narraciones cortas, entre todas las cuales brilla el peregrino y fantástico cuento de *La hermosura por castigo*, superior á los mejores de Andersen, ni sus apólogos, más profundos de intención y más poéticos de estilo que los de ningún otro fabulista maestro; ni los numerosos materiales que, en prólogos y disertaciones, dejó acopiados para la historia de nuestro teatro. Y nada más diré; hay nombres

que abruman al sucesor, y esto, que en boca de otros pudo parecer retórica, es en mí sencilla muestra de admiración ante una vida tan gloriosa y tan llana, y á la vez tan mansa y apacible, verdadera vida de hombre de letras y de varón prudente, hijo de sus obras y señor de sí, exento de ambición y de torpe envidia, ni ávido ni despreciador del popular aplauso.

¿Cómo responder, Señores, ni aun de lejos, á lo que exigen de mi tan gran recuerdo y ocasión tan solemne? Por eso busqué asunto, que, con su excelencia y con ser simpático á toda alma cristiana y española, encubriese bajo los quilates de mi estilo y doctrina, y me fijé en aquel género de poesía castellana por el cual nuestra lengua mereció ser llamada lengua de ángeles. Permitidme, pues, que por breve rato os hable de *la Poesía mixtica en España*, de sus carácteres y vicisitudes y de sus principales autores.

Poesía *mística* he dicho para distinguirla de los varios géneros de poesía sagrada, devota, ascética y moral, con que en el uso vulgar se la confunde, pero que en este santuario del habla castellana, justo es deslindar cuidadosamente. Poesía mística no es sinónimo de poesía cristiana: abarca más y abarca menos. Poeta místico es Ben-Gabirol, y con todo eso no es poeta cristiano,

ni devoto, ni gran teólogo ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica ó filosofía primera que va por camino diverso aunque no contrario, al de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones; pero llega más adelante: aspira á la *posesión de Dios por unión de amor* y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo. Este es el *misticismo* como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda que de él nacen una teología mística y una ontología mística en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del sér, á que el seco razonamiento no llega; y una psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raices del amor propio y de los afectos humanos, y una poesía mística, que no es más que la traducción en forma de arte de todas estas teologías y filosofías, animadas por el sentimiento personal y vivo del poeta que canta sus espirituales amores.

Solo en el cristianismo vive perfecta y pura esta poesía; pero cabe, más ó menos enturbiada, en toda creencia que afirme y reconozca la per

sonalidad humana y la personalidad divina, y aun en aquellas regiones, donde lo divino ahoga y absorbe á lo humano, pero no en silenciosa unidad, sino á modo de evolución y desarrollo de la infinita esencia en fecunda é inagotable realidad. Por eso no es fruto, ni del deismo vago, ni del fragmentario y antropomórfico politeismo. Por eso los griegos no alcanzaron ni sombra ni vislumbre de ella. Donde los hombres valen más que los dioses, quién ha de aspirar á la unión extática, ni abismarse en las dulzuras de la contemplación? La excelencia del arte heleno consistió en ver donde quiera la forma, esto es el límite; y la excelencia de la poesía mística consiste en darnos un vago sabor de lo infinito, aun cuando lo envuelva en formas y alegorías terrestres.

(Estudios de crítica literaria.)

SECCIÓN TERCERA

DIDÁCTICA

I.

OBRAS HISTÓRICAS

Fernando del Pulgar

El Marqués de Santillana

Era hombre agudo é discreto, é de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni las pequeñas le placía entender. En la continencia de su persona é en razonar de fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien, é nunca le oian decir palabra que no fuese notar, quien para doctrina; quien para placer. Era cortés é honrado de todos los que á él

venian, especialmente de los hombres de ciencia. Como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio la necesidad, que despierta el buen entendimiento, é el corazón grande, que no deja caer sus cosas, le ficieron poner tal dilijencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos sus bienes. Era caballero esforzado, é ante de la facienda cuerdo é templado, é puesto en ella era ardid é osado; é ni su osadia era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamás punto de cobardía.

(Claros varones de Castilla.)

D. Diego Hurtado de Mendoza

Del libro 1.º

Había en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvasen y estuviesen seguros en lugares de señorío: cosa que mirada en común y por la haz, se juzgaba que daba causa á más delitos, favor á los malhechores, impedimento á la justicia y desautoridad á los ministros della. Pareció, por estos inconvenientes, y por ejemplo de

otros estados, mandar que los señores no acojiesen gente de esta calidad en sus tierras, confiados que bastaba solo el nombre de justicia para castigallos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse á vida sosegada. También les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres dias; mas despues que les juntaron los refugios, perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse á vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltear caminos, robar y matar. Entró luego la duda, tras el inconveniente, sobre á qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdicciones; y no obstante que los generales acostumbrasen hacer estos castigos, como parte del oficio de la guerra, cargaron, á color de ser negocio criminal, la relación apasionada ó libre de la ciudad, y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al Capitan General. Dióseles facultad para tomar á sueldo cierto número de gente, repartida pocos á pocos, á que usurpando el nombre, llamaban cuadrillas, ni bastante para asegurar, ni fuertes para resistir. Del desdén, de la flaqueza de provisión, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participaba de guerra, nació el descuido, ó fuese

negligencia ó voluntad de cada uno, que no acertase su émulo. En fin fué causa de crecer estos salteadores (monfiés los llamaba la lengua morisca) en tanto número, que para oprimillos ó reprimillos no bastaban las unas ni las otras fuerzas. Esto fué el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos, y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra.

(Guerra de Granada.)

Del Padre Mariana

Discurso de Pelayo á sus tropas

«Conviene usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte, sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnición de moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca nombre de cristiano, que no se venga luego á nuestro campo. Sólo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza

de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazón, que esta es buena ocasión para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religión, por los hijos, mujeres, parientes y amados, que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros; y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algún remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaos que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron é hicieron caer en tantos males; las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Direis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿cuánto más pesado es que los hijos y mujeres hechos esclavos sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¡Oh grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares, y el deseo del sosiego por

ventura os entretiene. Engañais os sí pensais que los particulares se pueden conservar destruída y asolada la república: la fuerza desta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pié. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen ¿cómo podrá esta tierra estéril y menguada de todo sustentar tanta gente como se ha recojido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sinó los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se puede esperar que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura que tratamos con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mi toca, estoy determinado

con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bién que muy grande por el bién común muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme enemigo no más á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas, y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinase de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos para entender á los cobardes que no son los enemigos los que más deben temer.»

(Historia de España.)

R. P. Maestro Fray Enrique Florez

También es común deducir el nombre de *Burgos* de la lengua alemana con motivo de un caballero llamado *Nuño Belchides*, que dicen era Aleman, y vino en romería á Santiago de Galicia: y casó con una hija del Conde D. Diego, á quien el Rey D. Alfonso III. mandó poblar la Ciudad: y de aquí toman la ocasión de nombrar *Burgos* á la Ciudad, por llamarse así las aldeas en Alemán.

Yo quisiera que dieran pruebas de ser extranjero, y de Alemania, el expresado *Nuño*: pero ni las dan ni yo las he encontrado, ni otros que empezaron á dudarlo, desde Garibay lib. 19, cap. 5, y realmente el nombre de Nuño es todo nuestro, no Tudesco, Alemán, si de Colonia; y ya vimos que desde el tiempo de los Romanos, y de los Godos, era conocido y usado entre los Latinos el nombre de Burgos. Pudo pues ser usado acá, sin necesitar recurrir á Príncipe extranjero,

Poco después de poblarse la Ciudad de Burgos, nació en ella para eterna gloria suya, y honor de la cristiandad el exclarecido héroe *Fernan-González*, que si como fué príncipe en lo civil hubiera sido personaje eclesiástico, nos diera copiosísimo asunto para formar un libro lleno de mil proezas. Ahora le mencionamos por honor de la patria, y por las muchas menciones que corren de su nombre aún en la línea Eclesiástica, pues fué insigne bienhechor y propagador de la Iglesia. La casa donde nació quedó bien señalada en Burgos donde hasta hoy se conserva el *Arco Triunfal*, que para eterna memoria erigió á su nombre la Ciudad con nueve pirámides en la forma que la estampa representa á la vista: y por cuanto la inscripción no cabe en tarjeta, la ponemos aquí:

FERNANDO GONSALVI CASTELÆ ASSERTORI. SUÆ ÆTATIS PRÆSTANTISSIMO DUCI. MAGNORUM REGUM GENITORI. SVO CIVI. IN TUS DOMVS AREA SVPTV PVBLICO AD ILLIVS NOMINIS. ET VRBIS GLORIÆ MEMORIA SEMPITERNAM

Después de éste produjo Burgos otro de los mayores Héroes del mundo, Rodrigo Diaz, llamado el CID, apellidado de *Bivar*, por ser Señor de *Bivar* lugar corto al Norte de Burgos, cosa de dos leguas. El nacimiento se le pone en el año de 1026, el bautismo en la Parroquia de S. Martin: la casa conservó el nombre de *las Casas del Cid*, que el monasterio de Cardeña, su heredero, cedió á la Ciu lad por un corto censo anual, como dice Berganza *(T I. pag. 398)*. La genalogía de estos dos esclarecidos Príncipes, conforme anda recibida, queda puesta arriba en el cap. 7 título de *Castilla*. En el Tomo siguiente daremos su Retrato al hablar del Real Monasterio de S. Pedro de Cardeña, que era sus delicias y tiene su venerable cuerpo.

(España Sagrada.)

De D. Modesto de la Fuente

Retrato de Fernando III. (el Santo) de Castilla.

Fernando, mancebo de diez y siete años cuando fué llamado á suceder á otro monarca tan joven como él, y á regir una monarquía agitada por las ambiciones y perturbada por las parcialidades, teniendo que hacer frente á magnates turbulentos, codiciosos y osados, y que contrarrestar la envidia y el enojo y resistir los ataques de un padre, poseedor entonces de un reino más vasto y dilatado que el suyo, comienza á desplegar en su edad juvenil aquella prudencia precoz, aquellas prendas de príncipe que le auguraban gran soberano cuando alcanzara edad más madura: y aplacando al rey de León, sometiendo y escarmentando á los soberbios Laras, previniendo ó frustando las pretensiones y tentativas de otros díscolos é indóciles señores, deshace las maquinaciones, conjura las tormentas, reprime el espíritu de rebelión, y vuelve la paz y el sosiego á un reino que encontró conmovido y despedazado. Pero Fernando tenía á su lado un genio benéfico,

un angel tutelar que le conducía y guiaba y era su Mentor en los casos árduos y en las situaciones difíciles. Este Mentor, este angel, este genio, era una mujer, era una madre, era la reina doña Berenguela, modelo de princesas, tipo de discreción y gloria de Castilla.

(Historia general de España.)

D. Pedro Antonio de Alarcón

Batalla de Tetuan

Campamento enemigo, á 4 de Febrero de 1860.

¡Victoria! ¡Victoria! ¡Dios ha combatido con nosotros! ¡Ya no tenemos enemigos! ¡Tetuán será nuestro dentro de algunas horas! ¡Gloria á España! ¡Gloria á nuestro caudillo, al afortunado O'Donnell! ¡Gloria á nuestro invencible ejército!

¡Echad las campanas á vuelo; vestíos de gala; corred á los templos y alzad himnos de gratitud al Dios de las misericordias! ¡Regocijaos, españoles; pasead en triunfo por ciudades y aldeas, por campos y montañas el pabellón morado de Castilla! Empavesad los barcos; prended de los balcones vistosas colgaduras; recorred toda nues-

tra tierra con músicas y cantares; visitad los sepulcros de nuestros mayores; despertad de su sueño eterno á los once Alfonsos, á los Sanchos, Fernandos y Ramiros, á Isabel y á Cisneros, al Cid y á D. Juan de Austria; encomendad al padre Tajo que lleve la fausta nueva á nuestro hermano el Portugal; repique gozosamente la campana de la Vela; cubrid de negros paños el Alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada; sembrad de flores las llanuras del Salado, de las Navas y de Clavijo; resuenen desde Irún á Trafalgar y desde Reus á Finisterre salvas y aplausos, vítores y serenatas; canten los poetas; entonen un *Te-Deum* los sacerdotes; enjuguen su llanto las madres, las huérfanas y las viudas que han perdido en esta guerra las mas queridas prendas de su alma, y séales el sueño leve y gloriosa la resurrección á los ínclitos héroes que acaban de morir á nuestro lado!

¡Oh! ¡qué felicidad, amigo mío! La mera fecha de esta página te dirá más que yo pudiera hacerte comprender aunque poseyera una facundia inagotable. ¡Hemos vencido una vez más! ¡Hemos vencido de una vez para siempre! ¡Hemos coronado nuestra larga obra!

Estamos sobre Tetuán: los campamentos enemigos han caido en nuestro poder: los ejércitos

marroquíes huyen deshechos y atribulados por esas montañas. Sus cañones, sus tiendas, sus equipages, sus víveres, todo lo han dejado en nuestras manos. Te escribo en la tienda del príncipe y general Muley-Hamet. Nuestros más humildes soldados dormirán esta noche sobre las alfombras y bajo las tiendas de los vencidos jefes del imperio. El pabellón de España ondea sobre la torre de Geleli, sobre la tienda de Muley-Abbas, sobre cien quintas y caseríos!—La retreta que tocan en este instante nuestras músicas es repetida por los ecos de las murallas de Tetuán. Nuestros cañones, puestos ya en batería, amenazan á la ciudad infiel: solo la clemencia y el respeto á la desgracia nos impiden reducirla á escombros en breves momentos..... ¡Qué triunfo tan rápido, tan completo, tan maravilloso!

. . . . . .

. . . . . .

Recordemos el día de hoy: retrocedamos á nuestro antiguo campamento: describamos la portentosa batalla antes que nuevas impresiones borren ó empalidezcan sus vivísimas imágenes, impresas ahora en mi imaginación con caractéres de lumbre.

. . . . . .

. . . . . .

A eso de las diez se saludaron al fin los dos ejércitos. Una de las lanchas cañoneras que subían por el Martín, protegiendo nuestro flanco izquierdo contra el fuego que á mansalva hubiera podido hacérsenos desde el lado allá del río, avistó algunos moros que venían por aquel lado y les hizo fuego. Este primer cañonazo bastó para alejarles; pero, como si aquella hubiese sido una señal aguardada con impaciencia, á nuestro disparo respondieron inmediatamente los cañones moros que guarnecían sus parapetos, y dióse por principiada la batalla.

Los gruesos proyectiles que nos lanzaba el enemigo, alcanzaban á nuestros batallones, si bien no les causaban daño alguno. Los artilleros marroquíes tiraban por elevación, y las balas caían siempre en los claros de las filas, cual si un impulso providencial las apartase de sobre nuestras cabezas.

Seguimos, pues, caminando sin atender á aquel formidable fuego ni contestarle por entonces. Nuestras masas continuaron alineadas y unidas como en un simulacro; las que encontraban un pantano ó una laguna penetraban en el agua sin perder la formación, y así llegamos á situarnos á unos mil setecientos metros de las baterías contrarias.

Su cañoneo era cada vez más vivo. La torre de Gelelí había unido sus disparos á los de la llanura; los globos de plomo pasaban zumbando sobre nuestra frente como aereolitos atraidos por la tierra; las columnas de aire que conmovían, azotaban á veces nuestro rostro, y el golpe seco y ahogado que daban al sepultarse en el suelo, se parecía al último resoplido del toro cuando fenece ó de la locomotora cuando se para.

Los moros, entre tanto, viendo que nuestro movimiento era siempre de frente y con dirección al ángulo derecho de sus trincheras, comprendieron en parte nuestro plan; y dejando á sus cañones y á sus infantes el cuidado de defender los amenazados campamentos, avanzaron por nuestra derecha en número de cuatro ó cinco mil ginetes con el visible propósito de interponerse entre nuestro ejército y las posiciones que acabábamos de abandonar, y atacarnos por retaguardia cuando más empeñados estuviéramos por el frente.

Pero el general Odonnell no se inquietó por esto. Lo admirable de su plan era haber adivinado y prevenido todo lo que los mahometanos habían de intentar hoy. El cuarto cuerpo de ejército, que permanecía inmóvil y sobre las armas, en el reducto de la Estrella, no tenía hoy otra

misión que evitar el que los moros nos envolviesen de la manera que ya pensaban hacerlo. Dejó, pues, el Conde de Lucerna que el general Rios se entendiese con la caballería africana y continuó su resuelta marcha de frente á los cañones enemigos.

Estos menudeaban sus disparos, causándonos insignificantes pérdidas, pues casi siempre teníamos la fortuna de que sus proyectiles cayesen en los claros de los batallones; llegamos en fin, á encontrarnos á un kilometro de sus baterías, y solo entonces mandó el general en jefe hacer alto á nuestras masas y avanzar á la artillería de reserva.

Diez y seis cañones ocuparon instantáneamente nuestra vanguardia y rompieron un vivísimo fuego contra la posición enemiga. Una densa cortina de humo nos robó por un instante la vista del campamento moro: un largo trueno ensordecía el espacio, y la soledad salvaje de los montes circunvecinos se extremeció hondamente con el fragor de la descomunal batalla.

¡Magnífica, soberbia sinfonía: digno prólogo de la espantosa tragedia que se preparaba!—¿Cómo olvidar nunca estas imponentes emociones.

Ya en adelante la ruidosa tempestad fué aumentando en rápido *crescendo*. A la artillería de

reserva, que empezó á ganar terreno, marchando por baterías, unió pronto sus bárbaros estampidos la artillería rayada de á cuatro, de la que un regimiento entero salió al galope por la izquierda, principiando á batir el flanco derecho de los contrarios.

Aflojó, en su consecuencia, un poco el fuego de las piezas enemigas. El nuestro, en cambio, se duplicó en breves instantes. Dos nuevos regimientos de artillería, seguidos y sostenidos por los treinta y dos batallones de infantería, que volvieron á ponerse en marcha, entraron juntos en acción, vomitando granadas encendidas y mientras que dos baterías más, del segundo regimiento montado, cañoneaban la extrema izquierda del campamento moro y rechazaban algunas fuerzas de infantería y caballería que bajaban á apoyar á los seis mil ginetes agrupados en torno de las posiciones del general Rios.

. . . . . .

. . . . . .

Mas nuestros impávidos artilleros no desisten de su propósito, y adelantados á todo el ejército, á pecho descubierto, y no detras de espesas murallas como los marroquíes, colocan en batería cuarenta piezas y rompen un cañoneo horroroso, cerrado, permanente, sobre los fuertes enemigos.

¡Nunca faltaban al aire diez ó doce granadas; nunca se interrumpía el prolongado trueno de los bronces!

Alzanse entonces nubes de polvo en las baterías contrarias.....

¡Es la trinchera que se derrumba!

Muchas granadas entran el campo contrario y revientan á nuestra vista incendiando las tiendas y destrozando á los hombres, cuyos miembros rotos vemos saltar por el aire.....

¡Todo inútil! Nada quebranta el desesperado valor y heróica constancia que hoy sienten los agarenos.

De pronto, elévase una anchísima, densa y aplomada columna de humo, que arrancando de entre las tiendas ismaelitas va á levantarse hasta el infinito cielo. Un estruendo nunca oido; una tremenda conmoción del aire, superior al estampido de mil truenos, resuena inmediatamente en aquel lugar, haciendo estremecerse hasta el húmedo suelo que pisamos.....

¡Oh fortuna! ¡una granada nuestra había caido en uno de sus repuestos de pólvora y lo había volado!—¡Qué regocijo en nuestras filas! ¡cómo se adivinan los estragos que había producido este contratiempo en los reales enemigos!

Y nnestra artillería avanza siempre; corriendo

y disparando, estrechando cada vez más en un círculo de bronce, el codiciado campamento.

Las baterías de á caballo se baten en guerrilla....

Hay una, la del capitán Alcalá, que gallardea enteramente delante de los cañones marroquíes!

Y todos avanzan otra vez lentamente, paso á paso, con pasmosa serenidad.....

Y todos se sienten inflamados por el olor de la pólvora, por el estallido de los cañones, por la proximidad de la presa.....

¿Cuándo? ¿cuándo? parece que dicen nuestros soldados, nuestros bizarrísimos infantes, requiriendo sus bayonetas.....

¿Cuándo? ¿cuándo? parece que preguntan Ros de Olano y Prim fatigando sus impacientes bridones á la cabeza de sus ordenadas tropas.....

¿Cuándo? ¿cuándo? esclama todo el mundo viendo caer deshechos á algunos, (muy pocos) de nuestros soldados bajo las ponderosas balas enemigas.....

—*¡Ahora!*—¡Ya!—¡Viva la reina! *¡A la bayoneta! ¡A ellos!* grita de pronto el general O'Donnell, cuando calcula que nuestra infantería puede llegar de un solo aliento, de una sola carrera á las trincheras moras, y saltarlas y penetrar en los campamentos.....

—¡Á la bayoneta! ¡á ellos! contestan veinte mil voces.

Y todas las músicas, todas las cornetas, todos los tambores repiten la señal de *ataque*. Y los treinta y dos batallones, y la caballería, y el cuartel general, y la artillería, y los ingenieros, ¡todos en fin! acometen furiosamente á las posiciones enemigas como impulsados por un solo y mágico resorte, como un pantano que rompe su dique, como la mar cuando la arroja sobre la playa un terremoto.

¡Oh momento!—Yo no sé; yo no puedo describirlo. Su mero recuerdo inflama mis sentidos y acumula las lágrimas en mis ojos...—¡Qué embriaguez! ¡Qué vértigo! ¡Qué fanatismo! ¡Qué locura aquélla!—La alegría, el furor, el entusiasmo, la soberbia española, el miedo de que los moros tuvieran tiempo para rehacerse y nuestros soldados para cansarse, la súbita aparición de la patria regocijada por tan hermoso triunfo, la admiración y la gratitud que los unos sentimos hácia los otros, la larga agonía pasada, la desesperación hasta entonces reprimida, la curiosidad ansiosa de pisar el campamento árabe, todo nos enardecía, todo nos arrebataba, todo nos trastornó la razón hasta tal punto que, jóvenes y viejos, próceres y reclutas, todos se saludaban, todos se

hablaban sin conocerse, todos se daban la mano, todos reían y lloraban á un mismo tiempo como los que se vuelven locos de felicidad!

Y sin embargo, aquel momento era horrible, era mortal; era desastroso. Corriendo como íbamos, entre músicas y aclamaciones, entre *vivas* y jubilosa fiesta, mil y mil tiros nos recibian á boca de jarro. Treinta mil enemigos guarnecían las dilatadas trincheras; treinta mil espingardas nos apuntaban al corazón.....

Y ¡cómo caían nuestros jefes, nuestros oficiales, nuestros soldados! ¡Cuántos, cuántos, Dios mío! —Fueron treinta minutos de lucha, treinta minutos solamente..... y más de mil españoles se bañaban en su sangre generosa!

Pero ¿qué importaba? ¿Ni quién reparó en ello? ¿Qué importaba si nuestras tropas habían acometido de frente, escalado el muro de tierra con pies y manos, derribado á las numerosas huestes que las guardaban, tomando los cañones á la bayoneta, después de recibir sus últimos y mortíferos disparos á quema-ropa, invadido el campamento como una inundación, luchado cuerpo á cuerpo, fuera y dentro de la tiendas, entre los cañaverales y los árboles sembrando de muertos su triunfal camino y puesto en vergonzosa fuga á todo el ejército mahometano.

EFEMÉRIDES

14 de Diciembre de 1591.—Muere San Juan de la Cruz, insigne teólogo y místico.

25 de Mayo de 1681.—Muere en Madrid el eminente dramaturgo D. Pedro Calderón de la Barca.

21 de Julio de 1702.—Nace en Villadiego (Burgos) el ilustrado historiador Fray Enrique Florez.

19 de Julio de 1808.— Gloriosa batalla de Bailén.

2 de Agosto de 1880.—Muere en Madrid el docto literato é inspirado poeta D. Juan Eugenio Hartzembusch.

28 de Mayo de 1901.—Ábrese al culto, después de restaurada, la Catedral de León.

II.

OBRAS DIDÁCTICAS NO HISTÓRICAS

D. Alfonso X

Partida II, Titulo VII

Amor é temor son dos cosas que ha mucho menester, que haya aquel que ha de recibir enseñamiento é castigo de otro. E por ende, como quier que el Rey, é la Reyna son tenudos de dar Ayos á sus fijos, con todo, esso cosas y ha, que les deuen ellos mostrar, para que gelas aprendan mejor, por el amor é el temor, que han con ellos naturalmente más que con los otros omes; é demas son tales cosas, en que se encierran todas las otras. La primera es que sepan conoscer, amar é temer á Dios; ca esto les deuen mostrar é

ensennar, mostrándoles el bien que les verná por ende en este mundo, é en el otro. E quando los moços dellos lo aprisieron, fincasseles en la voluntàd, é membrarseles ha siempre, é guardarse han de facer ninguna cosa, que contra la Ley sea, ni porque ouiesen á caer en saña de Dios. E otro si les deuen mostrar, como amen é teman á su padre, é á su madre, é á su hermano mayor que son sus señores naturalmente, por razon de linaje. Otro si les deuen amostrar como amen á los otros sus parientes, é sus vassallos é cada vno como conuiene. E deuenlas castigar; que sus palabras sean ciertas é verdaderas, é que non juren mucho á menudo, si son sobre cosas, que en todas guisas hayan á tener. E que non maldigan á si, nin á otro: ca esta es cosa que esta mal á todo ome, é mayormente á los fijos de los Reyes, que semeja, que los que lo fazen precian poco á Dios, é á si mismos. E todas estas cosas les deuen ellos mostrar, é mandar otro si á los Ayos, como en manera de amenaza; que gelas fagan aprender: ca por aquí las sabran mas ayna los moços, é firmarseles han mas en las voluntades; temiendo que faran en ello placer al padre é á la madre, é temiendo de non caer en su saña. E quando el Rey, é la Reyna, non los quisieren asi castigar, errarían en ello mucho; primero á Dios, é de sí,

á si mismos; é aun contra sus fijos, é á todos aquellos, de que ellos, auian á ser Señores.

(Las Siete Partidas.)

D. Alonso de Cartagena

Et pues (çiencia et eloquencia) en mi fallescen del todo, á lo menos querriavos ayudar con espada et manto, como suelen ofrecerse los caualleros de cauallería armada á sus amigos, á quien quieren valer, porque estas son guarniçiones que todo ome tiene consigo é prestamente puede tomar. Ca ¿quién es el ome que non tiene espada é manto ó non lo puede de priesa tomar á algund peón ó escudero, sy con tan grand esceleridad á su amigo cumple que le faga valencía?. ...¿Et que ál llamaremos en lo científico espada é manto, synon aquello que muy ayna sin mucho estudio se puede aver? ... ..Et esto es lo que la flaquesa del yngenio luego representa, et lo que la lengua vulgar, que llamamos materna, sin mixtura de eloqüentes palabras, puede exprimir; porque en lugar de çiencia, sirva lo llano con buena é sana yntençión explicado, et en lugar de eloqüencia,

venga á servir la cotidiana et comun manera de fablar, é sea benignamente açeptada. Por ende, noble et discreto varon, sy en algunas otras qüestiones vos respondí en lengua latina flaca é rusticamente compuesta, aun agora más llano quiero ser, respondiendovos en nuestro romance, en que fablan así caualleros como omes de pié, et así científicos como los que poco ó nada sabemos. Ca pié á tierra en esta reqüesta con espada et manto vos entiendo servir, mayormente que pues á todos cumple saber lo que vos preguntades convenible paresçe que se responda en lengua que se entienda por todos.

(Oracional de Fernan Perez.)

V. P. M. Fray Luís de Granada

Libro 1.º—Capítulo III.

Del oficio de predicar y de su gran dignidad.

1.— Para que con nuestras instrucciones pueda el predicador en su ministerio aprovecharse á sí mismo y á los prójimos, parece debido, antes de empezar la obra, prescribirle algunos docu-

mentos de no poca utilidad para todos los que intentan dedicarse á este cargo. Entre estos sea el primero y principal, que ante todas cosas considere el predicador y tenga bien conocida la majestad y dignidad de su oficio. Y en primer lugar lo podrá conocer poniendo los ojos en la dignidad de aquellos á quienes Dios encargó este ministerio, que fueron los santísimos profetas y despues sus hijos los apóstoles. Pero es mucho más de admirar que el mismo Señor de los apóstoles y profetas se haya dignado de venir al mundo y ejercitar por si mismo este empleo. Porque «habiendo hablado Dios de muchas maneras en otro tiempo á los padres por sus profetas, en estos últimos tiempos nos habló en su hijo, por quien hizo los siglos, contituyéndole su universal heredero» Y por eso dice de si el mismo hijo· «Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.» Y por Isaías dice: «Tus ojos verán á tu maestro, y tus oidos escucharán la voz de quien detrás te avisa: este es el camino, andad por él.» Y por Joel dice también: «Hijos de Sión, alegraos en vuestro Dios y Señor, pues os ha dado al doctor de justicia.» De los cuales lugares y de otros que fuera largo referir, consta con evidencia cuan grande sea la dignidad de este ministerio, pues confesamos haber sido

su ministro y príncipe el mismo hijo de Dios, verbo y sabiduría del Padre. A este divino Señor sucedieron después los apóstoles que recibiendo las primicias del Espíritu Santo, fundaron la Iglesia con su doctrina; porque de ellos es aquella voz: «Mensajeros somos de Cristo, y como que os exhorta Dios por nuestro medio.»

2.—Y no solamente la dignidad de los ministros, sino también el fin del ministerio, manifiesta claramente su dignidad. Pues el fin es la gloria de Dios y la salvación de las almas, á las cuales después de haberlas sacado el evangélico predicador de la garganta del dragón infernal, va conduciendo á los pastos de la felicidad eterna, y se aplica á perfeccionar la obra de la muerte y sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo. Ni este gran beneficio intenta hacerlo a uno ú otro, sino á cuantos oyeren su voz. Y si, como es justo, medimos por el fin la dignidad de la materia, nada puede imaginarse ni mayor ni mas alto que este fin. A lo que se añade lo que comunmente decimos, que un bien es tanto más divino cuanto más se comunica; y el fruto y provecho de los sermones á todos los hombres se estiende sin limitación alguna.

(Retórica eclesiástica.)

D. Diego de Saavedra Fajardo

Empresa LXXI

Labor omnia vincit.

Siendo pues tan conveniente el trabajo para la conservación de la república, procure el príncipe que se continúe, y no se impida por demasiado número de los dias destinados para los divertimientos públicos, ó por la ligereza piadosa en votallos las comunidades y ofrecellos al culto, asistiendo el pueblo en ellos más á divertimientos profanos que á los ejercicios religiosos. Si los emplearan los labradores como S. Isidro de Madrid, podriamos esperar que no se perdería el tiempo, y que entre tanto tomarían por ellos el arado los ángeles; pero la experiencia muestra lo contrario. Ningun tributo mayor que una fiesta en que cesan todas las artes, y como dijo S. Crisóstomo, no se alegran los mártires de ser honrados con el dinero que lloran los pobres; y asi, parece conveniente disponer de suerte los dias feriados y los sacros que ni se falte á la piedad ni á las artes. Cuidado fué este del concilio maguntino en tiempo del

Papa León III, y lo será de los que ocupan la silla de S. Pedro, como le tienen de todo considerando si convendrá ó no reducir las festividades á menor número, ó mandar que se celebren algunas en los domingos más próximos á sus días.

Si bien casi todas las acciones tienen por fin el descanso, no sucede asi en las del gobierno, porque no basta á las repúblicas y príncipes haber trabajado, necesaria es la continuación. Una hora de descuido en las fortalezas pierde la vigilancia y cuidado de muchos años. En pocos de ociosidad cayó el imperio romano, sustentando por la fatiga y el valor por seis siglos. Ocho costó de trabajos la restauración de España, perdida en ocho meses de inadvertido descuido. Entre el adquirir y el conservar no se ha de interponer el ocio. Hecha la cosecha y coronado de espigas el arado, vuelve otra vez el labrador á romper con él la tierra. No cesan, sino se renuevan, sus sudores. Si fiara de sus graneros y dejara incultos los campos, presto vería estos vestidos de abrojos, y vacios aquellos; pero hay esta diferencia entre el labrador y el príncipe, que aquel tiene tiempos señalados para el sementero y la cosecha: el príncipe no, porque todos los meses son el gobierno setiembres para sembrar y agostos para coger.

(Idea de un príncipe político-cristiano.)

III

FORMAS ESPECIALES DE LAS OBRAS DIDÁCTICAS

I.

Diálogos

Fernan Perez de Oliva

Antonio.—Pues tú nos muestras la manera que debemos tener en esta disputa.

Dinarco.—Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero y después te responderá Antonio; y ansi guardareis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decía, y después el defensor.

Aurelio.—Pues vosotros os sentad en estos céspedes; y yo, en este tronco sentado, os diré lo que me parece.

Din.—Sentaos todos, de manera que podais tener reposo.

Aur.—Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por lo cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad. Pero quien bien consideráre los daños de la vida y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conoscimiento de nuestras cosas tuviésemos, como ellas son malas, con mayor voluntad desseariámos la muerte que amamos la vida. Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad ni sintiérades la fortuna, su atormentadora. Pero, pues por vuestra voluntad, que grande mostrais, de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido á haceros esta habla; si por ventura mis palabras fueren causa que recibais dolor cual ántes no habiades sentido, vosotros teneis la culpa que mandais aquesto á quien no puede dejar de obedeceros.

(Diálogo de la dignidad del hombre.)

D. José Goll y Vehí

—¡Lindo bromazo el de ayer!

—Para el diablo que te crea. Si el cielo lo estaba diciendo á voz en grito.

—Confieso que no puedo roerle los zancajos al Zaragozano.

—Con tanta tempestad de truenos y relámpagos, en prosa y en verso, se amoscaría el Tonante, y diría para su capote: «Allá va otro ejemplo.»

—El agua pase; pero las peladillas.....

—Y no podemos quejarnos. ¡Cuántos y cuántos lo pasarían peor!

—Gran filosofía esa de «paciencia y barajar», cuya sublimidad está compendiada en aquel otro dicho «no es nada lo del ojo.» ¡Qué demonio! Yo no puedo con tanta gazmoñería: si me arañan, respingo ó arreo un puñetazo.

—Eres muy lógico; pero dejémoslo para otro día.

—Tanto vamos dejando, que será el cuento de no acabar.

—Por ahora no quiero salir de la armonía, y no es cosa de que de buenas á primeras la rompamos.

Dijimos que, además de los sonidos, el lengua-

je podia imitar el movimiento; y que éste podía ser rápido ó lento, compasado ó irregular, fácil ó dificultoso, sencillo ó intrincado, gracioso ó torpe, agradable ó desagradable, en una palabra hermoso ó feo.

Pues bien, el ritmo del lenguaje ha de guardar perfecta consonancia con el movimiento de que se habla ó se describe. Es claro que si describes cuerpos que se muevan con gran rapidez, no te expresarás con sorna, eligiendo vocablos de pié y medio, y frases y cláusulas de á vara; por el contrario si describes el reposo de un cuerpo ó la lentitud con que se mueve, no lo dirás de prisa y corriendo, sin apenas dar tiempo á que se fije la atención en ninguna idea. Si el movimiento es regular y acompasado, la misma regularidad y proporcionada medida de tiempo tendrá que reflejarse en la estructura del lenguaje, y si por el contrario fuese desordenado y atropellado, cierto aparente desorden y descuido en la distribución de las cláusulas, incisos, vocablos y acentos debería guardar conformidad con la irregularidad ó desorden del movimiento.

—¿Y por qué dices que el desorden del lenguaje ha de ser *aparente?*

—Porque en las obras artísticas el desorden mismo debe estar sujeto á un ritmo, á un orden,

á un fin. En el mundo, es decir, en la obra de Dios, arquetipo de toda buena obra artística, sucede lo propio: lo que llamamos desorden es orden sapientísimo y ley inquebrantable. La vida del hombre y la historia del humano linaje, así como el astro y el átomo, están sujetas á un ritmo. El hombre puede desafinar ó perder el compás, es cierto; pero las discordancias que produce no alteran, ni disminuyen la inefable armonía de la obra del Altísimo. Lo que sucede es que de los innumerables hilos de la trama, miopes como somos, vemos pocos, poquísimos, y por esta razón estamos casi á ocuras.

—Oye; si puedes dar á la conferencia de hoy un giro parecido á la de ayer (salvo lo de la graniza y consiguiente galop final, por supuesto). te lo agradeceré en el alma. Digo que si puedes pasarte de todas esas frailosofías y darme con el ejemplo en los hocicos, te ahorrarás muchos quebrantos de cabeza y yo sacaré más fruto.

—A eso voy. El movimiento como el sonido, puede imitarse de una manera muy directa y trivial, ó de una manera general y vaga. Puede imitarse frase por frase y verso por verso, pero además de ésta imitación particular, que no es tan difícil, cabe una relación íntima entre el ritmo de toda una estrofa, ó cláusula, ó de todo un pasaje, con

el movimiento que en ellos se describe, v. g. el curso de un rio, una tempestad, una batalla.

(Diálogos literarios.)

II.

CARTAS

Del Venerable Maestro Juan de Ávila

CARTA XXIX.—TRATADO CUARTO

A un estudiante: enséñale la perfección y sus ejercicios

Mas consiste el aprovechamiento del ánima en negar la propia voluntad y con corazón esforzado hacer aquello que el hombre siente ser agradable al Señor, que no en tener ternura de corazón y dulcedumbre devota; por que en lo uno se muestra el verdadero amor que á Dios se tiene, en el cual consiste la perfección de la cristiandad; y en lo otro puede estar escondido el amor propio, que todo lo ensucia; por lo cual no debeis desmayar por la sequedad del corazón que decís que teneís, mas caminar por el desierto donde no

hay árbol fresco, ni sombra que refresque, ni agua que alegre. Y si en la oración no hallais aprovechamiento, leed un rato; *et inter legendum*, meditad alguna cosa conforme á lo que leeis, mezclando la lección con la meditación, y rezad algunas oraciones vocales, teniendo delante alguna imágen de la pasión del Señor ó su cruz; y perseverad en esto aunque sintais mucha sequedad, ofreciendo al Señor el rato que alli estuviéredes, y él lo recibirá, pues mandó qne se hiciese; y recibid al mismo Señor de quince á quince dias, ó sí provecho sintiere vuestra ánima, de ocho á ocho.

Y vivid confiado que agradais á los ojos del eterno Padre por estar incorporado en su bendito Hijo, pues teneis señales que os ha dado su amor, según él dijo (Joann. 16.): *Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis et credidistis quia á Deo exivi.* Y si vuestros padres no están en necesidad tan extrema, que en ninguna manera puedan vivir sin que vos entendais en negocios, entended en ellos por la obediencia de Dios, que manda honrar á los padres no solo con palabras, mas con temporal subsidio, como el Señor lo declara en el capítulo 15 de S. Mateo. Y si esta necesidad tan grande no tienen, aunque alguna haya, dejad los lazos del mundo y proseguid vuestro estudio, tomando

para vuestro mantenimiento esa renta que dices que podeis hacer; y sea vuestro amor Jesucristo crucificado, pues tan verdaderamente os amó, que dió la vida por vos.

(Epistolario espiritual.)

Á Luís de Cepeda

sobrino segundo de la Santa.—Desde Toledo á 26 de noviembre de 1576.—Sobre asuntos familiares.

Jesús

La Gracia del Espiritu Santo sea siempre con vuestra merced, amén, Recibo las cartas de vuestra merced y los cuatro ducados: esta semana se llevarán. Pague nuestro Señor á vuestra merced el cuidado que tiene de la nuestra hermana de la Encarnación, que es la que tiene más necesidad. La hermana Beatriz de Jesús tiene ahora cuidado del gobierno de la casa de Malagón, por el mal de la priora, y con hartos trabajos; hácelo en extremo bien, gloria á Dios, que no pensé que era para tanto.

Vuestra merced no se espante de no andar muy recogido con tantos embarazos, que no podrá ser: con que cuando se acaben se torne á su buen

gobierno, me contentaré. Plega á Dios que sea muy bien; y vuestra merced, por poco más ó menos, no se dé mucho, pues aunque lo sea lo que le quedare, se ha de acabar todo presto. En las oraciones de esas señoras me encomiendo. La madre priora en las de vuestra merced. Son hoy XXVI de noviembre.

Indina sierva de vuestra merced.—TERESA DE JESÚS.

(Cartas.

Del P. José Francisco de Isla

Escrita en Búrgos á 21 de Enero 1757, á su cuñado

Amado hermano y amigo: Salí de Villagarcía el día 15: en él se estancó dos veces la calesa sobre el hielo, y la segunda tan de vez, que estuvo encima de él desde las cuatro de la tarde hasta las once del día siguiente, y nosotros dentro de ella por espacio de tres horas. Socorriéronnos caritativamente de un lugar vecino enviándonos caballerías para que subiésemos á él, y llegamos como puedes considerar. Allí tomamos otras dos mulas para que ayudasen á romper el hielo y nieve hasta Palencia; pero aun así y todo, yo no quise entrar en la calesa y fuí á caballo hasta la

misma ciudad. En ella me detuve dia y medio: tomé otra calesa, mejoró el tiempo, y voy caminando, gracias á Dios, con felicidad, despues de haber padecido muchas tentaciones de volverme á mi Colegio. No tengo tiempo de escribir á María Francisca ni á las demás personas que me hacen merced, y sirva esta para todas. Hoy llegué á Burgos entre mil trabajos y peligros. Mañana parto, tomando de aquí otras dos mulas para pasar los montes de Oca, que son lo más peligroso del camino. La salud buena á excepción del pecho, que se me cerró el día que estuve sobre el hielo. —Adios.—Tu hermano.—José.

(Cartas familiares.)

D. Ventura de la Vega

Paris 31 de Julio.

Tu carta del 26 debió llegar ayer, y no la he recibido hasta hoy. En estos cinco dias, ¡qué habrá sucedido!... ¡Dios mío!... Aquí estoy, rodeado de todos los amigos, que se esfuerzan por consolarme y no se separan de mi cuarto. Barbieri, Hernando, los Olonas, Montalvo, todos á porfía me ofrecen consuelos y procuran comentar tu te-

rrible carta buscando en ella palabras de esperanza... ¡Ay, Manuela! ¡Esperanza que no hay en mi corazón desgarrado!...

No puedo escribirte más: los amigos me quitan la pluma de la mano viendo el estado en que me hallo, y no me dejan seguir.

Dios tenga piedad de tu—Ventura.

(Cartas íntimas.)

III.

DICCIONARIOS

D. José López de la Huerta

Romper, quebrar,

El verbo romper tiene una significación más extensa, por que se aplica á toda acción por medio de la cual se hace pedazos de cualquier modo un cuerpo; pero quebrar supone que la acción se ejerce determinadamente en un cuerpo inflexible ó vidrioso, y de un solo golpe ó esfuerzo violento.

Se rompe un papel, una tela; pero no se quiebra como una taza, un vaso.

Honra, honor,

El honor es independiente de la opinión pública; la honra es ó debe ser el fruto del honor, esto es, la estimación con que la opinión pública recompensa aquella virtud.

Mostró el honor que tenía. Un hombre de honor es la honra de su familia.

Se hereda el honor y no la honra; esta se funda después en las acciones propias y en el concepto ageno.

Se honra, no se dá honor. Un Soberano honra con su presencia la casa de su vasallo.

(Sinónimos castellanos.)

D. Nicasio Álvarez Cienfuegos

Gracia, favor.

Gracia dice algo de gratitud, un beneficio gratuito, un servicio gratuito. Favor dice algo de afectuoso; es la expresión de un interés particular, del cuidado de la felicidad ó de la satisfacción de alguno. Nos gratifican con un bien, con una cosa que nos debían: nos favorecen con bienes, con preferencias que nos distinguen.

Inhumar, enterrar.

Enterrar es el acto material de poner ó meter entre tierra una cosa. Inhumar es enterrar con las ceremonias religiosas, con los honores fúnebres, los de la sepultura. Se entierra todo lo que se cubre en la tierra; pero no se inhuma sino á la persona humana á quien se hacen los honores fúnebres. Los ministros de la religión inhuman á los fieles: un asesino entierra el cadáver de uno á quien ha asesinado. Se entierra en cualquiera parte; pero solo se inhuma en lugares santos en los que están consagrados para este uso piadoso.

(Sinónimos castellanos.)

De la Real Academia Española

ESTUDIANTE. m. El que actualmente está cursando en una universidad ó estudio. || El que tenía por ejercicio estudiar los papeles á los actores dramáticos || DE LA TUNA. El que forma parte de una estudiantina.

LIRISMO. *(De lira.)* m. Abuso de las cualidades características de la poesía lírica, ó empleo indebido de este género de poesía ó del estilo lírico en composiciones de otra clase.

PARTITURA. (*Del ital. partitura.*) f. Ejemplar en que constan todas las partes de una obra musical, puestas las unas á continuación de las otras de modo que se correspondan y formen conjunto.

(Diccionario de la lengua castellana.)

Srs. Barbieri, Menendez Pelayo, y otros

Burgos (Pablo): *Biog.* Indio converso que se llamó antes de recibir el bautismo Selemoh-Ha-Leví. Llegó á ser arzobispo de Burgos, y en la literatuta española se le conoce con el nombre de *el Burgense.* Escribió varias obras antes de su conversión, que le granjearon reputación de docto. Después de ello continuó, sin embargo, cultivando el idioma hebreo, que alternaba con el idioma latino, en el cual dió muestras de conocimientos y maestría nada vulgares. De sus obras en encarecimiento y explicación de la ley cristiana, se han impreso las siguientes: 1.ª *Additiones ad Postillam. Nicolai de Lyra super Biblias* etc., compuesta en el año 1429 de Jesucristo, impresa juntamente con la obra de Lyra en Nuremberg en 1493, y en Leyden en 1590, 2.ª *Scrutinium S.*

Scripturarum sive Dialogus Sauli et Pauli contra Judaeos, en dos libros, escrita en 1434 é impresa en Mantua en 1474 y en París en 1520. Toda la obra se halla enderezada contra el judaismo, combatiendo especialmente á Saadia Fayumi, Moisés Nafmani, León de Bañolas, Moisés Gemudí, etc. Este D. Pablo de Burgos es conocido en algunas historias por D. Pablo Santa María.

CONDISCÍPULO, LA (del lat. condiscipulus): m. y f. Persona que estudia ó ha estudiado con otra ú otras bajo la dirección de un mismo maestro ó maestra.

> Había persuadido Ignacio á muchos de sus *condiscípulos* que dejasen las malas compañías etc,
>
> (Rivadeneira)

> Tuvo por maestro á Servilio Scévola y por *condiscípulo* á Emilio Pompinio.
>
> (Fray Pedro Manero.)

> Fuíme luego á apear al mesón del Moro donde me topó un *condiscípulo* mío de Alcalá, que se llamaba Mata; etc.
>
> (Quevedo.)

ESPADAR: A. Macerar y quebrantar con la espadilla el lino ó el cáñamo para sacarle el tamo y poderlo hilar.

> El lino después de muy cruelmente *espadado*, le rastrillan, le hilan, le tejen, le curan.
>
> (Andrés de Laguna.)
>
> (Diccionario enciclopédico hispano-americano.)

IV.

PERIÓDICOS.

ARTÍCULOS LITERARIOS, CRÍTICOS ETC.

D. Manuel Cañete

Rápida ojeada acerca del rumbo que ha seguido la literatura dramática española en 1847.

La sociedad moderna es hija del cristianismo, es hija de la más pura manifestación de la verdad eterna, debida al que, según las palabras de Bossuet, unió en su persona la naturaleza humana con la divina para reconciliar en sí mismo todas las cosas; y no correspondería el drama nacido en esta sociedad á las condiciones de su importancia civilizadora, no sería lo que debe ser en el

punto á que hemos llegado, sino aspirase á más que á servir de apostol á una fatalidad ciega ó á una individualidad rebelde, y se contentase con presentar la expiación que borra las culpas, en vez de ofrecer el espectáculo del sacrificio que conquista el premio. Bajo este punto de vista el drama actual debe ser el drama de la esperanza y el deseo, el drama de la *Providencia;* porque esta, como el angel á las almas puras, va conduciendo progresivamente la humanidad al suspirado término de su regeneración.

Bien sabemos que para el completo desarrollo de semejante pensamiento sería necesario apelar al drama místico de Calderón, que no se halla en consonancia con las exigencias actuales, ó al metafísico de Goëthe, Mickiewiez y Byrón; que apenas cabe en la escena, y lo que es peor, ni en el limitado entendimiento de una gran parte del público; pero si el abrazar una síntesis en toda su magnitud es dificil, descendiendo de lo general á lo particular, describiendo los afectos del alma con la expresión hija de la conciencia de otra vida futura, se logrará, á lo menos, pintar con exactitud algunas facciones y dar por este medio una idea de lo que debe ser el rostro.

. . . . . .

Veamos, pues: ¿Son muchas las producciones

que en su respectiva esfera han correspondido á esta idea de progreso intelectual y social, de que no pueden los pueblos desentenderse sin cometer una grave culpa, aun entre aquellas que han salido á luz guarecidas bajo el escudo de ilustres nombres y creyendo estar adornadas con dotes verdaderamente artísticas? Si echamos una ojeada imparcial, veremos en *El que menos corre vuela*, una producción que así pudo ser creada en el siglo XVII como en nuestros dias, que entretiene de una manera agradable, y que, sin estar á la altura de lo que debe ser el arte en el siglo XIX, es digna de consideración y sobresale del vulgo de lo que generalmente se escribe por el ingenio con que está combinada la fábula y por el gusto y la facilidad del diálogo; en *La reina y los favoritos* del gran Zorrilla encontraremos una de tantas obras de *pane lucrando*, que si no desdice de la multitud en una época de corrupción, puede anublar en parte el brillo de un nombre que ha sabido elevarse á mucha altura: en *El amante universal* hallaremos una metamórfosis desmañada de *Cuantas veo tantas quiero* que nada significa en el mundo del arte por lo superficial de su pensamiento y por lo incorrecto de su estilo: en *Borrascas del corazón* (que ha sido la obra más aplaudida del año) se ve el conato de seguir la

marcha progresiva del arte; pero las pocas fuerzas del autor, que es un excelente manerista y no un poeta, en el sentido filosófico de la palabra, le han llevado á tropezar en el escollo de la caricatura y le han hecho extraviarse ya en un dualismo de principios discordes en cuanto á la esencia, ya en un desaliño lamentable en cuanto á la forma: en *La voluntad del difunto* vemos un trabajo apreciable que no hubiera desentonado el cuadro de los tiempos de Gorostiza, si bien ninguna significación especialmente característica tiene en los nuestros; *Por amar perder un trono* aspira á entrar en el camino de lo que hoy debe ser el teatro; pero pudiendo con el ejemplo vivo de lo pasado prepararnos para lo futuro, no lo hace y queda en el número de las tentativas aproximadas, porque carece de profundidad filosófica y de elevación de miras sociales: *Españoles sobre todo*, en fin (sin mencionar otros muchos ensayos que, por su cualidad de tales y por la estrechez trascendental de sus miras, ni pueden ofrecer al arte un tipo exclusivamente propio, sin ser la expresión ó el augurio de una nueva fase de la civilización), lejos de tener la importancia del verdadero drama político-nacional, es, como producto del espíritu de secta, una alegoría exagerada que satisface á unos pocos, pero en la cual el

sentimiento patriótico es un sentimiento enteramente fanático.

Aun las mismas obras que para nosotros tienen mayor significación artística, *D. Fernando el de Antequera*, *Las mocedades del Pulgar y Juana de Arco*, aquella como drama monumental y académico, y estas como drama popular genuinamente indígena la primera, y como trasplantación de un teatro que debe ser estudiado y que puede servirnos de mucho la segunda, carecen del prestigio necesario para dar por sí solas carácter al año en cuestión, porque la multitud, distraida con el arrullo del *manerismo* superficial que la encanta y que las causas exteriores, de que más adelante hablaremos, coadyuvan á sublimar á las nubes, apenas ha fijado su atención en la trascendental importancia de estas producciones; producciones que son un testimonio elocuente de que el arte no se halla bien en la tumba y de que cuando parece próximo á disolverse se levanta al impulso de la humanidad, como Lázaro á la voz del Señor, radiante de juventud y con nuevos gérmenes de existencia.

(Antología española.—Núm. correspondiente á Enero 1848

D. Jaime Balmes

De la originalidad.

Hay en la originalidad algo de tan seductor y brillante, que en cierto modo puede decirse que ella ya por sí, constituye un verdadero mérito. Leed la obra más bella que podais imaginar, donde campeen á la par el ingenio, la fantasía, los sentimientos del corazón; ¡ay de esa gloria si á través de los disfraces en que la habilidad del escritor ha sabido encubrir los líneamientos del modelo, alcanzais á conocer que no es en su mente donde se ha vaciado por primera vez la obra! desde entonces podrá mereceros aprecio pero no admiración; leeréis con gusto, pero no con entusiasmo.

A esta diferencia entre lo original y lo imitado contribuyen dos causas: es la primera una inclinación natural que nos lleva á admirar al genio; que nos embriaga de entusiasmo al contemplar sus rasgos; que nos asombra y anonada ante la fuerza creadora; ¡cosa admirable! El trabajo, es decir, aquello en que nosotros tenemos una parte positiva, aquello en que contraemos un ver-

dadero mérito y que no es un don de la naturaleza, el trabajo por útil, por digno que sea, nunca logrará de nosotros la misma admiración que la fecundidad del talento natural, y es facil observar este hecho aún en los actos más comunes de la vida; en el terreno de la naturaleza, es decir, de la verdad. Este mozo, decimos, es muy aprovechado, tan estudioso, tan asíduo..... Aquel tiene un talento brillante, bastárale quererlo para aventajarse á todos sus compañeros.» Lo primero es el elogio de la aplicación, lo segundo es un tributo pagado al talento y ¿cuál, si embargo, se tiene por más halagüeño?: es tan palmar la diferencia que aquel se recibe con frialdad sino con disgusto, cuando el otro se recoge con avidez. El hombre se complace en sacrificar el sólido mérito de la laboriosidad, al brillante título del talento; ambición si se quiere caprichosa, llena de orgullo, de vanidad; pero que muestra el grandor del alma, sus deseos sin límites, su expansión que no cabe en el mundo, el ansia de parecer grande, cuando no pueda serlo. Todos queremos ocultar el sudor que nos cuestan nuestras producciones, todos abrigamos la secreta ambición de acercarnos á la fuerza creadora que dijo: *hágase la luz y la luz fué.*

Pero este entusiasmo por facultad creatriz no

es el único manantial de las ventajas de la originalidad sobre la imitación; tiénele en sí misma, en su propia naturaleza, sin que hayamos de achacar la culpa á la preocupación y al orgullo. Lo que es original, si es bello, es más agradable porque es más bello; y si es grande, es más admirado porque es más grande. El mérito de la literatura consiste en la perfecta y atinada imitación de la naturaleza, pero el imitador de la literatura, no imita á la naturaleza, imita al literato. Esta indicacion señala una diferencia inmensa. Desenvolvamos este pensamiento. Los trabajos literarios, tomando esta palabra en su extensión más lata, y si se quiere más vaga, no son más que la expresión de nuestro pensamiento, comprendiendo en este vocablo toda operación ó pasión de nuestra alma. Pues bien; esta expresión nunca será la verdadera, la propia, si no es original; faltarále más ó menos la primera de las cualidades de toda buena producción, la naturalidad, la verdad. Cada indivíduo, cada nación, cada época tiene su carácter, tiene su modo de ver las cosas, de imaginarlas, de sentirlas. Prestar lo del uno al otro, es trasformar el orden natural, y por lo tanto poner en tortura las facultades del alma; es atajar su expansión, es secar las fuentes de lo bello y de lo sublime. Y cuenta

que no se trata aquí de desterrar del mundo la imitación, solo sí de indicar sus inconvenientes y ponderar sobre todo las ventajas de la originalidad. El que se propone un modelo, por el mismo acto se doblega bajo su autoridad, y cuando se trata de rasgos felices y osados, no es buen agüero empezar bajando la cabeza: sin advertirlo, sin pensarlo es entonces el modelo el bello ideal, no procuramos hacerlo bien, sino en conformidad á lo que á la vista tenemos, y lo que es más, copiamos por lo común los defectos, sin copiar las bellezas. Este es el resultado de querer violentar las cosas. Los retóricos han escrito largos tratados sobre la imitación: respetando su mérito y sin negar su importancia, nos parecen más propios para una literatura convencional, que para otro objeto. La ideología podría suministrarnos en esta parte abundantes reflexiones; pero deseamos huir del árido y escabroso terreno de la abstracción y espaciar por el ameno campo de la historia literaria.

. . . . . .

. . . . . .

Al renacer las letras en Europa, elevóse el ingenio español al más alto punto de esplendor; el brillo de nuestra literatura parecía competir con el grandor y brillo de aquel imperio en que no

se ponía jamás el sol; pero si fijamos profundamente nuestra atención sobre los más bellos florones de nuestro siglo de oro, veremos que son aquellos cabalmente en que el autor se olvidaba por decirlo asi de su erudición y en que movido por alguna circunstancia grandiosa ó abandonándose á los sentimientos recibidos de los objetos que le rodeaban, daba rienda suelta al vuelo de su fantasía, y á las inspiraciones de su corazón desatando su alma como en plateados raudales, en las expresiones de nuestra hermosísima lengua. Dando un paso mas, y cuando nos acercamos á la época de la decadencia, nos encontramos con un nombre inmortal, honor del genio español y hasta del espíritu humano, con Cervantes. Pues bien; ¿dónde es más bello, más rico, más interesante? es allí donde pone en boca de su discreto loco, ó de otros actores, alguna de aquellas pláticas en que se encuentra como derramada la erudición antigua y el sabor de griegos y romanos ó allí donde da libre curso á su fantasía, recordando sólo que es español, soldado, cristiano, enamorado? allí donde describe los usos y costumbres del pais, donde nos retrata los carácteres, donde satiriza los vicios y las ridiculeces, donde Cervantes se olvida que haya leido, y solo se encomienda en brazos de su genio festivo, de su vis

ta perspicaz, de su razón juiciosa, de su discreción finísima, de su corazón delicado, de su portentosa fantasía? dígalo quien le haya leído una y mil veces, siempre con el más vivo interés, hallando siempre frescura y novedad, perdiendo á cada paso la gravedad de buen ó mal grado merced al inagotable ingenio del escritor.

Allí hay la originalidad con todo su mérito, con todo su interés, con todos sus atractivos, con toda su belleza; allí hay el genio en todo su candor, en toda su naturalidad, sin los atavíos de una afectación pueril, sin el fárrago de una erudición pesada, sin la monótona gravedad de una razón fría que quiere pasar plaza de una completa madurez, adquirida en los largos trabajos del gabinete Cervantes se espacía libremente, salta como la mariposa por entre ramajes y florestas, susurra como la abeja en torno del caliz de la flor, y forma el sabroso jugo de una lectura que jamás cansa. ¡Qué grato es entonces encontrarse con aquellos ligeros descuidos, con aquellos olvidos, que muestran la expresión, el derramamiento del genio que libre de trabas, conduce rápidamente la pluma sin repasar siquiera lo que ha escrito, que esparce las bellezas sin advertirlo, sin ufanarse, sin pretensiones de literato ni erudito ¡Ah! ojalá que nuestros escritores no hubiesen desna-

turalizado su genio con su manía de ser retóricos, y que en vez de pretender ser oradores y poetas de profesión y arte, de acreditarse de cultos, hubiesen ensanchado más y más la vasta esfera en que se espaciaron los escritores del siglo de oro, pidiendo sus recuerdos á los héroes de Covadonga y de Clavijo, á las leyendas de los árabes, y formando esa literatura semi-oriental á que tan bién se brindaba nuestro suelo, nuestro clima, nuestras tradiciones, nuestros usos y costumbres, hasta el dejo arábigo de nuestra propia lengua!

(La Civilización.)

Revista religiosa, filosófica, politica y literaria, 1842.

ÍNDICE

PARTE SEGUNDA

PRECEPTIVA ESPECIAL

SECCIÓN PRIMERA

POESÍA

		Páginas
I.	Poesía lírica.	7
II.	Poesía épica.	98
III.	Poesía dramática.	130
IV.	Poesía mixta.	184

SECCIÓN SEGUNDA

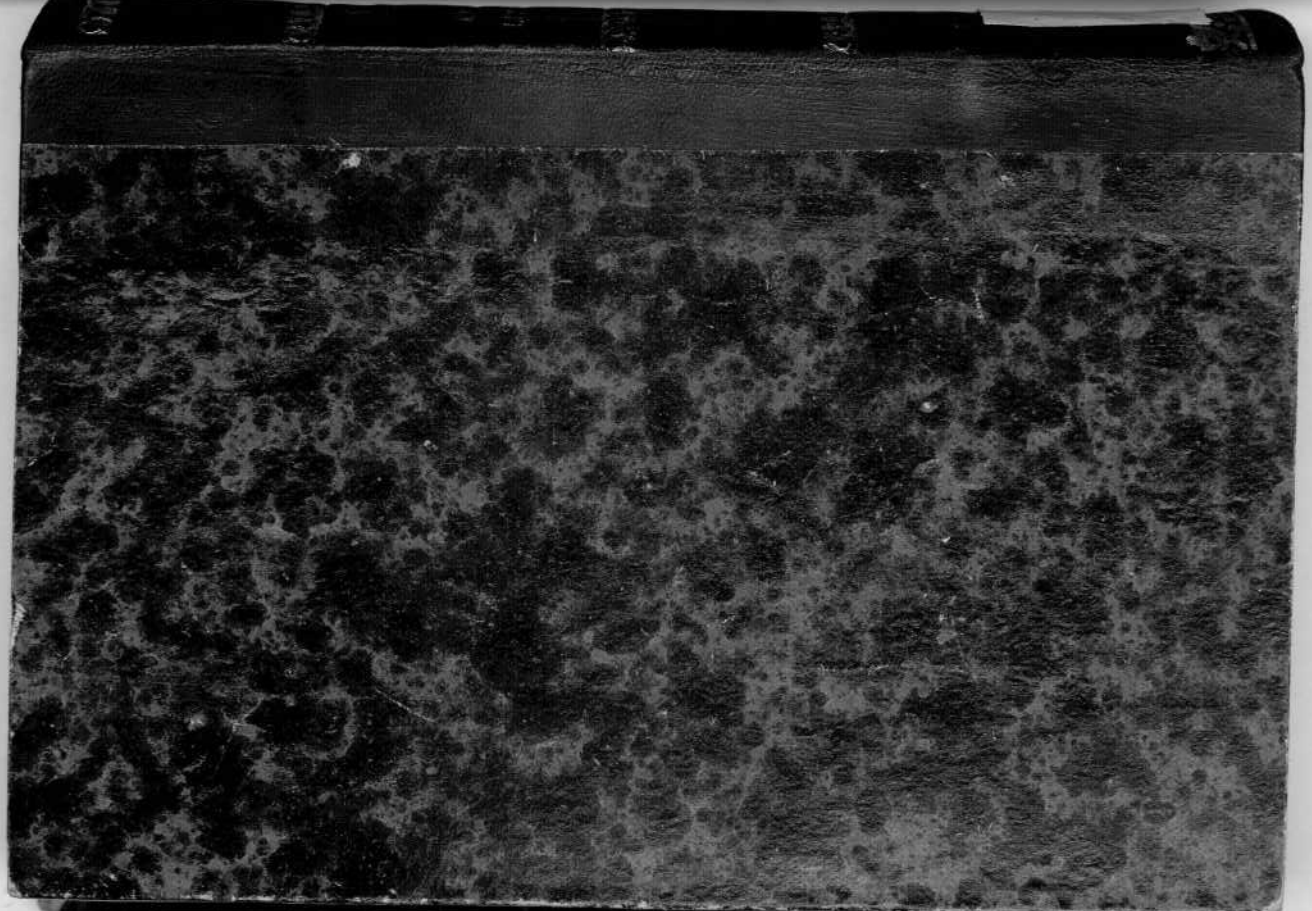
ORATORIA

I. Oratoria sagrada. 233
II. Oratoria política. 247
III. Oratoria forense. 266
IV. Oratoria académica. 292

SECCIÓN TERCERA

DIDÁCTICA

I. Obras históricas. 299
II. Obras no históricas. 321
III. Formas especiales de las obras didácticas. 329



GARZA

ANALISIS
LITERARIO

JT 4373